POESÍA Y ARTE
DE LOS ÁRABES
EN ESPAÑA Y SICILIA

HIJOS DE F.E
SEVILL.

L Arab. H
S 2915
Sv

Schack, Adolf Friedrich von

POESÍA Y ARTE

DE

LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

Tr. of Poesie und Kunst der Araber.

TOMO PRIMERO.

TERCERA EDICION.

SEVILLA: 1881.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuán 24.

La presente edicion es propiedad de los Editores.

1882
11/4/1890
3/Vol.
C

PJ
8410
S318
1881
t. 1

Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.
Tetuan, 24.

AL PÚBLICO

Nuestro deseo de publicar obras de verdadera importancia nos ha impulsado á adquirir el derecho para hacer la tercera edicion de la Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, *traduccion del eminente autor D. Juan Valera.*

Indudablemente es el libro del Sr. Valera que se conoce ménos, y hemos querido, al mismo tiempo que rendir tributo á uno de nuestros primeros escritores, dar á conocer al público una de sus mejores obras.

Hubiéramos podido pedir un prólogo, pero obras como la presente no lo necesitan; estas cuatro palabras sirvan sólo de débil muestra de admiracion y afecto al Sr. D. Juan Valera.

Los Editores

ADVERTENCIA PRELIMINAR

DEL TRADUCTOR

Si este libro no me pareciese de muy amena lectura y de bastante interes para los españoles, no me hubiera puesto yo á traducirle, y á publicarle despues, seguro, como lo estoy, de la poca ó ninguna recompensa que ha de alcanzar mi trabajo. No voy aquí á encomiar el libro y á recomendarle á los lectores. Ellos comprenderán su mérito sin que yo me canse en hacerle patente. Tampoco voy á contradecir ó á impugnar al autor, poniendo de manifiesto los errores en que puede haber incurrido; mi grande igno-

rancia de la lengua y literatura arábigas no lo consiente.

Yo me hubiera abstenido de poner palabra alguna, propia mia, al frente de esta obra, si no fuese porque quien la leyere traducida por mí, y sin advertencia alguna, podrá pensar que coincido con el autor en opiniones, que no son las mias. Ni yo soy tan entusiasta, como él, de los árabes, ni denigrador, como él, de los arabistas españoles.

Siempre he creido que toda gran civilizacion nace, crece y vive entre los pueblos que llaman de raza indo-germánica, y, en particular, entre los que habitan en Europa, sobre todo en el Mediodía: en Grecia, Italia, España y Francia. Sólo un pueblo de otra raza, un pueblo singular, los judíos, compite con los pueblos europeos, y áun descuella por su inteligencia, influyendo de un modo enérgico, poderoso y bienhechor en el progreso humano.

En los árabes veo poco ó nada original, y no hablo del carácter, sino de la inteligen-

cia, salvo la poesía ante-islámica, bárbara y ruda por los sentimientos, refinada, culterana y hasta pedantesca por el estilo, y falta de todo ideal. Su filosofía, su ciencia, casi toda su cultura, y hasta cierto punto su poesía misma, posterior al islamismo, me parecen, como el propio islamismo, un reflejo y un trasunto del saber de los judíos y de las civilizaciones de los pueblos indogermánicos; en Oriente, de los indios y de los persas. Grecia influyó tambien, con extraordinario brío, en el desarrollo intelectual de los musulmanes; sin Aristóteles y Platon, acaso nunca los musulmanes hubieran filosofado; sin Hipócrates y Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclides, Ptolomeo y el ya mencionado Estagirita.

En las artes tampoco tienen los árabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura; pero, aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro

tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abdurrahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que le circunda, y los primores de la celebrada capilla, vulgarmente llamada *del Zancarron*, no llegan, en mi sentir, á los primores de la silleria del coro, ni á la gracia y belleza de uno de los púlpitos.

No se opone lo dicho á que yo estime la civilizacion arábigo-hispana en todas sus manifestaciones; pero entiendo que esta civilizacion debe mucho á la influencia inspiradora del cielo de Andalucía, y á la raza que ántes de la conquista habitaba allí. En Persia, á pesar del Corán y á pesar de la conquista mahometana, se desenvolvió y floreció, bajo el imperio de los muslimes, una cultura indígena y nacional; se creó una gran epopeya, una admirable poesía lírica, una mitología y una filosofía. En España, aunque en menor grado, porque no teniamos lengua propia, y no la pudimos conservar,

concurrió, sin duda, poderosamente el pueblo vencido á la cultura y adelanto de los árabes vencedores. La historia da indicio de ello, afirmando la prontitud con que los españoles aprendieron el árabe. Ya en el siglo IX se quejaba Álvaro de Córdoba del olvido en que los cristianos tenian el latin, y del afan con que estudiaban la lengua del Yemen; y, segun un historiador, traducido por Gayángos, hubo hasta obispos que se dedicaron con ardor á la poesía arábiga, y áun compusieron elegantes *kasidas*.

Lo cierto es que en España han llegado algunos pueblos, de los que sucesivamente han venido á habitarla, á más alto grado de cultura, y á ser más fecundos intelectualmente, que en otras regiones. Esto se puede afirmar, más que de nadie, de los árabes y de los judíos.

Traduzco, pues, el libro de Schack, porque la poesía y el arte de los árabes en España nos pertenecen en gran manera; deben más bien llamarse poesía y arte de los españoles mahometanos. No creo que me

engañe el patriotismo al entender que nuestra tierra ha sido siempre fértil en grandes ingenios, y nuestros hombres muy dispuestos para las ciencias y para todas las creaciones del espíritu. Si España no ha llegado jamás á tener una civilizacion propia, tan fecunda, completa é influyente en el resto del humano linaje, como la de Grecia ó la de Roma, tal vez lo debe á un fanatismo religioso, vivo y ardiente, que, aguijado por nuestro genio, en extremo democrático y nivelador, apénas ha consentido que nadie salga del camino trillado, ni que se levanten enérgicas individualidades y una aristocracia independiente en las esferas del saber. Los príncipes y dominadores, áun los más ilustres y gloriosos, han halagado á veces esta propension del vulgo. Si Haken II y Don Alfonso el Sabio protegieron las ciencias, más fueron los que las miraban con recelo y las perseguian. Encerrado así nuestro pensamiento en un mezquino y estrecho círculo, se ahogaba ó marchitaba, y venía al fin á caer en el ergotismo y en los más pueriles discreteos. Esto se ha

repetido en várias épocas de nuestra historia. El grande Almansur y el no ménos grande Cisneros quemaban los libros, y si se descuidaban, quemaban tambien á los filósofos. ¿Qué no harian los almoravides, y qué no habian de hacer más tarde los inquisidores?

Por fortuna, la civilizacion es tan natural á nuestro suelo, y tiene en él tan hondas raices, que es imposible extirparla. Aunque se corte hasta el tronco el árbol de la ciencia, siempre retoña y reverdece.

La amarga censura que hace Dozy de Conde y de Casiri, y que Schack reproduce, no es menester saber la lengua arábiga para conocer que es injusta. Casiri y Conde habrán errado bastante, pero ellos empezaron la obra que Dozy ha continuado, y no son tan equivocadas, tan absurdas y mentirosas las noticias que dan.

No puedo ménos de hacer notar, por último, que el silencio que guarda Schack acerca del Sr. Gayángos es injusto tambien, sobre todo si se ha valido algunas veces de su

traduccion incompleta de Makkari, á quien tan á menudo cita.

No niego la gloria de Dozy y el inmenso servicio que ha hecho con sus publicaciones; pero el Sr. Schack, tan conocedor y tan buen juez de nuestra literatura, no debiera ignorar que hoy tenemos en España arabistas que siguen las huellas del sabio holandés, si no entran con él en competencia. Moreno Nieto, Lafuente Alcántara, Fernandez y Gonzalez, Simonet y otros han publicado ya trabajos que importan mucho al adelanto de los estudios orientales.

Por lo demás, el Sr. Schack ha escrito su obra con un verdadero amor á España, ensalzando nuestro país de un modo que, si bien es justo, merece gratitud respetuosa.

ADVERTENCIA

Á LA SEGUNDA EDICION

Esta obra ha ido publicándose por tomos, pasando años desde la publicacion del primero á la del segundo, y, no sólo años, sino revoluciones, caidas de dinastías y de imperios, y guerras espantosas, desde la publicacion del segundo á la del tercero. Publicado el tomo primero en época relativamente sosegada, logró atraer la atencion del público mucho más que los dos posteriores; así es que tuve el inesperado gusto de ver pronto agotada la edicion. Al dar á la estampa el tomo II y el tomo III, cuidé, por consiguiente,

de hacer imprimir cierto número de ejemplares con destino á completar la segunda edicion del tomo I, que ahora hago y que ofrezco al público. Espero de su bondad que, dándole yo al cabo la obra entera, no me la desairará, y acudirá á comprarla.

Como la obra no es mia, bien puedo, sin pecar de inmodesto, asegurar que tiene mucha amenidad, y, como dicen los ingleses, no poca *information*. Para los arabistas, y áun para bastantes eruditos, tal vez no haya gran novedad, y áun tal vez haya demasiada superficialidad en esta obra; mas los profanos podrán, leyéndola, adquirir noticias interesantes.

Algunos arabistas españoles acusaron á Schack de que la mayor parte de sus versos, traducidos del árabe, estaban ya traducidos á varias lenguas europeas, como al latin, al inglés, al francés y al aleman.

Años pasados estuvo en Madrid el señor Schack, y yo le hablé de esta acusacion, de la cual se defendió, asegurándome que habia en su obra muchísimos versos traducidos por

él por primera vez en una lengua europea. Como yo le dijese, ademas, que iba á hacer segunda edicion del tomo primero, prometió escribirme una carta justificándose de dicha acusacion, á fin de que yo la publicase al frente del dicho tomo primero. La carta vino, en efecto, bastante bien escrita en español, muy lisonjera para mí, y con datos curiosos sobre los versos que nadie, ántes de Schack habia traducido del árabe, y que no son pocos. Por desgracia, no hay papel que yo no pierda, y la carta de Schack, que vendria como de molde ahora, se me ha perdido. No puedo dar con ella por más que hago; no tengo paciencia para aguardar á que venga otra, ni me atrevo á decir al Sr. Schack que la escriba de nuevo. Va, pues, sin este adorno y sin este documento mi trabajo, por más que, si le llevase, ganaria mucho en autoridad y en crédito.

En cuanto al Sr. Schack, digan lo que quieran los difíciles y descontentadizos, no se puede negar que ha hecho un gran servicio á las letras españolas escribiendo este

libro, á mi ver, entretenido, instructivo y ameno. Las poesías arábigas que en él inserta están escogidas con muy buen gusto, y todos los juicios me parece y me atrevo á sostener que son atinados y discretos. Ello es que el público de nuestra España sabía poco ó nada de la poesía hispano-muslímica, y ya, merced á mi traduccion, algo puede saber. Nuestros arabistas todo lo sabian, pero lo guardaban como el avaro guarda su tesoro; mientras que Schack, aunque más pobre que ellos, no ha tenido inconveniente en prodigar el suyo.

Si el público no desdeñase mis afanes, me empeñaria en otra empresa de más importancia y que tiene bastante analogía con esta obra. Ya que, traduciendo á Schack, he dado á conocer, siquiera sea someramente, la poesía arábigo-hispana, deseo, traduciendo y comentando las mejores composiciones de los poetas judíos españoles, dar á conocer asimismo la poesía hebraica en España.

Asunto sería éste mucho más importante que el de la poesía hispano-muslímica, por-

que, salvo el gran período, durante el cual, bajo la inspiracion divina, escribieron los hebreos los cantos inmortales que encierra la *Biblia*, jamas el genio de aquel pueblo privilegiado y superior, de cuya estirpe quiso nacer el Salvador del mundo, ha levantado su vuelo con más seguridad y pujanza que en España durante los siglos medios. Miéntras que la poesia de los árabes españoles tiene mucho de superficial, artificiosa y lijera, la de los judíos españoles es eminentemente religiosa, profunda y sublime. Los grandes poetas hebreos de España fueron, ademas, grandes filósofos y teólogos, y sus pensamientos y obras influyeron de un modo poderoso en la civilizacion europea durante la Edad Media. Sus nombres no pertenecen sólo á la historia de España, sino á la historia del mundo y al desenvolvimiento intelectual de todo el espíritu humano. Tales son Salomon ben Gabirol, Moisés y Abraham ben Ezrá, Jehuda Halevi de Toledo, Moisés ben Nachman, y otros muchos.

Aunque yo sea casi tan ignorante del

idioma de los profetas como de la lengua del Yemen, entiendo que podré hacer este trabajo, valiéndome de las que con grande amor y acierto han hecho sobre los poetas judíos españoles algunos entusiastas alemanes, judios tambien. De esta suerte, ya que en el Estado español hay libertad de cultos, llevarémos esta libertad á la república de las letras españolas, introduciendo en ella de nuevo á los israelitas y á los mahometanos, que habian sido expulsados largo tiempo hacia.

PRÓLOGO

La siguiente obra es fruto de estudios, á que me indujeron mi larga permanencia en Andalucía, y singularmente dos veranos que pasé en la hermosa Granada. A causa de mis frecuentes visitas á la Alhambra y al Generalife, y de las excursiones que me llevaban, ya al arruinado palacio de los Alijares, ya á las encantadoras colinas de Dinadamar ó á la maravillosa Alameda, ornada de flores, cercana al *Jardin de la Reina*, así como á causa de mis paseos por la hoy desierta capital del imperio omiada, los monumentos de los árabes que me rodeaban se

fijaron en mi mente como firme objeto de atenta consideracion. Al propio tiempo se despertó en mí el deseo de conocer más de cerca la cultura del pueblo, de cuyo buen gusto en artes daban brillante testimonio aquellas obras de arquitectura, tan bellas como originales. Yo ansié reanimar los salones de los alcázares arábigos, así con las figuras de los hombres que en otra edad discurrian por ellos, como tambien con los cantares que entónces allí resonaron. Se oponian á mi propósito la oscuridad y el olvido en que ha caido la nacion que casi por espacio de ocho siglos dominó en España, y que durante la edad media hizo tan gran papel. Con un celo sin ejemplo se han dado á conocer, hasta en sus más insignificantes producciones, los trabajos de los poetas provenzales, del norte de Francia, castellanos, alemanes, escandinavos é ingleses; pero en este coro de todas las naciones falta la voz del pueblo que justamente resplandeció sobre los demás por su cultura. Es cierto que los libros de historia hablan de la extraordinaria

eflorescencia á que llegó el arte de la poesía, á más de casi todas las ciencias, entre los españoles mahometanos; es cierto que se ha escrito, tiempo há, aunque más bien con vagas afirmaciones que con fundado conocimiento de los hechos, sobre el fecundo influjo de la poesía arábigo-hispana en la del resto de Europa; pero en balde se procuraria, por medio de alguna de las modernas lenguas europeas, tener noticias de estas poesías, y ménos conocerlas. Toda una gran literatura poética, que fué altamente admirada por un pueblo rico de ingenio, en el apogeo de su civilizacion, y cuya fama se extendia desde el ocaso hasta el oriente más remoto, ha desaparecido tan por completo como si jamás hubiera sido.

La sorpresa que esto causa se disminuye al pensar que la misma historia política de los árabes españoles ha permanecido en la más profunda oscuridad hasta hace poco; porque, segun el gran orientalista holandés irrefragablemente atestigua, Conde, tenido durante tanto tiempo por principal autori-

dad en este asunto, ha dado, por traduccion de historiadores arábigos, trozos mutilados de crónicas latinas; y, cuando realmente traducia un texto oriental, le entendia tan poco, que no raras veces convertia en dos ó tres á un indivíduo sólo, trocaba el infinitivo en nombre propio, hacia morir á muchos hombres ántes de que naciesen, y ponia en escena personas que nunca existieron. Con todo, el libro de este español ha sido, hasta nuestros dias, el fundamento de cuanto se ha escrito sobre los árabes de España. En todas las universidades de Europa se ha estudiado por él esta parte de la historia; todas las obras sobre España, escritas por alemanes, ingleses, americanos ó españoles, han tomado de Conde sus noticias sobre aquel brillante período; y del mismo manantial se han infundido los hechos falsos de todo género en las historias universales, áun de los más famosos autores, en las historias generales de la edad media, en las descripciones de los viajeros, etc., etc. La biblioteca de Casiri apénas merece más fé que el libro de Conde.

Sólo recientemente, con la publicacion de los más importantes historiadores arábigos en el texto original, se ha adquirido un fundamento seguro para conocer la España mahometana. Dozy, el ya citado eminente sábio á quien debemos en su mayor parte estas ediciones, ha coronado su meritorio trabajo con una verdadera historia crítica de los mahometanos en España, desde el octavo hasta el duodécimo siglo. Esta obra, que en conjunto llama el autor *Investigaciones sobre la Edad Media española*, debe ser considerada como una de las más altas y ya cumplidas tareas científicas de nuestro siglo, pues por ella ha salido, por primera vez, de las tinieblas de la fábula y de la mentira á la luz de la verdad, toda una parte de la historia del mundo tan importante y comprensiva. De esperar es que Dozy termine su empresa, describiendo aún la dominacion mahometana en la Península, desde más allá del tiempo de los almoravides hasta la conquista de Granada.

No podia entrar en el plan de este egre-

gio literato, tratar de la historia literaria de los árabes españoles, ademas de la historia política; su ya gigantesco trabajo se hubiera aumentado así desmesuradamente. Sólo con ocasion de otros casos, tienen lugar en su obra algunas noticias de esta clase. Sin embargo, no se puede negar que es por muchas razones deseable un más íntimo conocimiento de la poesía arábigo-hispana. Aun prescindiendo del deleite que ha de esperarse de las creaciones poéticas de un pueblo tan bien dotado, no se ha de estimar en ménos el valor histórico de dichas creaciones. Como dice Ibn Jaldun, en parte alguna se retratan los antiguos árabes mejor que en el libro de los cantos de Alí de Ispahan (*Prolegomena*, III, 321). Así el espíritu y la vida de los habitantes muslímicos de España se reflejan en sus canciones. Por último, la cuestion presentada á menudo sobre si la poesía de la Europa cristiana en la edad media ha recibido el influjo de la poesía arábiga, se decide aún, sin que sea lícito negarlo, por afirmaciones generales y someras analogías, mién-

tras que sólo el conocimiento de la misma poesía arábigo-occidental puede derramar luz sobre este punto oscuro.

Miéntras tanto, ya que me decido, en prueba de haber consagrado mi actividad á este objeto, á publicar el presente ensayo, conviene decir que le publico confiando en que será juzgado como la primera obra que se escribe sobre un asunto no tratado hasta ahora, y no como aquellos escritos que versan sobre asuntos más trillados y conocidos anteriormente. Sólo despues de haber sido ilustrada la literatura de los trovadores por una serie de escritos, que se sucedieron durante tres siglos, pudo componerse una obra como la de Diez. De esta suerte, sólo será posible presentar el cuadro completo de la poesía arábigo-hispana, cuando la aplicacion unida de muchos autores subministre para ello los materiales, y áun entónces, apénas bastarán las fuerzas y laboriosidad de una persona sola para abarcar la monstruosa magnitud de este ramo de la literatura, y para dar cima á una empresa tan gigante. Conocedor

los errores de Conde y en otros libros semejantes, que no merecen fe, he procurado yo, bebiendo en manantiales arábigos, que para esto son los solos conducentes, dar otro valor á mi obra. Que mi ensayo, por su dificultad y por la escasez de documentos habia de ser defectuoso, lo sabía yo desde que le empecé; pero tambien estoy persuadido de haber tomado el único camino derecho para poner en claro esta parte de la historia del arte.

Pienso asimismo echar una mirada sobre la poesía y el arte de los árabes en Sicilia; pero, como la cultura arábiga no ha florecido en aquella isla ni tan largo tiempo ni tan generalmente como en Andalucía, las páginas que consagro á esto tienen que ser proporcionalmente pocas. Es de advertir, ademas, que sobre aquella isla poseo muchos ménos documentos y noticias que sobre España.

La forma libre de todo mi ensayo me permite, en los capítulos sobre el arte, decir algo tambien acerca del país en que éste ha florecido. Si por ello se me censura de que á

veces me aparto de mi objeto, y tomo el tono de un *tourista* entusiasta, advertiré que la arquitectura arábiga está en la más estrecha relacion con la naturaleza que la rodea, y que, por lo tanto, quien desee caracterizar las creaciones de este arte, no debe dejar tambien de fijar su atencion en los objetos circunstantes. Por otro lado, era para mí del todo imposible el hablar con el tono seco del topógrafo sobre paisajes y lugares, cuyo mágico encanto no es sobrepujado por el de otro alguno en la tierra. Asimismo me atrevo á recordar aquí que hasta el severo historiador Falcando, y los sabios estadistas Pedro Mártir y Navagero no pueden contenerse al contemplar á Palermo y á Granada, y muestran su entusiasmo en inspiradas descripciones y en elocuentes alabanzas. Sírvame de excusa el ejemplo de estos grandes hombres.

de sombra, y el surco deslumbrador del relámpago en el cielo tenebroso, de todo esto, no sólo en general, sino en cada uno de sus momentos, y con su propio carácter y fisonomía, sabe apoderarse el poeta, y prestar duracion con gráficas palabras á la instantánea y mudable faz de las cosas. Ni le falta imaginacion instintiva para pintar los encantos de su amor y las excelencias de su espada ó de su lanza reluciente. En sus breves narraciones, no obstante la índole lírica de toda la obra, acierta con pocos rasgos atrevidos á contar los sucesos y á presentarlos vivamente á la fantasía.

La *Kasida* de Schanfara ofrece un modelo perfecto de la antigua poesía arábiga en toda su originalidad y en toda su pureza. En ella se retrata con rasgos profundos é indelebles y con patente grandeza el héroe selvático del desierto, que hasta á los cielos desafia. Lleno de enojo contra los hombres y el mundo, avanza durante la noche por el desierto, donde saluda como amigos al tigre y á la hiena hirsuta. Tendido sobre el duro suelo, desecado por los rayos del sol, y sólo llevando en su compañía el valiente corazon, el arco y la brillante espada, se complace en la soledad, para el noble y generoso refugio contra la maledicencia y la envidia. Mu-

chas noches ha caminado él, acompañado del hambre, el furor y el espanto, á traves de la lluvia y las tinieblas. Por él han quedado viudas muchas mujeres, huérfanos muchos hijos. Sin embargo, sólo ha alcanzado la ingratitud de sus compañeros de tribu. Por esto se halla tan bien avenido con los genios del desierto, que no hacen traicion á los amigos, que no divulgan los secretos. En adelante quiere vivir con los hambrientos lobos que rápidamente se precipitan por los barrancos, y que son altivos y valientes como él.

En más dulce tono celebra Antar el recuerdo de su Abla, de cuyos labios emana un aroma como el del suelo de primavera bañado por el rocío; en ella piensa cuando las lanzas enemigas y las agudas espadas quieren apagar la sed bañándose en su sangre; y su nombre invoca cuando sobre su ligero corcel, cubierto ya de heridas, se arroja en medio del tumulto de la batalla, y echa al suelo á tanto combatiente, que el olor embriagador de la sangre derramada llama y atrae á las hienas hambrientas, que buscan una presa que devorar en la oscuridad de la noche.

Tarafa excita en sus versos á la alegría y á los deleites de este mundo; porque, ¿hay álguien

acaso que esté seguro de la inmortalidad? Tres cosas son las que dan todo su encanto á la vida: por la mañana, temprano, ántes de que se despierte el severo censor, confortarse con el rojo zumo de las uvas; apresurarse sobre un corcel jadeante en socorro de un guerrero cercado de enemigos, y pasar las horas de un dia lluvioso y sombrío, bajo la desplegada tienda, en dulces juegos con una hermosa muchacha. La vida es un tesoro, del cual cada noche se lleva una parte. Iguales son los sepulcros del avariento, que contempla suspirando sus amontonados tesoros, y del pródigo, que despilfarra la herencia paterna en alegres goces; ambos sepulcros están cubiertos con un monton de piedras frias. Por estas razones, jamás se buscará en balde al poeta en la regocijada compañía de los bebedores, miéntras que brille el sol para él y no esté hundido en la noche eterna.

Atrevido y lleno de arrogancia juvenil, resuena el canto de Amr-ben-Kultum en alabanza de su tribu, cuyos blancos estandartes la llevan á la pelea, como va el ganado al abrevadero, y siempre vuelven rojos. «Apénas, dice, uno de nuestros niños se ha olvidado del pecho de su madre, cuando se postran de hinojos ante él, para reverenciarle, los más so-

berbios caudillos de las tribus extrañas. En la pelea derribamos las cabezas enemigas, como los muchachos derriban las piedrecillas cuando juegan.» Pasablemente árida es la *Muallaka* de Harit, llena de alusiones sobre toda clase de sucesos, y en la cual se defendian los beritas contra las acusaciones que Amr les habia dirigido.—De la boca del anciano Zuhair brotan sábias sentencias. Harto de las penas de la vida, porque cuenta ochenta años, mira indiferente á la ciega fortuna, sin desear sus dones. La fortuna no le ha sido propicia, y por esto ha vivido tanto. Él sabe lo que es hoy, y lo que ayer fué, pero no presiente lo que será mañana; así es que anhela, ántes que la muerte le arrebate, amonestar á las tribus para que observen con fidelidad los convenios, á fin de que no arda de nuevo la tea de la discordia, y la desventura las triture, pesada como piedra de molino.

Pintorescas imágenes de diversa clase presenta la *Muallaka* de Amr-ul-Kais, ora sea que el poeta refiera una aventura de amor, y cómo sorprendió á una muchacha que se bañaba miéntras que las pléyadas lucian en el cielo, y penetró en la tienda á despecho de los guardadores y de los recelosos parientes; ora describa

una partida de caza, montado él sobre un caballo impetuoso, el cual se precipita, semejante á un peñasco que arrastra en sus ondas el torrente desde la altura; ora pinte las gacelas que descienden del monte al llano, al presentir la tempestad, y cómo ésta troncha las palmas, hace que se desborden los arroyos, y es saludada por las aves con jubilosos trinos.

La *Muallaka* de Lebid nos ofrece una hermosa pintura de la antigua vida de los árabes. Lebid se jacta de haber estado á menudo de atalaya, para defender á su tribu, en las más altas colinas, desde donde podia espiar los movimientos del enemigo, y ver el polvo que levantan los cascos de los caballos, y columbrar los estandartes; siempre el peregrino halló refugio en su tienda contra el frio de la mañana, cuando sopla el helado viento del norte; siempre halló refrigerio en su mesa toda mujer menesterosa y desvalida. Por último, el poeta habla severamente de lo caduco y perecedero de todas las cosas de la tierra. Nosotros pasamos para nunca volver, miéntras que las estrellas tornan á levantarse en el cielo; áun las montañas y los alcázares permanecen y nos sobreviven. La suerte toca una vez á cada mortal; con los hombres sucede como con los campamentos y

con aquellos que los habitan: pasan éstos adelante, y quedan yermos estotros. Sólo un relámpago, un resplandor ligero es el hombre; arde, luce y deja cenizas.

Mayor variedad que en las *Kasidas* hay en las numerosas pequeñas composiciones poéticas contenidas en la *Hamasa*, en el *Diran de los Hudscilitas* y en otras colecciones. Allí se encuentran cantos de guerra y de hazañas al lado de poesías eróticas ó *gacelas*, é himnos fúnebres, mezclados con sátiras y versos báquicos, festivos ó jocosos. Muchas de estas composiciones se distinguen por el rapto lírico, las atrevidas imágenes, los giros pasmosos y las brillantes descripciones; pero la carencia de una extensa y alta nocion del universo encierra tambien esta clase de poesía en muy estrechos límites. Es casi siempre esta poesía hija de una inspiracion que nace de momentáneas y determinadas circunstancias; ya un arranque de enojo sobre el ofendido honor de la tribu, ya una lamentacion sobre un pariente ó un amigo asesinado, ya una invectiva contra un enemigo, y ya excitaciones á la valentía, ó el propio elogio por lo hecho en la pelea ó por el valor manifestado en los peligros, todo ello mezclado con proverbios y máximas morales. Como la patria del árabe antiguo

se limita á su tienda, y como mira con desprecio todo lo que no pertenece á su tribu, sus pensamientos poéticos y las voces de su alma corren parejas con aquel modo de sentir, y no van más allá tampoco. Con todo, lo que su poesía pierde por esto en extension de horizonte y en riqueza de tonos y colorido, lo vuelve á ganar en profundidad y en vigor intenso dentro de aquel campo exclusivo en que vive. Ciertos tonos quizás no fueron nunca, como por ella, lanzados con mayor fuerza para herir los corazones. La ira, que sólo puede calmarse en un torrente de sangre, y que arde como un volcan con ocasion de una ofensa recibida; el noble orgullo del hombre, realzado por la conciencia de su libertad; su devocion y prontitud á sacrificar la vida por sus hermanos de tribu; el audaz espíritu de aventura, que no se detiene ante ningun obstáculo; el dolor profundo por los asesinados amigos, cuya sangre no ha bebido aún la tierra, cuando ya la venganza ha caido sobre los matadores, y el recuerdo amoroso de las virtudes de las víctimas, y de la magnanimidad con que profusamente difundian sus dones, como las nubes del cielo; todo esto se muestra por estilo inspirado, vivo y lleno de sentimiento, en los mencionados cantares. Hay en ellos rasgos ardientes de

afecto, y un fervor y un torbellino y un torrente de pasiones, en pos del cual apénas puede ir la expresion, apresurada, violenta y concisa. A veces, y como perdiéndose y desvaneciéndose en el aire, se oyen más dulces modulaciones en la lira del árabe primitivo, y suspira por la amada ausente, cuya imágen sólo ve en sueños; pero pronto canta de nuevo el tumulto de las batallas y el resonar de las lanzas y de las espadas, y prorumpe en frases de indómita y casi diabólica fiereza, para la cual las aventuras más temerarias, el homicidio y el robo, son el mayor deleite de la vida.

Lebid, el autor de la última *Muallaka*, fué enviado, en su vejez, por embajador de su tribu, á Mahoma, quien hacia ya tiempo que figuraba como profeta, pero era aún desconocido y menospreciado de muchos. Lebid encontró á Mahoma en medio de una gran multitud de pueblo, al cual anunciaba la ira del Dios único contra los no creyentes. «Los que dejan el camino verdadero, decia, y siguen el error, no esperen galardon alguno. Se parecen á los que encienden una hoguera, y cuando el fuego luce en torno, Dios le apaga, y los deja en tinieblas, y no ven. Quedan sordos, ciegos y mudos, y no pueden volver atrás. Y son como peregrinos durante la

tormenta, cuando trueno y relámpago caen del cielo, cubierto de oscuras nubes. Y por no oir el estampido del trueno se tapan con los dedos las orejas; pero Dios tiene á los infieles en su poder; el relámpago los ciega. A veces, miéntras brilla, caminan á su luz; pero se desvanece en las tinieblas, y se paran. Si Dios quisiese, los cegaria por completo y les quitaria el oido, porque Dios todo lo puede.» Apénas oyó Lebid estas palabras de la segunda *Sura,* cuando reconoció que su *Muallaka* habia sido sobrepujada, y abandonó la poesía, y se hizo sectario del Islam.

Se comprende el entusiasmo y el asombro que debió producir la aparicion del *Coran.* Verdaderamente, el contenido de este libro religioso, ó mejor dicho, de esta coleccion de improvisaciones líricas, que ha venido á servir de base á la creencia de una parte tan grande del linaje humano, es harto pobre por el pensamiento. ¡Cuánto no difiere de aquella abundancia de ideas profundas, expresadas con una sencillez infantil, que hay en los santos libros de nuestra religion! Pero el *Coran* está lleno de imágenes deslumbradoras, que, merced á la brillante retórica y al ímpetu apasionado del Profeta, arrebataban el espíritu y encantaban los

oidos de los árabes. La poesía, que hasta entónces habia estado en Arabia ligada á la tierra y consagrada á las emociones y afectos de lo presente, rompió con Mahoma los límites del tiempo y del espacio, para volar al séptimo cielo y mostrar la felicidad de los santos, y para descender á los infiernos y hacer patentes las llamas en que han de consumirse los infieles. La palabra de Alá, divulgada por su profeta, resuena como una tempestad sobre la tierra temblorosa, amenazando con los terrores del juicio final á los vivos y á los muertos. El Profeta jura por el sol resplandeciente, por la noche tenebrosa y por las errantes estrellas, que se aproxima el último dia. La tierra se extremecerá; las montañas, despedazadas, se desharán en polvo; la mar se disipará en llamas; se arrollarán los cielos; se abrirá el libro del destino. Los cabellos de los niños encanecerán de espanto; se quebrantarán las peñas, de angustia; los hombres, apresurados y sin aliento, tratarán de convertirse, si hubiere tiempo aún. Cuando empiece el dia temeroso, sonarán las trompetas con un espantable sonido, por el cual hasta los ángeles tiemblan. Y entónces se oirá decir: «Apoderaos de los enemigos de Dios, y atadlos con cadenas de setenta varas, y arrojadlos en la humareda de los

infiernos, que se levanta hácia el cielo en tres columnas altísimas, y ni les da sombra ni los preserva del fuego devorador. Las almas saldrán de los sepulcros como bandadas de langostas, y serán lanzadas en el abierto abismo. Y Dios gritará al infierno: «¿Estás ya lleno?» Y el infierno responderá: «¡No....! ¿Tienes aún más impíos que yo devore?» Pero no todo será terror en aquel dia. Los creyentes verán cumplidas las promesas, é irán al paraiso á gozar de una inmensa bienaventuranza, sentados en verdes praderas, sobre almohadones recamados de oro. Allí reposarán, debajo de los plátanos frondosos y de los lotos sin espinas, y al borde de murmuradores arroyuelos, donde no sentirán ni calor ni frio. Una fresca sombra los cubrirá, y los frutos caerán sobre ellos desde las ramas. Estarán vestidos con ropas de seda verde, bordadas de oro, y adornados con brazaletes de plata. Mancebos inmortales les escanciarán en vasos de cristal un vino que hace perlas y que no turba la razon, y vírgenes amables, de grandes y negros ojos, serán su recompensa.

Reconocido pronto por las diversas tribus como una revelacion divina, y llevado en la punta de las lanzas por todas las regiones del mundo, el *Coran* fué en adelante para los árabes

el fundamento de la civilizacion. Cada muslim estaba familiarizado con sus máximas desde la infancia, y sabía de memoria las más de ellas. Y no sólo obtenia este libro una veneracion religiosa como si fuese la palabra de Dios, sino que era tambien admirado como el dechado más perfecto de la elocuencia. El *Coran*, por consiguiente, no pudo ménos de ejercer un grande influjo en la literatura, pero se exageraria demasiado este influjo, si se creyese que la poesía arábiga se habia transformado por él fundamentalmente. Mahoma no se presentaba ni se tenía por un poeta; sus *Suras* no están en verso, sino en una prosa mezclada con rimas, y no pudo servir de modelo á la poesía. Ésta, aunque se enriqueció con nuevas ideas é imágenes, permaneció lo mismo en cuanto al estilo, imitando el de los antiguos cantares, á menudo hasta en las extrañezas. En todos los tiempos de la literatura arábiga los autores de las *Muallacat* son considerados como maestros, con quienes se puede competir, pero á quienes no se puede vencer; y áun entre muchos vino á arraigarse la creencia de que toda la poesía posterior á Mahoma es sólo un pobre rebusco de aquella cosecha poética abundantísima de la época primera, y de que en balde se fatigan los

poetas posteriores por asemejarse á los corifeos ante-islámicos. Así es que la mayor alabanza que se podia hacer de uno era decir: Si hubiera vivido algunos dias en tiempo del paganismo, hubiera sido el primero de los poetas. En cierta ocasion, el famoso Feresdak, oyendo recitar á uno que pasaba el octavo verso de la *Muallaka* de Lebid, se postró como para orar, con la cabeza contra el suelo, y dió la siguiente explicacion á los que le preguntaron por qué hacia aquello: «vosotros conoceis pasajes del *Coran*, ante los cuales debe el hombre postrarse, y yo conozco versos á los cuales el mismo honor es debido.» Esta sentencia se daba principalmente en atencion al lenguaje; porque éste, no bien el Islam empezó á propagarse, parece que perdió mucho de su pureza, sobre todo en las ciudades y córtes, donde tenía su principal asiento la literatura. Sólo los habitantes del desierto conservaron aún, en cierto modo, la primitiva pureza del lenguaje, por donde vino á ponerse en uso el que los poetas fuesen á vivir durante algun tiempo entre los beduinos, á fin de aprender de ellos la recta significacion de los vocablos y los giros y propiedades de la lengua clásica, así como tambien á fin de conocer por experiencia propia la vida del desierto, cuya pintura

seguia siendo siempre una parte esencial de la *Kasida*.

El primer califa que tuvo á sueldo poetas fué Jezid, hijo del fundador de la dinastía omiada. La tarea principal de los poetas cortesanos era naturalmente ensalzar, por todos los modos posibles, á sus señores. Siguiendo la marcha de las ideas que predomina en las *Mualakat*, solian empezar estos poetas las *Kasidas*, que principalmente tenian el objeto ya dicho, despidiéndose de sus queridas ó del lugar en que moraban, y luégo hacian la descripcion del viaje que debia llevarlos cerca de su valedor, con cuyo pomposo elogio terminaban. Era tan grande la importancia que se daba á estas poesías encomiásticas, que un príncipe envidiaba á otro un solo verso feliz, una sola bella frase en que hubiese sido elogiado. Estos dos versos de una *Kasida* de Achtal en honor de los Omiadas gozan, en dicho sentido, de superior estimacion:

Al más fuerte enemigo sujeta su poder,
Pero inmensa es su gracia cuando llega á vencer.

Despues de caer esta dinastía, Abul Abbas, fundador de la dinastía Abasida, invitado á oir á un poeta que habia compuesto una *Kasida*

en honor de su familia, exclamó tristemente: ¡Ah! ¡cómo ese poeta podrá decir nada que equivalga á aquellos dos versos de Achtal en elogio de los Omiadas!

El referido Achtal y Dscherir y Feresdak pasan por los más egregios poetas de los dos primeros siglos del islamismo. Cada uno de los tres se creia por cima de sus antecesores y rivales, porque la virtud de la modestia no es fácil de hallar entre los poetas arábigos. Una vez quiso oir el Califa la opinion de Dscherir sobre los autores de las *Muallakat* y sobre Feresdak y Achtal. Dscherir encomió al punto el mérito de cada uno de los mencionados con entusiastas expresiones. «Tanto has gastado en elogiarlos, dijo entónces el Califa, que nada resta ya para tí.—¡Oh Príncipe de los creyentes! replicó Dscherir, yo soy el centro de la poesía; de mí emana y á mí vuelve; yo encanto con mis versos amatorios, aniquilo con mis sátiras é inmortalizo con mis alabanzas; en suma, soy insuperable en todos los géneros, miéntras que cada uno de los otros poetas en uno solo brilla.» Este poeta no parece que se limitase, más que en el propio elogio, en sus exigencias á la liberalidad de sú valedor. Muy contento con una de sus *Kasidas,* le prometió el Califa, en premio, ciento

de sus mejores camellas. «Pero, Príncipe de los creyentes, dijo Dscherir, temo que se me vayan, si no tienen algun guardador.—Está bien, respondió el Califa, te doy ocho esclavos para que las guarden.—Ahora sólo me falta, prosiguió Dscherir, una vasija en que puedan ser ordeñadas»; y al propio tiempo echó la vista sobre un gran vaso de oro que habia en el salon. Así consiguió que tambien el Califa le regalase el vaso (1).

El número de poetas que florecieron durante el primer siglo del Islam fué grandísimo, y no menor la consideracion que los más notables alcanzaron entre el pueblo, y el influjo que ejercian. La gente pretendia su favor como el de un Rey, y temia su ira como la del enemigo más poderoso, porque un verso punzante hacia heridas más profundas que el más afilado acero.

Cierto jóven se atrevió á dirigir contra Feresdak versos de burla. Sus parientes, temiendo las naturales consecuencias de esta impertinente audacia, se apoderaron de él, le llevaron á Feresdak y le dijeron: «Aquí te entregamos á este mozo; castígale como quieras, dale de palos

(1) Caussin de Perceval, *Journal asiat.*, 1834. II, 22 y 18.

ó arráncale las barbas; reconocemos que su temeridad merece un severo castigo.» Feresdak contestó que le bastaba la satisfaccion que acababan de darle, y el temor que habian mostrado de su venganza.

Entre todas las clases del pueblo se habia difundido una verdadera pasion por la poesía. Ni el estruendo de las armas, ni el fanatismo religioso, que entónces ardia en vivas llamas y pugnaba por extender la nueva fe sobre toda la redondez de la tierra, podian apagar esta pasion. Durante las guerras más empeñadas, se discutia acerca de la excelencia de un poeta sobre otro con tanta viveza como si se tratase del más importante negocio de Estado. Guerreando el general Mohaleb, en el Corasan, contra una secta herética, oyó en el campamento un gran tumulto. Se informó del motivo de él, y supo que entre sus soldados se habia suscitado una disputa sobre quién era mejor poeta, si Feresdak ó Dscherir. Algunos soldados entraron en la tienda del General y le rogaron que decidiese la cuestion; pero Mohaleb les dió esta respuesta: «¿Acaso me quereis entregar á la venganza de uno de esos dos perros rabiosos? Me guardaré muy bien de sentenciar sobre ellos; dirigíos mejor á los herejes, contra quie-

nes hacemos la guerra, los cuales no temen ni á Feresdak ni á Dscherir, y suelen ser muy inteligentes en poesía.» Al otro dia, cuando los dos ejércitos enemigos estuvieron frente á frente, se adelantó un hereje, llamado Obeida, y provocó á combate singular á los del ejército de Mohaleb. Al punto aceptó la provocacion un soldado, fué hácia Obeida, y le rogó, ántes de que empezasen á reñir, que le resolviese la cuestion sobre cuál era más gran poeta, Feresdak ó Dscherir. Obeida recitó entónces un verso, preguntó de quién era, y, cuando el otro contestó que de Dscherir, dijo que á éste tocaba la preeminencia (1).

El propagar entre el pueblo las obras de los poetas, á más de lo que los mismos poetas las difundian, era negocio de una clase de hombres que se llamaban, *rawia,* esto es, tradicionistas ó recitadores. Estos rapsodas iban de lugar en lugar, y donde quiera eran oidos con vivo deseo. De la memoria que poseian algunos de ellos se cuentan cosas que rayan en lo increible. Uno de los más famosos, llamado Hammand, contestó en cierta ocasion al califa Walid, que le preguntó cuántas poesías sabía de memoria: «Por

(1) *Journal asiatique,* 1834, II, 23.

cada letra del alfabeto te puedo recitar cien grandes *Kasidas,* que rimen con las letras, y esto sin contar las pequeñas canciones. Advierto ademas que serán *Kasidas* del tiempo del paganismo, y que puedo recitarte despues las compuestas en los dias del Islam.» El Califa se decidió á ponerle á prueba y le mandó que recitase los versos. Hammad empezó al punto, y estuvo tan largo tiempo recitando, que al fin se cansó el Califa de oirle, y encargó á otro que ocupase su puesto, á fin de poder juzgar acerca de la verdad de aquella jactancia. Así llegó á recitar Hammad hasta dos mil y novecientas *Kasidas* del tiempo del paganismo, y Al-Walid, cuando se informó del hecho, le hizo un regalo de cien mil *dirhemes* (1).

El canto y la música, que ya desde antiguo eran muy del gusto de los árabes (2), fueron condenados por muchos severos muslimes, fundándose en algunas sentencias del *Coran* y en otras muestras de desaprobacion del Profeta; pero la aficion innata de los árabes á am-

(1) Kosegarten, *Arab. Chrestomathie,* página 124.

(2) Ibn Badrum, publicado por Dozy, página 64.—Ali de Ispahan, publicado por Kosegarten, Introduccion, pág. 5.

bas cosas venció pronto toda consideracion, y aquellas artes alegres llegaron á más altura que nunca. Pronto resonaron en los palacios de los califas los cantares, el laud y la cítara. De numerosos cantores y cantarinas se conservan noticias históricas desde los tiempos de Mahoma hasta la caida de los Omiadas. Muchos de ellos procedian de Persia ó habian tenido maestros persianos, de quienes aprendieron nuevas modulaciones, y las añadieron á aquellas que ántes eran ya celebradas. Bastará aquí, en vez de citarlos á todos, citar á los dos más famosos músicos, al cantor Mabed y á la cantarina Assa-ul-Meila. De ésta se dice que era la reina de cuantas cantan ó tocan el laud ó la cítara (1). Mabed, estando en gran privanza, por su habilidad musical, en la córte de Al-Walid, dijo una vez, porque celebraban en su presencia á un general que habia tomado siete fortalezas: «Por Dios santo, que yo he compuesto siete cantares, cada uno de los cuales me hace más honor que la conquista de una fortaleza.» Estos siete cantares fueron llamados desde entónces las fortalezas de Mabed. Otra anécdota de la vida del

(1) Kosegarten, *Arab. Chrestomathie*, página 135.

mismo artista prueba el poder que la música ejercia áun entre las clases ínfimas del pueblo. En su viaje á la Meca, adonde habia sido convidado por un príncipe de Hedschas, llegó Mabed á una tienda, muerto de calor y de sed. Como viese allí á un negro con muchos cántaros de agua fresca, se llegó á él y le pidió un trago; pero el negro se negó á la demanda. Mabed le suplicó entónces que al ménos le dejase descansar un rato á la sombra de la tienda, pero el negro le rehusó tambien este favor. Despues de una acogida tan dura, Mabed se tendió por tierra á la sombra de su camello, á fin de reposar un poco, y empezó á entonar una cancion. Apénas la oyó el negro, fué donde estaba Mabed, le llevó á su tienda y le dijo: «¡Oh tú, á quien venero más que á padre y madre! ¿no quieres que te prepare una fresca horchata de cebada?» Mabed, no aceptando esto, se limitó á beber agua, y se preparó á partir. Entónces dijo el negro: «¡Oh glorioso cantor! el calor es extraordinario; permite que te acompañe y que lleve en pos de tí un odre con agua, á fin de que siempre que tengas sed pueda yo servirte agua fresca; tú, en pago, me cantarás una cancion cada vez.» Contentóse el cantor con lo propuesto, y el negro le fué siguiendo con el agua hasta que ter-

minó su viaje, y cada vez que le daba de beber era recompensado con una cancion (1).

Miéntras que en el palacio imperial de Damasco, la magnificencia, que más tarde habia de desarrollarse con mayor brillantez áun, empezaba ya á mostrarse con exceso y á ponerse al servicio de la poesía, Meisuna, mujer del califa Moawia, en medio de todos aquellos esplendores que la cercaban, suspiraba por su patria en el desierto. Un dia la sorprendió su marido cantando los versos siguientes:

Con un traje de pieles
Era yo más dichosa
Que con las rozagantes vestiduras
Que aquí siempre me adornan.
Mi tienda del desierto,
Al traves de la cual el viento sopla,
Prefiero á los alcázares;
Allí mejor se mora.
El reposado andar de mansa mula
Me cansa, y no el camello cuando trota;
Más me agrada el ladrido de mi perro
Que el són de los timbales y las trompas.
Un pastor de mi tribu
Más valor atesora
Que todos estos necios cortesanos,
Y su lujo y su pompa.

(1) *Alii Ispahanensis liber cantilenarum*, ed. Kosegarten, pág. 36.

Moawia se enojó al oir tales palabras y dijo: «Ya veo, oh hija de Bachdal, que no te has de dar por contenta hasta que me transforme en un rudo beduino. Libre eres, si gustas, de volverte con los tuyos, ya que tanto lo deseas.» Meisuna, en efecto, se volvió al desierto con su tribu, de la cual, como dice el historiador arábigo, habia aprendido la elocuencia y el arte de los cantares (1). Entre los vagabundos beduinos, como en su verdadera patria, conservó la poesía su indomable rudeza, lo mismo que en los tiempos anti-islámicos. El poeta Tahman se vió obligado á servir de guía en el desierto á Nadschda el hanifita y á los que le seguian, los cuales estaban en abierta rebelion contra los Omiadas. Durante la noche, cuando dormian todos, se levantó Tahman, ensilló un camello, y se puso precipitadamente en fuga, montado sobre él; pero á la mañana siguiente fué perseguido y aprisionado por Nadschda, quien le condenó á perder, por ladron, la mano derecha. La cruel sentencia fué al punto ejecutada. Ardiendo en sed de venganza, se dirigió entónces Tahman á la córte de Ab-ul-Melic, y le recitó unos versos, pidiéndole que le vengase. En es-

(1) Abulfeda, I, 398.

tos versos, que se conservan aún, conjura al Califa para que salve de la deshonra su mano cortada. Como un verdadero beduino, no considera vergonzoso robar un camello á los enemigos; pero teme que sea perpétua su infamia si no lava con sangre la injuria que se le hizo, si su mano se pudre inulta en el desierto. Miéntras recitaba la poesía, mostraba Tahman su brazo mutilado al Califa. «Mira cuán fuerte brazo sería éste, si no hubiera sido tan impiamente mutilado. Véngame, oh Rey; porque, si no, tendrás que responder un dia de mi mano ante el tremendo tribunal de Dios. Véngame y véngate, oh Rey, porque los que me han mutilado arden tambien en ira contra tí. Apénas están crecidos sus hijuelos, abominan y maldicen de tu casta; pero el más maldito de todos es el maldito cabecilla de la faccion.» El Califa se sintió tan conmovido al oir estos versos, que consoló á Tahman, concediéndole, como indemnizacion, la facultad de cortar la mano derecha á cien hanifitas (1).

Al lado de tales composiciones, inspiradas por el ódio, la venganza y la cólera, se abria en el desierto la flor de los cantares amorosos.

(1) Wright, *Opuscula arabica*, pág. xi).

Desde antiguo tenia fama la tribu de los *Usras* de producir las muchachas más hermosas y los más enamorados mancebos. En cierta ocasion hubo en una de sus aldeas treinta jóvenes á la muerte, sin otro mal que mal de amores sin esperanza. Se cuenta que un beduino contestó á uno que le preguntaba de qué tribu era: «Yo soy de la tribu de los que mueren cuando aman;» y que una muchacha que se hallaba presente dijo en seguida: «¡Por Alah! éste es de la tribu de los Benu Usra!» De esta tribu era tambien Dschemil. Enamorado desde la infancia de Botheina, la pidió por mujer apénas tuvo la edad; pero los parientes de ella, que le eran contrarios, se opusieron á la boda. Desde entónces sólo pudo ver á su amada en secreto, y exhaló su pena y su pasion amorosa en ardientes cantares. Á menudo, á pesar de los guardas, pasaba noches enteras en un valle solitario, á la sombra de unas palmas, en dulces pláticas de amor con ella; pero, segun juró despues en su lecho de muerte, nunca se propasó á más que á tomar la mano de Botheina y á estrecharla contra su corazon, á fin de calmarle un poco. En una de sus peregrinaciones tuvo Dschemil la fortuna de obtener la gracia del Gobernador de Egipto por medio de una poesía encomiástica. El Goberna-

dor le prometió que intercederia para que consiguiese la mano de su amada; pero poco despues cayó Dschemil peligrosamente enfermo. En aquel instante supremo encargó á un amigo que, despues de su muerte, tomase su vestido y se le llevase á Botheina. El amigo cumplió puntualmente aquella última voluntad. Vino á la tribu de Botheina, y recitó en alta voz algugunos versos, participando la muerte de Dschemil. La infeliz enamorada acudió entónces, con semblante descolorido, semejante á la pálida luna, y gritó y se hirió el rostro al ver el traje. Las mujeres de la tribu la cercaron y lloraron con ella, y entonaron un himno fúnebre. Botheina cayó desmayada. Al volver en sí exclamó:

Jamás podré consolarme,
Dschemil, de haberte perdido;
El bien y el mal de la tierra,
Sin tí, me importan lo mismo.

Y desde entónces no volvió Botheina á componer nuevos cantares (1).

En este rápido bosquejo hemos seguido á la poesía arábiga hasta el punto en que los límites

(1) Kosegarten, *Arab. Chrestomathie,* 46 y S. 141, y Ibn Challikan, ed. Slane, 169.

del suelo en que empezó á florecer se habian extendido al Indo y al Oxo, abarcando toda el Asia Menor, el Norte de África, las grandes islas del Mediterráneo y la península ibérica hasta los Pirineos. El objeto de nuestro escrito nos obliga á dejar aparte el ramo oriental de esta poesía, para consagrar toda nuestra atencion al otro ramo que fué trasplantado á Occidente. Bajo el imperio de los Abasidas empieza en Oriente un nuevo período en la historia de la poesía, y, con la fundacion en España de un poder independiente del califato, eleva el tono la poesía andaluza, cuya voz sólo habia resonado hasta entónces lánguidamente entre el tumulto de las armas, así de la guerra de conquista como de la guerra civil. La caida del trono de los Omiadas en Damasco marca, sobre poco más ó ménos, el punto en que dicha poesía andaluza puede ser considerada por separado.

Largo tiempo hacía que se preparaba la venganza, por antiguas iniquidades, contra la dinastía de los Omiadas, y esta venganza se cumplió por completo en aquella espantosa caida.

Ántes de que nos separemos del Oriente, darémos aquí noticia de una pequeña composicion poética, de la época de aquella terrible lucha, cuyo término fué la elevacion de los Omia-

das al califato. Cuando Alí y Moawia se disputaban el imperio á muerte y á vida, dió el último á su general Bescher la horrible órden de matar á todos los parciales de su rival, sin perdonar á niños y mujeres. Bescher cumplió el encargo con exactitud escrupulosa. En el Yemen arrebató á los dos inocentes hijos del que allí mandaba de entre los brazos de su madre Umm-Hakin, y los degolló con sus propias manos. Alí, cuando supo este cruel asesinato, dirigió á Dios una ardiente plegaria para que castigase al malvado con la pérdida de la razon. Su plegaria fué oida. Umm-Hakin entre tanto se entregaba á la más devoradora afliccion por la muerte de sus hijos, vagaba desesperada de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, se mezclaba entre las turbas, y pedia á todos que le devolviesen á sus hijos, recitando los siguientes versos, que sólo traducimos en prosa, porque cualquier esfuerzo para ponerlos en forma métrica borraria la impresion de aquel profundo sentimiento, cercano al delirio, que consumia todas las fuerzas del alma. «¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran dos perlas en una concha. ¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran mi corazon. ¡Me han robado el corazon! ¡Oh tú, que has visto á mis hijos; el tuétano de mis huesos; y el tuétano de mis

huesos se ha consumido! Oí hablar de Bescher, y no pude creerlo. Es mentira el crímen que se le imputa. Pues ¡qué! ¿su espada ha separado del tronco la cabeza de mis dos hijos? Mienten. No descansaré hasta que halle hombres de su tribu, varones eminentes y valerosos. ¡La maldicion de Dios sobre Bescher, como la tiene merecida! Lo juro por la vida del padre de Bescher; este hecho es un crímen horrible. ¿Quién de vosotros dará nuevas á una pobre madre, loca, sedienta y fatigada, de dos niños que ha perdido y cuya suerte la conmueve?» Así fué Umm-Hakin á la Meca, y allí tambien entonó su endecha lastimosa. Un árabe, movido á piedad, tomó la resolucion de vengarla. Buscó á Bescher, se apoderó de sus dos hijos, y los mató, arrojándolos por un despeñadero (1).

(1) Quatremere, *Journal asiatique*, 1835, II, 289.

II.

Elevada cultura de los árabes españoles. Eflorescencia de la poesía entre ellos.

La historia no ofrece ejemplo de más inmensas y rápidas conquistas que las de los primeros sectarios del Islam. Embriagados con las promesas del Profeta, salieron de sus soledades, como el ardiente huracan del desierto, para difundir su creencia y ganar así el ofrecido paraíso. Apénas habian pasado cuarenta años desde la muerte de Mahoma, cuando ya habia llegado hasta el Océano Atlántico el estampido de aquella tempestad. Segun refiere la leyenda, el fiero general Okba llegó á la costa occidental de África, entró en el mar, y exclamó, miéntras que las olas espumosas pasaban sobre la silla de su

camello: «¡Alah, yo te invoco por testigo de que hubiera llevado más allá el conocimiento de tu santo nombre, si no lo estorbáran las encrespadas olas que amenazan tragarme!» No mucho despues ondeaba el estandarte musulman desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta las montañas celestes de la China, y por un momento estuvo en duda si se pondria á orillas del Garona, en vez de la cruz de los templos, como ya Abu-Dschafer-al-Mansur le habia llevado por la Mesopotamia y le habia plantado sobre las pagodas de los indios. Así llegó, al terminar el primer siglo de la Egira, á adquirir el imperio de los califas mayor extension que otro alguno; más que el romano ántes; más que despues el de los mongoles. Pero el peligro de una pronta division no podia ménos de amenazar á un tan monstruoso conjunto de diversos países, y casi al mismo tiempo vino á hacerse sentir en los dos extremos del imperio. Miéntras que en el extremo Oriente, en las crestas del Parapamiso, los Tahiridas levantaban de nuevo la antigua bandera del Iran, la provincia más occidental se separó tambien del dominio de los califas. Cansados ya de las luchas con que los gobernadores dependientes del califato devastaban la tierra, los jeques del Andaluz, nombre

que se daba entónces á toda España, buscaron un príncipe que los gobernase con independencia, y le hallaron en Abdurrahman, vástago de los Omiadas.

La caida de esta dinastía, dominadora del mundo, es una de las más espantosas tragedias que registra el Oriente en sus anales. Despues que el califa Merwan sucumbió en una batalla contra su rival Abul-Abbas, éste dió órden á su lugarteniente en Siria y Egipto, de perseguir y matar á todos los individuos de la destronada dinastía. Abdalah, que mandaba en Damasco, mostró un celo extraordinario en cumplir la voluntad de su señor; atrajo á su palacio á unos noventa Omiadas, fingiendo que deseaba tomarles juramento de fidelidad y celebrar en un festin la reconciliacion de la antigua dinastía con la nueva. Cuando aquellos incautos estaban ya presentes y prontos á sentarse á la mesa, entró en la sala el poeta Schobl, probablemente excitado á ello, y recitó los versos siguientes:

Tiene la casa de Abbás
Seguro y firme el imperio,
Ya que el afan de venganza,
Reprimido largo tiempo,
En sangre de los Humeyas
Pudo quedar satisfecho.

Mas conviene exterminar
Este linaje protervo,
Desde el tronco de la palma
Hasta el retoño más tierno.
Miéntras mienten amistades,
Acicalan los aceros.
No fieis de sus engaños:
Mucho me pesa de verlos,
Sobre almohadones mullidos,
Tan cerca del trono excelso.
Lo que Dios ha roto ya,
Hoy aniquilar debemos.
Venganza pide la sangre
De Said; venganza aquellos
Que en las arenas desiertas
Del Curdistan perecieron.

Al oir estos versos, mandó Abdalah que matasen á cuantos allí estaban reunidos. Gente armada penetró en el salon, y acabó con los convidados, dándoles de golpes con largos palos de tiendas. Sobre los moribundos y los muertos se extendieron alfombras; y miéntras que resonaba el ruido de los platos y vasos á par de los gemidos de las víctimas, Abdalah y los suyos prosiguieron la fiesta en aquel salon lleno de sangre, solemnizándola con regocijados cantos de victoria. No contento Abdalah con haber asesinado á los Omiadas vivos, volvió tambien su furor contra los muertos: abrió en Damasco los

sepulcros de los califas, esparció al viento las cenizas de Moawia, enclavó en una cruz el cadáver de Hischam, y le quemó luégo en una hoguera.

Con la misma crueldad que en Damasco, se procedió en las otras ciudades principales del inmenso imperio contra los indivíduos de aquel desventurado linaje, y sólo pocos se pudieron salvar, apelando á una rápida fuga (1).

Uno de estos últimos fué el mancebo Abdurrahman, hijo de Moawia. Despues de haber vagado fugitivo, entre mil peligros mortales, en los desiertos arenosos de África, halló amistosa acogida en las tiendas de algunos beduinos hospitalarios, donde recibió la embajada de los jeques andaluces, la cual le presentó su demanda. Abdurrahman, aceptando los ofrecimientos que se le hacian, desembarcó en las costas de España, y pronto se vió cercado de numerosos parciales; venció á sus contrarios, y, como soberano independiente de España toda, colocó el trono de su imperio en la ciudad de Córdoba. Áun amenazaron una vez al Islam, desde el Norte, las huestes de Carlomagno; pero despues que fué herido Roldan en la funesta garganta de Roncesvalles, y pidió socorro en vano, to-

(1) Abulfeda, ed. Reiske, I, 490, etc.

cando su cuerno, sólo quedó por competidor del Coran en la Península, un puñado de valientes godos, refugiados en las montañas de Astúrias, apénas perceptible cuna de la monarquía castellana.

Con el intento de hermosear su capital por todos estilos, á imitacion de las ciudades de Oriente, empezó Abdurrahman en Córdoba, de cuyo esplendor puso los cimientos, la construccion de la gran mezquita, que áun en el dia sobresale, entre las ruinas de tantas obras maestras del arte arábiga, como una maravilla del mundo. Al mismo tiempo edificó una quinta hácia el noroeste de la ciudad, á la cual dió por nombre Ruzafa, en conmemoracion de una casa de campo cercana á Damasco y perteneciente á su abuelo Hischam. En los jardines que se extendian en torno de este palacio hizo plantar árboles raros de Siria y de otras tierras del Oriente. Una palma, que allí, bajo el apacible cielo de Andalucía, creció como en su patria oriental, y que parece haber sido la madre de todas las otras palmas de Europa (1), infundiendo en el alma de Abdurrahman melancólicos recuerdos del país nativo, le inspiró los siguientes versos:

(1) Al Holat, ed. Dozy, s. 35.

Tú tambien eres ¡oh palma!
En este suelo extranjera.
Llora, pues; mas siendo muda,
¿Cómo has de llorar mis penas?
Tú no sientes, cual yo siento,
El martirio de la ausencia.
Si tú pudieras sentir,
Amargo llanto vertieras.
A tus hermanas de Oriente
Mandarias tristes quejas,
A las palmas que el Eufrátes
Con sus claras ondas riega.
Pero tú olvidas la patria,
A par que me la recuerdas;
La patria de donde Abbás
Y el hado adverso me alejan (1).

Otra composicion al mismo asunto dice como sigue:

En el jardin de Ruzafa
Una palma hermosa ví,
Que, de otras palmas ausente,
Bien parecia gemir.
Y la dije: «Te apartaron
De tus hermanas, y á mí
De amigos y de parientes
Me aparta el hado infeliz.
Muy léjos yo de los mios,
Y tú en extraño país,

(1) Al Holat, s. 36.

Mi suerte es como la tuya,
Mi imágen eres aquí.
Que llene, para regarte,
La lluvia todo el jardin;
Que las estrellas del cielo
Se liquiden sobre tí» (1).

Una melancolía semejante contiene esta tercera cancion de Abdurrahman:

Dios te guie, caballero
Que hácia mi patria caminas;
Llévate la bendicion
Y los suspiros que envia
Una parte de mi alma
A otra parte que allí habita.
Encadenado mi cuerpo
Está á la tierra que pisa,
Y el recuerdo de otra tierra
El sueño dulce me quita;
Allí dejé el corazon
Y cuanto bien poseia.
Así lo dispuso Alah;
Tal vez su bondad permita
Que á la patria el desterrado
Logre volver algun dia (2).

Bajo la dinastía de los Omiadas, que fundó Abdurrahman, y que duró dos siglos despues de

(1) Al Bayan, ed. Dozy, 62.
(2) Al Bayan y Abdul Wahid, 12.

la caida de su antecesora en Oriente, floreció España hasta tal punto de poder y esplendor, que oscureció á los demas Estados de la Europa de entónces. Con las abundosas fuentes de la riqueza pública, que nacian de la agricultura, favorecida por un cuidadoso sistema de irrigacion, de la actividad industrial, y del comercio, que se extendia por todas las regiones del mundo, la poblacion creció tambien de un modo portentoso. El viajero Ibn-Haukal llama á Córdoba la más gran ciudad de todo el Occidente (1), y Ibn-Adhari dice que en la época de su prosperidad contenia dentro de sus muros ciento trece mil casas, sin contar las pertenecientes á los visires y empleados superiores, y que sus mezquitas eran tres mil, y los arrabales veinte y ocho (2). El valle del Guadalquivir estaba lleno por todas partes de palacios, quintas y casas de recreo, y de huertas, jardines y públicas alamedas, á cuya sombra acudian á solazarse los ciudadanos, cuando querian apartarse del polvo y del tumulto de la ciudad. Hischam, el sucesor de Abdurrahman, construyó el puente sobre el Guadalquivir, y casi terminó la mez-

(1) Makkari, I, 300.
(2) Al Bayan, 247.

quita (1). Pronto se difundió por Oriente la fama de este templo del Islam, el mayor y más esplendoroso de todos (2). Atraidos por ella, vinieron á ver sus inmensas calles de columnas fieles muslimes de las comarcas más remotas. Abdurrahman II mandó construir otros magníficos edificios, á fin de hermosear más su capital. Aficionado al lujo y á la pompa, se rodeó, como los califas de Bagdad, de una brillante córte. No sólo en Córdoba, sino en muchos puntos de Andalucía, se hicieron, por órden suya, alcázares, acueductos, puentes, caminos militares y mezquitas (3). Pero hasta más tarde, reinando Abdurrahman III, el Grande, y el primero que tomó el título de califa, no se elevó el imperio andaluz á aquel altísimo grado de bienestar material, que fué el fundamento de una cultura intelectual no ménos alta. Este bienestar aparece con el mismo brillo en las descripciones de los escritores occidentales y orientales. Miéntras que encomia Masudi la España mahometana de aquel tiempo por la riqueza y número de sus ciudades, y por sus extensos campos, bien cul-

(1) Makkari, I, 219.
(2) Makkari, I, 358.
(3) Al Bayan, II, 93.

tivados, deslindados y divididos por firmes cercas (1), Ibn-Haukal se admira del órden que reina por donde quiera, del bienestar del pueblo, de la superabundancia del tesoro público, y del estado floreciente de la agricultura, que habia transformado las más áridas comarcas en ricos vergeles (2), y el abad Juan de Gorz, que vino á Córdoba como embajador de Oton el Grande, pinta con colores no ménos vivos el poder guerrero de Abdurrahman y la pompa deslumbradora de su córte (3). Hasta allá muy léjos, en el Norte, en las celdas del claustro sajon de Gandersheim, penetran las noticias de la maravillosa ciudad de Guadalquivir; la abadesa Hroswitha, en su poesía sobre el martirio de San Pelagio, ensalza á Córdoba como «joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fortaleza, celebrada por sus delicias, resplandeciente con la plena posesion de todos los bienes» (4).

(1) Masudi, *Aureas praderas,* III, 78.

(2) Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne,* III, 91.

(3) *Vita Johannis Gorciensis,* cap. CXXXV, CXXXVI, in Pertz scriptores, t. IV.

(4) *Roswithæ opera,* ed. Schuzfleisch, página 120.

Con mayor celo aún que sus antecesores, miró Hakem II por las ciencias y cuidó del desenvolvimiento intelectual de su pueblo. Ántes de él no faltaban, por cierto, buenas escuelas. Miéntras que en el resto de Europa casi nadie, salvo los clérigos, sabía leer y escribir, el conocimiento de ambas cosas estaba en Andalucía generalmente divulgado. Hakem creyó, con todo, que debia extender la instruccion mucho más, y fundó en la capital veinte y siete colegios, en los cuales los niños de padres pobres eran educados grátis. La juventud concurria en gran número á las academias que en Córdoba, Sevilla, Toledo, Valencia, Almería, Málaga y Jaen dependian de las mezquitas (1). Allí se encontraban profesores y estudiantes de todas las partes del mundo mahometano. La fama de aquellas florecientes y magníficas escuelas superiores atraia hácia España hasta á los habitantes de las más remotas regiones de Asia, así como, por el contrario, muchísimos andaluces emprendian fatigosas peregrinaciones á los más apartados países, á fin de saciar su sed de ciencia. En ningun otro país, y en ninguna otra edad de gran cultura, ha sido tan comun la aficion á los

(1) Makkari, I, 136.

largos viajes científicos, como en la España musulmana, principalmente desde el siglo x. Casi de contínuo ocurria que habitantes de la Península emprendiesen el largo camino de toda la costa boreal de África, pasasen á Egipto y fuesen luégo á Bochara y á Samarcanda, con el fin de oir las explicaciones de algun sabio afamado. A uno le impulsaba el anhelo de reunir tradiciones sobre la vida y las sentencias del Profeta, á otro el amor de las investigaciones filológicas, y muchos querian estudiar jurisprudencia, medicina, astronomía, filosofía ó matemáticas con los más egregios maestros. Durante la peregrinacion, eran visitadas las escuelas de Túnez, Kairvan, Cairo, Damasco, Bagdad, Meca, Basora, Cufa, y otras no ménos célebres, y el viajero, rico de nuevas ideas, volvia á su patria. En algunas ocasiones estos viajes científicos se extendian hasta la India y la China, y hasta el centro de África (1).

Con pasion reunió Haken libros de todas clases y envió á todos los países agentes para comprarlos. De este modo formó una inmensa biblioteca, que contenia cuatrocientos mil volúmenes y que estaba abierta al público en su

(1) Makkari, en el libro v.

palacio de Córdoba. Se asegura que Hakem habia leido todos estos libros, y los habia anotado con observaciones escritas de su mano. Hábiles copistas y encuadernadores estaban constantemente en su palacio, ocupados por él. Su córte era el centro adonde acudian los más notables escritores, y su liberalidad para con ellos no tenía límites. Libros compuestos en Siria ó en Persia eran conocidos en España mucho ántes que en Oriente. Hakem envió á Alí de Ispahan un espléndido presente á fin de obtener el primer ejemplar de su célebre libro de los *Cantares*. Con la proteccion de un príncipe tan apasionado á las ciencias, se desenvolvió un vivo movimiento intelectual, y en la Edad Media no hubo una época literaria más brillante que la de su reinado en España (1). Tambien del poderoso Almansur, que bajo los débiles sucesores de Hakem tuvo el gobierno del Estado, recibieron las ciencias grande favor, y los sabios muchas honras y recompensas (2). Sólo de la filosofía, que ya ántes habia podido mostrarse

(1) Quatremere, *Journ. asiatique*, 1838, II, 71, etc.—Dozy. *Histoire*, III, 107, etc.

(2) Ab-ul-Wahid, 20.

con toda libertad, fué enemigo Almansur por fanatismo religioso.

Un horrible sacudimiento conmovió la tan floreciente civilizacion española á causa de las guerras civiles que en los últimos años de la dinastía de los Omiadas asolaron la tierra. Despues de la toma de Córdoba por los bereberes, en 1013, la gran biblioteca de Haken fué en parte destruida, en parte vendida. Seis meses enteros se emplearon en trasportar de un lugar á otro aquella enorme cantidad de libros (1). Pero, poco despues de la caida del califato, empezó un nuevo período histórico, en general favorable á la literatura. Los numerosos estados independientes, que se levantaron entre las ruinas del destrozado imperio, fueron otros tantos centros de actividad literaria y artística. Entre las pequeñas dinastías de Sevilla, Almería, Badajoz, Granada y Toledo reinaba una verdadera emulacion en punto á proteger las ciencias, y cada una procuraba sobrepujar á las otras en sus esfuerzos para lograr este fin (2). Multitud de escritores y de floridos ingenios se

(1) Quatremere, *Journ. asiatique,* 1838, II, 73, etc.

(2) Makkari, II, 129.

reunian en estas córtes, algunos disfrutando fuertes pensiones, otros recompensados con ricos presentes por las dedicatorias de sus obras. Otros sabios conservaban toda su independencia, á fin de consagrarse al saber libres de todo lazo. En balde envió Mudschahid, rey de Denia, mil monedas de oro, un caballo y un vestido de honor al filólogo Abu-Galib, á fin de excitarle á que le dedicára una de sus obras. El orgulloso autor devolvió el presente, diciendo: «He escrito mi libro para ser útil á los hombres y para hacerme inmortal; ¿cómo he de ir ahora á poner en él un nombre extraño, para que se lleve la gloria? ¡Nunca lo haré!» Cuando el Rey supo ésta contestacion de Abu Galib, se admiró mucho de su magnanimidad, y le envió otro presente doble mayor (1). Todas las preocupaciones religiosas desaparecieron de estas pequeñas córtes. Reinaba una tolerancia como áun no se ha visto igual, en nuestro siglo, en ninguna parte de la Europa cristiana. Los filósofos podian, por lo tanto, entregarse á las más atrevidas especulaciones. Muchos príncipes procuraban ellos mismos sobresalir por sus trabajos literarios. Al-Mutsaffir, rey de Badajoz, escribió una grande

(1) Makkari, II, 129.

obra enciclopédica en cerca de cien volúmenes (1); Al-Moktadir, rey de Zaragoza, fué famoso por sus extraordinarios conocimientos en astronomía, geometría y filosofía (2); y las dinastías de los Abbadidas de Sevilla y de los Benu-Somadih de Almería produjeron poetas de primer órden.

El brillo de esta elevada cultura con que resplandecian todos aquellos pequeños estados, no puede deslumbrar hasta el extremo de que se desconozca la mala situacion que habia nacido de la desmembracion del califato en tantos menudos trozos. Los celos de los príncipes entre sí engendraban innumerables discordias, y la falta de unidad en la direccion de las armas muslímicas ofrecia al enemigo sobrado atractivo y esperanza de buen éxito, para que no se aprovechase de ella. Pronto vacilaron todos los tronos musulmanes ante las incursiones victoriosas de los ejércitos cristianos, y los príncipes, llenos de susto, se volvieron, en busca de auxilio, hácia el poderoso Jûsuf, emperador de los Almoravides, cuyo señorío se habia dilatado, en breve tiempo, sobre casi toda el África septentrional.

(1) Makkari, II, 131.
(2) Makkari, II, 130.

Pero estos príncipes, ciegos, atrajeron sobre sí el mal que debia destruirlos. Se diria que habian vuelto los terribles primeros dias del Islam, cuando el feroz Jusuf y sus hordas, venidas de los desiertos de Sahara, vencieron en una de las más grandes batallas que jamas se habia dado, cubriendo de cadáveres cristianos los vastos campos de Zalaca. Á todas las ciudades de sus dominios, hasta á la tierra de los negros, envió el vencedor mensajeros para que colocásen sobre las puertas las cabezas de los muertos. Sus troncos mutilados fueron apiñados en forma de alminar, y desde la cima de tan espantosa torre anunció el muezin á los cuatro ángulos de la tierra que no hay más Dios que Alah (1). Así se afirmó de nuevo el Islam en Andalucía; pero los que habian sido soberanos hasta entónces, fueron destronados ó encerrados en una cárcel, pagando tan caro el auxilio, y Jusuf hizo de España una parte de su gran imperio. Como él y cuantos le cercaban eran de estirpe berberisca, y ajenos á la elegancia y al saber de los árabes, harto se deja presumir que en adelante no se podia esperar nada parecido á la anterior cultura. Afor-

(1) *Scriptor. loci de abbadidis*, ed. Dozy, 1, 399.—Al-Kartas, ed. Tornberg, 96.

tunadamente la dominacion de los almoravides no duró lo bastante para que sus fanáticos santones y su grosera soldadesca acabasen de desarraigar la civilizacion tan firmemente plantada en el suelo español. Bajo los Muwahides, ó Almohades, renació el libre movimiento intelectual. Si bien esta dinastía habia subido al trono por una revolucion nacida del fanatismo religioso, hubo en ella muchos príncipes aficionados á las letras. En la córte de Abd-ul-Mumen vivieron altamente honrados los filósofos Averroes (Ibn-Roschd), Abenzoar (Ibn-Zohr) y Abu-Bacer (Ibn-Tofail), que despues se hicieron tan famosos en el resto de Europa. Mucho ántes de que floreciera en Occidente el estudio de las humanidades, estudiaron estos hombres los escritos de Aristóteles y divulgaron los conocimientos filosóficos; pero se debe advertir que no leian el texto original, sino sólo las traducciones siriacas, por medio de las cuales conocian ya los árabes, desde el siglo VIII, los autores griegos. Si Córdoba sobresalia por su amor á la literatura, en Sevilla se estimaba y florecia principalmente la música. Como en cierta ocasion se discutiese sobre cuál de las dos ciudades, Córdoba ó Sevilla, se señalaba más por su cultura, Averroes dijo: «Cuando en Sevilla muere un sabio y se

trata de vender sus libros, los libros se envian á Córdoba, donde hay más seguro despacho; pero si en Córdoba muere un músico, sus instrumentos van á Sevilla á venderse.» El mismo escritor que refiere esta anécdota, añade que, entre todas las ciudades sujetas al Islam, Córdoba es aquella donde se hallan más libros. Jusuf, sucesor de Abd-ul-Mumen, fué el príncipe más instruido de su época, y reunió en su córte sabios de todos los países (1). Aunque los soberanos de esta misma dinastía, que reinaron despues, no tenian las mismas inclinaciones, y aunque hácia el fin del siglo XII hubo una gran persecucion contra la filosofía, no se puede dudar de la duracion del movimiento intelectual en la España mahometana. Todavía en el siglo XIII habia en las diversas ciudades de Andalucía setenta bibliotecas abiertas al público (2).

Cuando los ejércitos cristianos fueron adelantándose hácia el Mediodía, y el rey S. Fernando colocó al fin la cruz, en 1236, sobre la mezquita de Córdoba, y poco despues ganó á Sevilla, el mahometismo se vió reducido á muy estrechos límites en el sudeste de España; pero

(1) Abd-ul-Wahid, 174.—Renan, Averroes, 12.
(2) *Journal asiatique,* 1838, II, 73.

áun allí, en el reino de Granada, dió una última y hermosa luz aquella civilizacion, que en tiempo de los Omiadas, y en el siglo XI, habia resplandecido de un modo tan luminoso. Tratando de imitar el glorioso ejemplo de Haken II, Muhammed-Ibn-ul-Ahmar, fundador de aquel reino, y sus sucesores los Nazaritas, crearon muchos establecimientos científicos y literarios, escuelas y bibliotecas, y ofrecieron en sus estados un refugio á los sabios fugitivos. Así, más de dos siglos despues de la toma de Córdoba, fué cultivada en Granada la literatura arábiga, y, ántes de que cayese este último baluarte del Islam, pasó á África, donde cada vez más fué desapareciendo y extinguiéndose, con toda la civilizacion del pueblo que la habia producido.

Durante toda la dominacion muslímica, hubo en España una viva luz intelectual, que brilló, ora más, ora ménos, segun las circunstancias, pero que no se extinguió nunca; ántes bien, cuando parecia que iba á apagarse, volvia á resplandecer de nuevo. Cuando en el resto de Europa, entre las densas tinieblas de la ignorancia, apénas se columbraban los primeros rayos del saber, en España se aprendia, se enseñaba y se investigaba por todas partes celosamente. Hasta bastante tiempo despues de haber en-

trado en competencia científica las naciones europeas, no se dejaron vencer los árabes. Y lo que es más de notar, no sólo se adelantaron á los pueblos cristianos en encender la antorcha del saber, sino que tambien mostraron ántes aquel espíritu de honor caballeresco y de galantería, que ennobleció los últimos siglos de la Edad Media. Mucho disto de poner en Oriente, como algunos hacen, el orígen de la caballería; pero es un hecho que no pocas de las ideas fundamentales, que constituyen su sér, reinaban entre los árabes desde muy antiguo. La veneracion de las mujeres, y el empeño de ampararlas, el afan de buscar peligrosas aventuras y la proteccion de los débiles y de los oprimidos, constituian, despues del deber de la venganza, el círculo dentro del cual se encerraba la vida de los antiguos héroes del desierto; y quien lee la maravillosa novela de *Antar*, ve con asombro que los guerreros orientales se movian por el mismo impulso que los paladines de nuestra poesía caballeresca. Esta manera de pensar y sentir de los árabes se acrisoló y depuró bajo la influencia de la más elevada civilizacion á que llegaron en Occidente, y ya en el siglo IX encontramos versos de poetas andaluces, donde se muestran aquellos blandos sentimientos y aque-

lla veneracion casi religiosa que el caballero cristiano consagraba á la dama de su corazon (1). El influjo del mismo cielo, bajo el cual vivieron tan largo tiempo en la Península musulmanes y cristianos, y el trato frecuente que, á pesar del mutuo aborrecimiento religioso, no podia ménos de haber, desenvolvió cada vez más la concordancia de ambas naciones en el mismo espíritu caballeresco, que brotaba de lo íntimo del sér de cada una de ellas. Lo mismo los historiadores musulmanes que los cristianos, dan testimonio de cómo este espíritu se habia difundido entre los árabes. Cuando el Rey Alfonso VII sitiaba la fortaleza de Oreja, los árabes reunieron un grande ejército para impedir la rendicion de la plaza; pero, en vez de marchar directamente contra el campamento de Alfonso, se encaminaron hácia Toledo, cuyos campos talaron, á fin de obligar al enemigo á levantar el sitio y á volver en socorro de la capital. Entónces, cuenta la *Crónica,* la Reina de Castilla, que se habia quedado en Toledo, y que se vió cercada por los moros, les envió mensajeros que les dijesen de su parte: «¿No veis que no podréis ganar gloria alguna peleando contra mí, que soy mujer? Si

(1) Dozy, *Histoire,* II, 229.

quereis batalla, id á Oreja y trabadla con el Rey, que os aguarda con armas y bien apercibido.» Cuando los príncipes, los generales y todo el ejército de los moros oyeron esta embajada, alzaron los ojos y vieron en una alta torre del alcázar á la Reina, que estaba allí sentada con muy ricos y regios atavíos, y rodeada de una multitud de nobles damas, que cantaban al són de cítaras, laúdes, timbales y salterios. Luego que los príncipes, los generales y el ejército vieron á la Reina, se maravillaron y avergozaron mucho, y, despues de saludar respetuosamente, emprendieron la retirada (1). Los autores árabes cuentan muchos lances de la vida del guerrero Hariz, famoso por sus portentosas fuerzas, que bien podrian figurar en un libro de caballerías. El Rey de Castilla, refieren, ansiaba conocer á este hombre famoso, y le convidó á que viniese á su campamento á hacerle una visita. Hariz aceptó el convite, y despues de haber tomado cierto número de cristianos importantes como rehenes para su seguridad, pasó la frontera y entró en tierra de cristianos. Con la coraza y con todas las demás armas pasó Hariz por las calles de Calatrava, y el pueblo se agolpaba para verle,

(1) *Chronica Alfonsi VII*, 142.

y se quedaba pasmado de su corpulencia de gigante, de su porte majestuoso y del lujo y primor de su armadura, miéntras que se referian muchos de sus valerosos hechos. Así llegó Hariz al campamento del Rey, donde Alfonso y los más notables caballeros del ejército cristiano salieron á recibirle. Miéntras que Hariz se disponia á bajar de su caballo, hincó su lanza en el suelo, con una fuerza tal, que al Rey le pareció mayor que todo lo que la fama decia. Entre tanto los caballeros cristianos estaban impacientes de medir su fuerza con la de aquel jayan, y el más robusto de todos le provocó al combate. El mismo rey Alfonso se mostró deseoso de ver cómo el celebrado héroe árabe sostenia aquella prueba. Sin embargo, Hariz contestó: «El valiente sólo pelea con aquellos cuyas fuerzas son iguales á las suyas; veamos si álguien contradice lo que yo afirmo: yo afirmo que ninguno de los que aquí están arranca mi lanza del suelo, en donde la he hincado. Con quien la arranque estoy pronto á combatir, sea uno, sean diez.» Al punto se adelantaron los más forzudos caballeros cristianos, pero ninguno pudo mover la lanza del sitio en que estaba clavada. Despues que se repitió muchas veces, y siempre en vano, la misma tentativa, pidió el Rey al propio Hariz que

él arrancase la lanza, y éste, llevando hácia allí su corcel, y echando sólo una mano, arrancó la lanza del suelo. Todos los caballeros se admiraron mucho de la pujanza del árabe, y el Rey se acercó á él y le hizo muchas distinciones (1). Otro caso, que atestigua tambien la cortesía caballeresca de los musulmanes, es como sigue: Alfonso XI tenía puesto cerco á Gibraltar, y la ciudad estaba ya próxima á rendirse, cuando el Rey murió de la peste. De resultas, el cerco se levantó, y los cristianos, temiendo que los enemigos los atacasen en la retirada, tomaron muchas precauciones. Pero dice la *Crónica:* «Despues que sopieron los moros que el Rey D. Alfonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los cristianos, nin mover pelea contra ellos. Estidieron todos quedos, et dician entre ellos que aquel dia moriera un noble Rey et príncipe del mundo, por el cual non solamiente los cristianos eran por él honrados, mas áun los caballeros moros por él habian ganado grandes honras, et eran preciados de sus reyes. Et el dia que los cristianos partieron de su real de Gibraltar con el cuerpo del Rey D. Alfonso,

(1) Makkari, II, 378.

todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno de ellos fuese á pelear, salvo que miraban cómo partian dende los cristianos» (1). En el sitio de Baza por los Reyes Católicos, el Marqués de Cádiz pidió al príncipe Cide-Yahya una breve suspension de hostilidades, á fin de que la reina doña Isabel pudiese dar un paseo hasta los muros de la ciudad y pasar revista á sus huestes. El deseo fué satisfecho, y Cide-Yahya, no sólo vió con enojo é hizo volver atras á algunos capitanes que tenian el propósito de atacar la régia comitiva, sino que resolvió tambien dar una muestra de la gentileza de los moros en los ejercicios de caballería. Así fué que, miéntras la reina doña Isabel y sus damas miraban los muros de Baza, y sus torres, tejados y azoteas, cubiertos de moros y moras curiosos, advirtieron que salian á deshora por las puertas de la ciudad espesas filas de caballeros árabes, con armas refulgentes y banderas desplegadas, al mando de Cide-Yahya. Algunos cristianos echaron mano á las espadas para defender á la Reina del imaginado peligro, pero los aquietó el Marqués de Cádiz, que cono-

(1) *Crónica del Rey D. Alfonso XI*, cap. CCCXLII.

cia mejor á los moros. Éstos se adelantaron en bizarro escuadron, y caracoleando sobre sus hermosos caballos y blandiendo las lanzas, hicieron un lindo simulacro para recrear á la Reina, despues de lo cual, la saludaron con suma cortesía, así como á sus damas, que estaban gustosamente maravilladas de verlos, y entraron de nuevo en la ciudad (1). Rasgos de una verdadera índole caballeresca se imprimian profundamente en el ánimo de los españoles, y á pesar del ódio religioso que los animaba, les hacian confesar en los romances que aunque moros, eran caballeros. Hasta el fanático confesor de D. Fernando y doña Isabel conviene en esto, al referir, en su *Crónica de la guerra de Granada,* un caso por el estilo. Cuando los cristianos sitiaban á Málaga, uno de los defensores de esta ciudad, llamado Ibrahim-Zenete, aprisionó, en una salida que hizo, á siete ú ocho muchachos cristianos, y en vez de hacerles daño, les tocó suavemente con la lanza, diciéndoles: «Id, niños, id con vuestras madres.» Miéntras los muchachos se fueron precipitadamente, otros moros echaron en cara á Ibrahim que no los hubiese

(1) Alonso de Palencia, *De bello granad.*, libro ix.

muerto. Ibrahim respondió que no tenian barbas. «Así mostró, añade el cronista, que, si bien era moro, tenia virtud para obrar como un buen hidalgo cristiano» (1).

En estas observaciones generales sobre la civilizacion de los árabes españoles, debemos aún citar algunos de los innumerables casos que traen los historiadores árabes, á fin de dar una nocion más completa de las raras prendas de los andaluces. En prueba de su memoria portentosa cuentan, por ejemplo, que uno durante toda una noche estuvo recitando versos, eligiendo sólo aquellos que acababan con la letra *kaf*. En testimonio de su agudeza de ingenio, dicen que el médico Ibn-Firmas inventó un instrumento para medir el tiempo, y construyó una máquina, con la cual se levantaba por el aire á muy considerable altura (2). Otras anécdotas ponen de realce la viveza y despejo que hasta los niños manifestaban. Así la siguiente: El rey Al-Motasin entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó á su hijo pequeño Al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de

(1) *Crónica* de Andres Bernaldez, cura de los Palacios. Granada, 1852, pág. 181.

(2) Makkari, II, 254.

los creyentes ó la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella.» Maravillado el Rey de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez á prueba, y le preguntó: «Dime, Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?», mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí, contestó Fath, la mano que le lleva.» Tambien se refieren muchos casos en prueba de la innata disposicion de los andaluces para la poesía: Un habitante de la ciudad de Silves, de la familia de los Ben-ul-Melah, salió una vez de paseo con su hijo pequeño, y habiendo llegado á un arroyo, oyó cantar las ranas. El padre dijo al muchacho: «Tú completarás los versos. ¿Oyes que en el agua cantan?» El chico respondió: «De ese modo el frio espantan.» El padre: «¿Qué alboroto están armando: esto es charlar por los codos?» El hijo: «Lo mismo sucede cuando en casa se juntan todos.» En esto enmudecieron las ranas, al sentir las pisadas de los paseantes. El padre añadió: «¿Habrán perdido la voz en la musical contienda?» Y replicó el muchacho: «Un hambre tienen atroz, y acuden á la merienda.» Y del mismo modo iba completando el chico de repente todos los versos. «Por cierto, añade el

escritor que cuenta la anécdota, que esta prontitud en improvisar hubiera sido cosa de maravilla en una persona ya granada, ¿cuánto más no debia serlo en un niño pequeñuelo?» (1).

La poesía era como el punto céntrico de toda la vida intelectual de los andaluces. Durante seis siglos, por lo ménos, fué cultivada con tal celo, y por una tan grande multitud de personas, que el mero catálogo de los poetas arábigo-hispanos llenaria tomos en fólio. Ya á mediados del siglo IX se habia extendido tanto el gusto por la poesía, áun entre los cristianos que vivian bajo el dominio musulman, que Alvaro de Córdoba se lamenta de que sus correligionarios descuidaban por completo la lengua latina, leian con afan en la arábiga poesías y cuentos, y áun componian en esta última lengua versos más correctos y elegantes que los árabes mismos (2). Casi un siglo despues compuso Ibn-Ferradsch su antologia, *Los Jardines,* que contenia doscientos capítulos, y en cada capítulo cien dísticos, todos exclusivamente de autores andaluces (3).

(1) MAKKARI, II, 350.

(2) ALVARO, *Indic. lumin., España sagrada,* XI, 273 y 274.

(3) MAKKARI, II, 118, y IBN-CHALIKAN, *art.* JUSUF-AR-REMADI.

Otras muchas colecciones selectas, de las cuales las de Ibn-Chakan y de Ibn-Bessam son las más celebradas, completaron la de Ibn-Ferradsch, y la continuaron en los siglos siguientes. Con todos los acontecimientos de la vida y con el sér mismo de la nacion estaban íntimamente enlazada la poesía. Los grandes y los pequeños la cultivaban; y miéntras que, por ejemplo, en la comarca de Silves apénas habia campesino que no poseyese el dón de improvisar, y hasta el gañan que iba en pos del arado hacia versos sobre cualquier asunto (1), los califas y los príncipes más egregios nos han dejado algunas poesías en testimonio de su talento. Áun nos queda una obra, que sólo trata de los reyes y grandes de Andalucía que se distinguieron por sus dotes poéticas (2). Las mujeres, en el harem, entraban en competencia con los hombres por sus cantares: composiciones poéticas, formando primorosos y variados dibujos, constituian, en los palacios, un adorno capital de las columnas y paredes; y áun en las cancillerías hacia la poesía su papel. Ningun historiador ó cronista, por

(1) Al-Cazwini *Cosmografía*, II, 364.

(2) Ibn-ul-Abbar, citado por Al-Holat, edit. Dozy.

árido que fuese, dejaba de amenizar las páginas de sus libros con fragmentos poéticos. Sujetos de la clase más baja se elevaban sólo por su talento poético á las más altas y honrosas posiciones, y obtenian el valimiento de los príncipes. La poesía daba la señal de los más sangrientos combates, y tambien desarmaba la cólera del vencedor; echaba su peso en la balanza, á fin de prestar más fuerza á las negociaciones diplomáticas; y una improvisacion feliz rompia á menudo las cadenas del cautivo ó salvaba la vida del condenado á muerte. Cuando dos ejércitos enemigos se encontraban, algunos guerreros salian de la línea de batalla y provocaban á la pelea á los contrarios con un par de versos improvisados, á los cuales se solia responder en el mismo metro y con la misma rima (1). Ejercicios de este órden, pero con un fin más pacífico, y sólo para que cada cual mostrase su habilidad en improvisar, eran muy usuales en la vida ordinaria; y la correspondencia epistolar entre amigos ó entre enamorados se seguia en verso con frecuencia. A menudo se empleaba tambien el alto estilo en prosa rimada, como le conocemos en las Makamas de Hariri. El saber expre-

(1) Dozy, *Recherches*, 419.

sarse en este estilo se tenía por una condicion esencial de la buena crianza. Se usaba en las obras científicas, en los documentos oficiales y diplomáticos, y hasta en los pasaportes (1).

La lengua arábiga, en boca de los andaluces y tan léjos de su país nativo, perdió pronto su pureza, y degeneró en un dialecto vulgar, que no se sujetaba á las severas reglas de una gramática tan delicada y escrupulosa. Un beduino hubiera hallado mucho que censurar en el habla hasta del español mejor educado (2). Para lo escrito, con todo, se siguió usando el arábigo puro. Toda persona que presumia de tener una educacion distinguida, procuraba, con el estudio del *Hamasa,* de las *Mualakat,* etc., manejar bien dicho idioma, y un jóven no pasaba por bien criado si no habia aprendido de memoria una multitud de trozos escogidos, en prosa y verso. Añádase á esto que todo musulman desde su primera juventud conocia y leia habitualmente el *Coran,* y se comprenderá cómo no podia desaparecer el conocimiento del legítimo idioma.

---

(1) Uno de estos pasaportes, en prosa rimada, fué el que el Rey de Granada dió á Ibn-Jaldun. *Journ. asiatique,* 1844, I, pág. 60.

(2) Makkari, I, 136 y 137.

Ademas, los niños estaban ya instruidos en la gramática y en la poética, como preparacion para la lectura de los poetas (1).

Desde el primer instante en que hubo en España una córte mahometana, el arte de la poesía arábiga se encontró allí como en su patria. En el palacio de Abdurrahman, el primer Omiada, se celebraban reuniones, en las que asistia Hischam, el príncipe heredero, y donde se entretenian los convidados recitando versos, refiriendo leyendas ó sucesos históricos, y haciendo panegíricos de hombres distinguidos y de grandes acciones (2). Siguiendo el ejemplo que habia dado en Oriente su antepasado Jezid I, los Omiadas tuvieron á sueldo poetas de córte, y áun hubo grandes señores, como Ibrahim, que vivió en Sevilla en 912, bajo el reinado de Abdalah, y que alcanzó un poder y una riqueza casi regios, que se complacian en ser protectores muy liberales de los poetas (3). En tiempo de los primeros califas floreció y obtuvo grande estimacion el poeta Yahya, apellidado Al Gazal (la

(1) Ibn-Chalduk, *Prolegomena*, public. por Quatremére, III, 260, etc., y 319.

(2) Al-Hola, 37.

(3) Dozy, *Histoire*, II, 315.

gacela), á causa de su hermosura. Fué enviado como embajador á muchas córtes, y por donde quiera se ganaba la voluntad de las gentes con su finura, buen trato y discreta conversacion. El Emperador de Constantinopla mostró deseos de que se quedase en aquella capital, pero él se disculpó diciendo que como le estaba prohibido beber vino, no podia hacerle buena compañía. En otra ocasion, estando Yahya sentado cerca del Emperador, entró la Emperatriz, que era en extremo hermosa. El poeta no podia apartar de ella los ojos, y se mostró tan distraido en la conversacion, que el Emperador, ofendido, le preguntó la causa por medio del intérprete. Yahya contestó que la hermosura de la Emperatriz le habia hecho una impresion tan invencible, que le habia quitado el discurso, y que no podia proseguir la plática. Despues se explayó en una maravillosa pintura de los encantos de la augusta señora. Cuando el intérprete tradujo todo aquello, creció de punto el favor de Yahya cerca del Emperador, y la misma Emperatriz quedó complacida de tan finas lisonjas. En otra mision cerca del rey de los normandos, alcanzó el poeta mucho favor con la reina Theuda por unos versos que improvisó, elogiándola de hermosa. Más tarde, desterrado de la córte de Abdurrahman II

por haber escrito cierta sátira, Yahya se fué á Bagdad, adonde llegó poco despues de la muerte del grande Abu-Nuwas, tan celebrado en Oriente, que se creia que ningun otro poeta ni muy remotamente podia compararse con él. Encontrándose Yahya en una tertulia de literatos, oyó hablar á casi todos los que allí estaban con gran desprecio de los poetas españoles. La conversacion recayó luégo sobre Abu-Nuwas, que habia muerto hacia poco. Yahya nada habia contestado ántes á las críticas contra los poetas españoles, pero entónces empezó á recitar una poesía, dándola como obra de Abu-Nuwas. La poesía fué aplaudida extraordinariamente. Cuando el entusiasmo del auditorio llegó al más alto grado, Yahya exclamó: «Moderad vuestra admiracion; los versos son mios!» Y como nadie, al principio, quisiese creer su aserto, Yahya recitó aquella *kasida* suya que empieza con estas palabras:

Mis pecados saqué de la bebida
Y vergüenza y virtud allí se ahogaron.

Cuando hubo recitado esta poesía, la reunion se avergonzó y se separó (1).

(1) Makkari, I. 629.

En la córte de Abdurrahman III vivian los célebres poetas Ibn-Abd-Rebbihi y Mondhir-Ibn-Said. El último prestó un importante servicio al Califa en la recepcion de una embajada de Bizancio. Todos los altos empleados del imperio estaban reunidos en la gran sala del trono, lujosamente adornada, y ya los embajadores habian presentado sus cartas en audiencia solemne, cuando Abdurrahman encomendó á los más distinguidos sabios de su séquito que elogiasen en un discurso, ante los circunstantes, la grandeza del Islam y del califato; pero todos ellos se desconcertaron y no dijeron nada. Entónces se levantó el poeta y pronunció un largo discurso en verso, que excitó la más profunda admiracion de todo el auditorio, y por el cual le recompensó el Califa con un elevado empleo (1). Tambien el poderoso Almansur se rodeaba de poetas, los reunia en su palacio para tener conversaciones literarias, y se hacia acompañar por ellos en sus expediciones militares (2). Ibn-Derradsch, llamado tambien el Castellano, y Jusuf-ar-Ramadi, eran los dos poetas que descollaban en su córte. Sin embargo, otro poeta, llamado Said, alcanzó más

(1) Makkari, I, 234.
(2) Abd-ul-Wahid, p. 24.

favor en palacio con el motivo siguiente. Mucho tiempo hacia que Almansur no deseaba nada más fervientemente que tener en su poder á García Fernandez, conde de Castilla, y no habia medio mejor de lisonjearle, que decirle que García iba á sucumbir pronto. Said discurrió una vez llevar de presente á Almansur un ciervo atado con una cuerda, y recitarle una composicion, en la cual habia los versos siguientes:

¡Oh refugio de los tristes!
¡Oh talisman de los flacos!
Tú, de los menesterosos
Y desvalidos amparo,
Del que te debe la dicha
Recibe aqueste regalo:
Ceñido de fuertes cuerdas
Un ciervo hermoso te traigo;
García tiene por nombre,
Para que sea presagio
De que pronto otro García
Caerá lo mismo en tus manos (1).

Por una extraña casualidad, García Fernandez cayó en efecto prisionero el mismo dia en que Said tuvo esta ocurrencia, y Almansur, desde el momento en que recibió la noticia, mostró

(1) Abd-ul-Wahid, 24, etc.

gran respeto al poeta, cuya prediccion tan felizmente se habia cumplido. Para conservar su valimiento y para lisonjear la vanidad de Almansur, acudia Said á todas las trazas imaginables. Una vez mandó hacer un traje para su esclavo Safur, que era de gigantesca estatura, con todos los talegos en que Almansur le habia enviado dinero. Cuando vió Almansur aquellos extraños atavíos, preguntó, admirado, por qué el criado de su poeta de córte llevaba un vestido tan haraposo. «Señor, respondió Said, tú me has hecho ya tantos presentes de dinero, que sólo con los talegos que le contenian he podido hacer un traje para este gigante.» Almansur sonrió, satisfecho con la lisonja que el poeta hacia á su liberalidad, y mandó en seguida que le enviasen nuevos regalos, y ademas un hermoso traje para Safur (1). La brillante posicion de que Said gozaba, despertó la envidia de otros muchos ingenios, y en palacio se formó en contra suya una verdadera conjuracion. No siempre mostró Almansur la debida entereza contra las maquinaciones de este partido. Una vez se dejó llevar hasta el extremo de hacer que echasen al rio una obra del poeta, contra la cual habia oido

(1) Dozy, *Histoire*, III, 250.

muchas censuras. Said compuso sobre el caso este epigrama:

Su lugar y destino conveniente
Halló mi libro ahora;
Porque el seno del agua transparente
Las perlas atesora.

En otra ocasion regalaron á Almansur una rosa temprana, cuyo cáliz áun no estaba del todo abierto. Said, que se hallaba presente, improvisó lo que sigue:

El cáliz entreabierto de la rosa
Olor suave en el ambiente inspira,
Cual su encanto la vírgen pudorosa,
Que oculta su beldad á quien la mira.

Este epigrama agradó mucho á Almansur; pero un rival de Said, que allí estaba, dijo que los versos no eran suyos, sino de un poeta de Bagdad, á quien los habia oido recitar en Egipto. «Yo los tengo, añadió, escritos de su mano, en el respaldo de un libro.—Muéstramelos», exclamó Almansur. Al punto se fué el acusador á casa de un poeta muy conocido por su talento para improvisar, le contó lo ocurrido, le hizo interpolar en otra composicion los versos de Said, y escribirla toda con tinta amarillenta é imitando

la escritura egipcia, en el respaldo de un libro, y despues se volvió á palacio. Cuando Almansur leyó la composicion, y se dió por convencido de que Said habia plagiado de ella los versos, fué grande su cólera, y dijo: «Mañana quiero ponerle á prueba, y si sale mal, le enviaré á un destierro.» A la mañana siguiente fué llamado Said á palacio, donde encontró á todos los cortesanos convocados por Almansur, y vió en una sala, ricamente adornada, una grande pila, y en torno de ella muchas flores que formaban como un banco, sobre el cual se sentaban figuras hechas de jazmines, que parecian muchachas, y el centro de la pila tenía la apariencia de un pequeño lago, cuyo fondo, en vez de contener menudas guijas, estaba cubierto de perlas, y una serpiente nadaba en él, y una doncella, hecha tambien de flores, vogaba sobre las ondas en una barquilla, cuyos remos eran de oro. Almansur exigió de Said que describiese en verso aquella pila y su contenido, á fin de probar así que no eran plagio sus poesías. De otra suerte, tenía que recelar mucho malo. Said correspondió al punto á la excitacion, é improvisó versos tan excelentes sobre la maravillosa pila, que Almansur, en vez de desterrarle, le regaló cien monedas de oro y cien vestidos, y le ase-

guró ademas una pension mensual de otras treinta monedas de oro (1).

Los músicos gozaban de igual favor en la córte y entre el pueblo. Abdurrahman II convidó al cantor Zirjab para que viniese de Bagdad á Córdoba, y le recibió muy afectuosamente y con mil honrosas muestras de estimacion, señalándole una lujosa vivienda en su propio palacio, y diciéndole las condiciones bajo las cuales queria tenerle cerca de sí. Éstas eran en extremo brillantes; Zirjab debia recibir doscientas monedas de oro cada mes, y ademas de muchas ricas adehalas, otras dos mil monedas de oro como presente anual; y por último, debia gozar del usufructo de várias casas, campos y jardines, que constituian un capital de catorce mil monedas de oro. Despues de haber hecho estos espléndidos ofrecimientos, pidió Abdurrahman al cantor que se dejase oir, y cuando hubo cantado, quedó el Califa tan prendado de su habilidad, que en adelante no quiso oir cantar á otro alguno. Pronto escogió á Zirjab para que fuese de los que más íntimamente le trataban, y se complacia en hablar con él de poesía, de historia, de artes y de ciencias. El cantor tenía

(1) Makkari, II, 54.

muy extensas nociones de todo; prescindiendo de que sabia de memoria la melodía y la letra de diez mil cantares, habia estudiado astronomía é historia, y no habia nada más instructivo que oirle hablar sobre los diversos países y las costumbres de sus habitantes. Pero áun más que su gran saber, eran admirados su ingenio y su buen gusto. Su canto era tan encantador, que se divulgó la creencia de que por las noches venian los genios á visitarle y á enseñarle sus melodías. Vivia Zirjab con un boato de príncipe, y siempre que aparecia en las calles le circundaban cien esclavos (1). Del celo con que se estudiaba entónces la música vocal é instrumental, dan testimonio, no sólo las obras teóricas que se escribieron sobre este arte, sino tambien un gran libro de los cantares andaluces, compuesto para competir con la coleccion que hizo Alí de Ispaham de los cantares de Oriente (2).

El *Cancionero* de Alonso de Baena, donde se habla de una juglaresa morisca, y la poesía del Arcipreste de Hita, que menciona los bailes y canciones en medio de las calles de las moriscas

(1) Makkari, II, 25.
(2) Makkari, II, 83.—Dozy, *Histoire*, II, 91, etc.

cantadoras, favorecen la opinion de que el modo de ser de los músicos entre los árabes era muy parecido al de los castellanos y provenzales. Tambien en el siglo XI, despues de la caida de los Omiadas, la vida de los poetas árabes presenta mucha analogía con la de los trovadores. Todas las pequeñas córtes que habia entónces en España hubieran parecido desiertas á sus soberanos, si no las hubiese hermoseado la poesía. Semejante á sus hermanos de la Provenza, peregrinando de lugar en lugar, y trocando por ricas alabanzas recompensas no ménos ricas, bullian los poetas como un enjambre, en los alcázares de los príncipes y en las casas de los grandes señores. Si uno de los pequeños soberanos era celebrado en una *kasida* sobresaliente, al punto se suscitaba entre los otros una verdadera emulacion. No tenian ambicion mayor, como asegura un árabe, sino la de que se pudiese decir: tal ó tal sabio se halla en la córte de tal ó tal rey; este ó aquel poeta es el valido de este ó aquel rey (1). Basta aquí un ejemplo para dar idea de la liberalidad de estos soberanos cuando querian mostrarse agradecidos á los buenos versos hechos en su elogio. Ibn-Scharaf, que tenía

(1) MAKKARI, II, 128.

en feudo una aldea, tuvo una vez una disputa con un recaudador de tributos, porque éste le exigia que pagase demasiado. Ibn-Scharaf fué á ver á Motasim, rey de Almería, para pedirle justicia, y le trajo una composicion poética, que contenia lo que sigue:

Desde que tú gobiernas,
No esgrime su puñal el asesino,
Sólo vírgenes tiernas
La muerte dan con su mirar divino.

El Rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe *beit*) contenia su aldea; y como el poeta dijese que contenia cincuenta, el príncipe añadió: «Está bien; en premio de este dístico (en árabe *beit* tambien), quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningun recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributos (1).

Aunque es indudable que el deseo de ganar dinero y nombre llevaba á muchos poetas á las córtes, y hasta se cuenta de uno que no hacia una composicion encomiástica por ménos de cien

(1) Dozy, *Recherches*.

monedas de oro (1), todavía no se puede afirmar que la avaricia fuese en general su único móvil. Se disfrutaba en aquella córte de una vida alegre y deleitosa, y en ella se encontraban los ingenios más á propósito para un agradable trato y comercio de ideas, y para certámenes sobre las bellas artes. En las hermosas noches del verano de Andalucía, descansaban recostados sobre blandos cojines en uno de los encantadores y floridos patios del alcázar, contaban cuentos, y ejercitaban y mostraban la habilidad con animadas y agudas pláticas y versos improvisados, miéntras que murmuraban las fuentes, y el aura mansa difundia el aroma de las flores. El Príncipe se mezclaba con toda confianza entre sus huéspedes, hacia que circulasen las buenas bebidas, y áun se aventuraba á entrar en competencia con los maestros del canto. A veces se solian celebrar certámenes poéticos en ciertas grandes festividades, como, por ejemplo, el que estableció el Rey de Granada para el natalicio del Profeta (2).

(1) Makkari, II, 128.

(2) Autobiografía de Ibd-Chaldun, en el *Journ. asiat.*, 1844.—Ibn-Chaldun, á la verdad, dice sólo que los poetas trajeron versos para una fiesta de palacio en el natalicio de Mahoma;

Aunque por lo comun era reconocido y estimado en mucho el mérito de los poetas andaluces, no faltaron sabios españoles que los mirasen con cierto menosprecio, y que afirmasen que el Oriente solo era la verdadera patria de la poesía. Un escritor del siglo XII zahiere esta injusticia con palabras punzantes, y dice que los historiadores españoles de la literatura sólo vuelven los ojos hácia los autores de Oriente. «Cuando allí grazna un cuervo, añade, cuando en la más remota comarca de la Siria ó del Irac zumba un mosquito, caen de rodillas como delante de un ídolo, miéntras que aprecian en poco más que en nada todo verso y toda prosa que ve la luz pública en Andalucía; y sin embargo, España,

---

pero se puede presumir que era un certámen poético, como estaba en uso entre los príncipes del Norte de África. Leon Africano refiere: «Los poetas en Fez componian anualmente versos en alabanzas de Mahoma y para su natalicio. Todos acudian desde la mañana temprano al sitio donde vivia el principal de los empleados, y recitaban sus panegíricos segun llegaban á ocupar un puesto elevado que habia para el caso. Multitud de pueblo estaba presente, y aquel cuya composicion parecia más elegante y conmovedora era aclamado, para aquel año, príncipe de los poetas. Miéntras que dominaron los Beni-Merines,

aunque apartada de las otras regiones del Islam, han producido varones distinguidísimos y elocuentes, así en prosa elegante como en verso; y Andalucía, si bien ha sido la última de las conquistas muslímicas, y si bien está cercada por el mar y por los godos y los francos, puede jactarse de un sinnúmero de poetas, cuyas obras compiten en resplandor con el sol y con la luna» (1). Aunque, cegados por la manía de admirar lo extranjero, desconociesen muchos españoles el talento y el valor de los autores nacionales, no dejaban los poetas andaluces de gozar de gran fama en Oriente, ni de ser colocados á la misma altura que mejores poetas orientales. Así obtuvo Ibn-Zeidun el dictado del Bothori de

---

convocaba anualmente el soberano reinante á cuantos sabios y poetas habia en la ciudad, los recibia en su palacio con extraordinaria pompa, y en su presencia hacia recitar á cada uno su poesía en elogio de Mahoma, desde un lugar elevado. El que salia vencedor del certámen, despues de un juicio imparcial, era recompensado por el Rey con un corcel magnífico, una esclava, cien monedas de oro, y el traje que el Rey mismo habia llevado durante la ceremonia.» *(Leonis Africani,* África. Lugd. Batav., 1632, pág. 332.)

(1) Loci de Abbadidis, ed. Dozy, III, 58.

Occidente (1), así cada uno de los tres poetas Ibn-Jani, Jusuf-ar-Ramadi y Ibn-Derradsch fué designado con el título del Motenebbi occidental (2), y el propio Motenebbi, al oir recitar una poesía española, no pudo ménos de exclamar, entusiasmado: «¡Este pueblo posee en alto grado las facultades poéticas!» (3). Abu-Nuwas, el gran cantor del vino y de los suaves goces de la vida, en tiempo de Harun-ar-Raschid, pidió á un español que fué á Bagdad, que le recitase versos de poetas andaluces (4), y un habitante del Remoto Corasan expresó su admiracion en las reuniones literarias del famoso sevillano Ibn-Zohr, aplicando á los poetas andaluces estas palabras de Motenebbi:

> Al ver salir el sol por Occidente,
> Dije: ¡Grande es Alah! (5).

Lo más interesante de estas anécdotas es que nos hacen concebir la inmensa extension de los países en que florecia la literatura arábiga.

---

(1) *Catalogus Bibl. Lug.*, ed. Dozy, I, 243.
(2) Ibn-Chalikan, en los tres artículos.
(3) Dozy, en *Abbad.*, I, pág. VIII.
(4) Makkari, II, 151.
(5) Makkari, II, 150.

Desde el Gánges hasta la desembocadura del Tajo, y desde el Jaxartes hasta el Niger, se poetizaba en dicho idioma, y el activo tráfico y las contínuas comunicaciones entre tantas y tan remotas comarcas hacian que cada nueva aparicion literaria algo importante fuese pronto un bien comun de todos los pueblos que habian adoptado la lengua del Coran y el Islamismo. Por medio de las caravanas que anualmente iban á la ciudad donde nació el Profeta, desde los últimos confines del mundo musulman, la Meca era como un gran mercado, en el cual los más apartados habitadores de la tierra trocaban sus producciones literarias; de suerte que una obra compuesta al pié de Sierra Morena podia con facilidad y en breve tiempo abrirse camino hasta los valles del Cáucaso indiano.

III.

Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana.

¿Quién no ha de tener la curiosidad de conocer los cantares que resonaron en los encantadores salones de los alcázares andaluces, en las galerías de columnas afiligranadas de arabescos, y en los pensiles de Az-Zahra; cuyo eco se mezcló con el murmurar de las fuentes y con el gorjeo de los ruiseñores del Generalife? Así como los árabes, donde quiera que pusieron el pié en el suelo español, hicieron brotar fertilidad y abundancia de aguas, entretejieron en frondoso laberinto los sicomoros y los granados, los plátanos y las cañas de azúcar, y hasta lograron que floreciesen las piedras en variados colores,

así tambien puede creerse que su poesía compitió en aroma y delicado esmalte con los bosquecillos umbrosos de la huerta de Valencia, y en rico esplendor con los arcos alicatados de prolijas labores y con las esbeltas columnatas de la Alhambra. Crece más aún el deseo de conocer esta poesía por la conjetura de que la penetra un espíritu caballeresco, que imprime en la vida de los mahometanos de España un sello peculiar y característico; porque el cielo de Occidente puso sobre las prendas de la poesía arábiga, sobre su riqueza y pompa oriental, mayor precision y un estilo más claro, acercándola mucho á nuestro modo de sentir.

Esta esperanza no será del todo defraudada. Entre las producciones de la poesía arábigo-hispana se encuentran muchas que manifiestan sentimientos extraordinariamente parecidos á los nuestros, y que contienen ideas que no podian nacer en la antigua Arabia, sino bajo el más dilatado horizonte del Occidente. Sin embargo, la mencionada esperanza no debe engrandecerse mucho. En todas las épocas y en las más distantes regiones del mundo, adonde sus conquistas los llevaron, los árabes guardaban vivos en el alma los recuerdos de la patria primera. Aunque la península del Sinaí volvió á caer en la

barbarie, la miraron siempre como la cuna de su civilizacion, desde los brillantes centros de la cultura que habian creado, así en el extremo Oriente como á orillas del Atlántico. La historia de sus antepasados les era familiar desde la infancia, y la peregrinacion á los lugares santos de su creencia, que casi todos emprendian, no dejaba que jamas se entibiase en ellos el sentimiento de amor y dependencia del país de donde salieron. Por esto sus poesías están llenas de alusiones á las leyendas, héroes y localidades de la antigua Arabia, de imágenes de la vida nómada y de descripciones del desierto. Consideraban además las *Mualakat* y el *Hamasa* como modelos insuperables, y bastantes creian que el medio más seguro de llegar á ser clásicos era imitar mucho su estilo. La admiracion inmensa que estas poesías excitaban entre los andaluces, y el diluvio de imitaciones que producian, ocasionaron la burla y la sátira del antólogo Ibn-Bessam, aburrido y harto de la repeticion de lo ya dicho tantas veces. «Mueve á tedio, exclama, el oir cantar perpetuamente sobre las ruinas de la casa de Chaula»; el «parad aquí, amigos, para que lloremos», debiera ya desecharse; cuando se lee aquello de «¿es ésta la huella de Umm-Aufa?» bien se puede tener por

cierto que la huella de una persona, que se fué tanto tiempo há, está ya borrada. Muchos hermosos pensamientos fueron ajenos de aquellos antiguos poetas, por lo cual han dejado no poco que decir á los posteriores, pues no se debe tener sólo y absolutamente por bueno al que ya murió (1). Si la poesía arábigo-hispana contiene, á causa de las formas prestadas de la poesía ante-islámica, muchas ideas é imágenes que nos son extrañas, esta extrañeza crece más aún por la grande importancia que se daba á la parte técnica y al primor del lenguaje. Los habitantes de la península ibérica presumian mucho de sus conocimientos filológicos, y hacian un estudio especial de todas las sutilezas de la lengua arábiga escrita; así es que sus poetas debian ser, ántes de todo, hábiles y sutiles gramáticos, y el mérito de sus obras solia ponderarse, más que por el contenido de ellas, por la perfeccion del estilo y por el arte con que el autor sabia dominar la infinita riqueza del vocabulario arábigo. De aquí dimana el que muchos antólogos y críticos alaben á menudo, como incomparables, versos que nos parecen de poquísimo valer, y que aseguren que estaba en la boca de todos,

(1) Loci de Abbadidis, ed. Dozy, III, 58.

sin que nosotros acertemos á comprender esta fama. La explicacion de esto sólo debe buscarse en el dichoso acierto de la expresion y en lo primoroso de la forma; porque, no tanto lo energía poética cuanto el artificio métrico y filológico despertaba á veces el entusiasmo (1). Estas bellezas artificiales de la poesía, que valen más para el oido que para el alma, sólo son gustadas y bien estimadas por el pueblo para quien se crearon. Por esta razon, una parte de las más encomiadas obras maestras que encantan á los árabes son letra muerta para nosotros. El prurito de lucir la maestría en el manejo de la lengua y las sutilezas gramaticales, ha dictado versos á los poetas arábigos de Oriente y de Occidente, cuyo único valer consiste en la dificultad vencida, y donde en balde se buscará un contenido poético, pues sólo hay una sonora aglomeracion de sílabas, un extraño laberinto de giros y de voces, incomprensibles sin comentario. Añádase á esto el afan, en más ó ménos grado sentido por todos los poetas, de emplear metáforas y comparaciones traidas de muy léjos, antítesis extravagantes y expresiones hiperbólicas. Esta inclinacion parece innata en los árabes. Es un

(1) Ibn-Chaldun, *Prolegomena*, III, 319.

error el encomiar á los poetas anti-islámicos por su estilo sencillo y exento de imágenes rebuscadas, y el censurar á los posteriores por la afectacion y el mal gusto que introdujeron. Ya Amr-ul-Kais, en su *mualaka*, escrita por lo ménos cincuenta años ántes del nacimiento de Mahoma, raya en extravagante cuando compara, por ejemplo, el pecho de su querida con un bruñido espejo ó con un huevo de avestruz, y su mano con los ramos de una palma, y cuando dice que su caballo se mueve como un trompo con que juega un niño. Verdad es que en los tiempos posteriores se aumentó este defecto. Los mismos asuntos habian sido ya tratados tantas veces, que tenian poco interes en sí, y para prestárseles nuevo se buscaban inusitadas maneras de tratarlos. No creo, con todo, que deba desecharse como de mal gusto cuanto á primera vista nos parece raro en los poetas árabes; por ser muy diferente de lo que los poetas europeos dicen. Así, verbi gracia, el usar, como imagen de la magnanimidad y liberalidad, las nubes y la lluvia que de ellas se desprende, es una comparacion bien escogida, porque la humedad restauradora que la lluvia difunde, es mirada como el mayor beneficio por los orientales y andaluces, abrumados con los ardores del sol. Ni es del

todo censurable, por muy extravagante que nos parezca, el decir que los dientes de la querida, por su humedad y blancura, son como granizos, su cándida tez como alcanfor, y su nariz como el pico saliente de una montaña. Cada idioma tiene sus idiotismos y convenciones, y tal vez no sean más impertinentes estas imágenes que muchas de las comunes entre nosotros lo serian para los árabes; pero, de todos modos, dan á la poesía en que se hallan un carácter harto peregrino. Es singular, porque no se descubre la semejanza que pueda haber entre una cosa y otra, que se comparen los cabellos negros con enramadas de mirto, y las trenzas con escorpiones. Y no es ménos singular el modo de bendecir una casa exclamando: «¡Oh querida casa, ojalá que te riegue con abundancia la lluvia de las nubes!»; porque, si bien una lluvia abundante es muy provechosa para los hombres y los campos sedientos, no hay clima alguno donde no sea perjudicial para los edificios. Por último, el servirse como metáfora de la palabra *narcisos* en vez de ojos, porque los menudos tallos de los narcisos, al inclinarse lánguidamente, hacen pensar en la languidez de los ojos, y el asemejar los bucles entrelazados con letras del alfabeto, y los lunares de las mejillas con hormigas que

van corriendo hácia la miel de la boca, son imágenes, en parte falsas, porque no es bastante el punto de comparacion, y en parte de pérfido gusto.

En lo tocante á la composicion artística, no se impusieron los árabes españoles reglas más severas que sus antepasados orientales. Sólo pueden celebrarse de tener completa unidad algunos pequeños cantos, donde el fuerte impulso del sentimiento lo ha creado de un modo inconsciente. En más extensas composiciones, pocas veces la idea capital predomina entre los pormenores con la energía que se requiere para producir un conjunto armónico. De aquí proviene que estas composiciones sean á menudo, más que un todo, una serie de pensamientos y de imágenes; por manera que los antólogos suelen citar una parte, no como fragmento, sino como obra entera, y en otras ocasiones, una misma composicion, citada por escritores diferentes, se encuentra que varía ó en el número ó en el órden de los versos, sin que tales cambios ó faltas perturben esencialmente el conjunto. Esta carencia de enlace en la composicion depende de una propiedad profundamente arraigada en el espíritu de los árabes, que los lleva á considerar, más que nada, las cosas particulares, perdiendo de vista lo general; el lazo que

forma el todo. Su condicion natural les hacia difícil el elevarse á una más extensa comprension de los asuntos; entre los modelos de la propia literatura, no poseian uno sólo de más ordenada y artística composicion, y tampoco aprendieron nunca á estimar, con el estudio de las literaturas extranjeras, la hermosura y el mérito que se hallan en el enérgico desenvolvimiento de un plan grande. En todas las épocas y por donde quiera les fué completamente desconocida la literatura de los otros pueblos; ninguno de sus autores deja traslucir que la conoce, y es lícito afirmar que hasta el escritor arábigo más discreto é instruido, Ibn-Jaldun, habla sólo de oidas cuando da principio al capítulo sobre la poesía de los árabes, observando que tambien en otras naciones, á saber, entre los persas y los griegos, ha florecido la poesía, por lo cual Homero es nombrado y celebrado en los escritos de Aristóteles (1). El decantado cultivo de la literatura griega por los árabes españoles se limitó á obras de filosofía y de ciencias exactas, que vertieron en su lengua de la siriaca, y que despues comentaron; pero sobre todo aquello que no pertenecia á esta parte de las ciencias, como por ejem-

(1) Ibn-Chaldun, *Prolegomena*, III, 359.

plo, sobre la historia y la mitología de los pueblos antiguos, se quedaron siempre en la mayor ignorancia. Sus historiadores refieren que en Itálica se halló en una excavacion un grupo de mármol de portentosa hermosura, que representaba una jóven y un niño perseguido por una serpiente, y sus poetas celebran este grupo en sus versos, pero ninguno sabe que aquellas figuras eran indudablemente Vénus y Cupido (1). El geógrafo Al-Bekri, tan bien enterado en todo lo relativo á las tierras muslímicas, no sabe distinguir si un epitafio hallado en las ruinas de Cartago es latino, púnico ó de otra lengua, y llama á Anníbal rey de África (2). Por último, el gran filósofo Ibn-Roschd ó Averroes, en su paráfrasis de la *Poética* de Aristóteles, cita á los Antara, Amr-Kais y Motenebbis, en vez de citar á los poetas griegos, y tiene tan pocas nociones de la griega literatura, que define la tragedia el arte de elogiar, y la comedia el arte de censurar, y, de acuerdo con esta teoría, halla que las composiciones satíricas y encomiásticas de los árabes son comedias y tragedias (3).

(1) Makkari, I, 99 y 350.
(2) Al-Bekri, pub. por Slane, 45 y 42.
(3) Renan, *Averroes, et l'averroisme*, pág. 36.

Aunque, segun lo expuesto, la poesía de los árabes en España tenía muchos rasgos iguales á la de su hermana oriental, todavía no dejó de sentir el influjo del suelo de Andalucía. Los poetas, á pesar de toda su admiracion del *Hamasa* y de las *Mualakat,* y á pesar del prurito de imitarlos, no pudieron desechar los nuevos asuntos que se ofrecian para sus canciones. Ya no podian cantar las enemistades entre tribu y tribu, ni las discordias por causa de los pastos, sino la gran contienda del Islam contra las huestes reunidas del Occidente; en vez de convocar á los compañeros de tienda para la sangrienta venganza de un pariente asesinado, debian inflamar á todo un pueblo para que defendiese la hermosa Andalucía, de donde los enemigos de la fe amenazaban lanzarlos. A par de las peregrinaciones por el desierto y de la vivienda abandonada del dueño querido, lo cual, por convencion, habia de tener siempre lugar en una *kasida,* habia entónces que describir risueños jardines impregnados con el aroma del azahar, arroyos cristalinos con las orillas ceñidas de laureles, blandas y reposadas siestas bajo las umbrosas bóvedas de los bosquecillos de granados, y nocturnos y deleitosos paseos en barca por el Guadalquivir. Inevitablemente tuvieron

los poetas, al tratar estos nuevos asuntos, que adoptar imagenes desconocidas á sus antepasados, y el estado de la civilizacion, enteramente distinto, hubo tambien de imprimirse en sus versos. Andaluces que habian llegado á un alto punto de cultura social y científica, cortesanos elegantes é instruidos, que habian estado en la escuela filosófica de Aristóteles, no podian sentir y pensar ya como los rudos pastores del desierto. Aunque muchas de sus *kasidas* se parezcan, no sólo en la forma y en la expresion, sino tambien en las ideas y sentimientos, á las de los árabes antiguos, esto es sólo porque los autores creian poder competir mejor con los modelos ciegamente reverenciados de un Antara ó un Lebid, cuando más se apartaban y substraian del influjo de su época y de cuanto los rodeaba. Por fortuna, estas tentativas desgraciadas de copiar el estilo y el espíritu de épocas anteriores, renegando de lo presente, no es lo único que nos queda de la literatura de los árabes españoles. Áun cuando los poetas tienen delante de los ojos la poesía ante-islámica, y cuentan el remedarla como mérito, introducen, sin notarlo, en la antigua forma, nuevos modos de ver y de sentir; y en otras composiciones obedecen, sin volver la vista atras, lo que les dictan el corazon

y la mente, y en vez de beber la inspiracion en los libros, pintan lo que ellos mismos han sentido y experimentado. Estas últimas composiciones merecen principalmente nuestra atencion, y en ellas, como todos aquellos rasgos que distinguen la poesía occidental de la oriental, se nos muestran los árabes como europeos. Cuando oimos, con voces semíticas y con el peregino acento del Oriente, el elogio de las verdes praderas y de los corrientes arroyos de Andalucia, y la expresion de sentimientos amorosos, más tiernos que los que los trovadores expresaban, imaginamos oir tambien entre el susurro de la palma oriental, los suspiros del aura de Occidente, que agita y orea las enramadas del jardin de las Hespérides.

A semejanza de su lengua, que no posee las ricas y gráficas combinaciones de las indo-germánicas, sino que íntimamente forma sus vocablos por la adicion de una sola letra á la radical, ó por el cambio de las vocales y acentos, toda la actividad creadora de los árabes tiene un carácter subjetivo. Pinta con preferencia la vida del alma, hace entrar en ella los objetos del mundo exterior, y se muestra poco inclinada á ver claro la realidad, á representar la naturaleza con rasgos y contornos firmes y bien determinados,

y á penetrar en el seno de otros individuos para describir los sucesos de la vida y retratar á los hombres. Por esto aquellas formas de poesía que requieren la observacion de las cosas exteriores y una gran fuerza para representarlas, no son conocidas entre los árabes. Ensayos dramáticos, ni áun de la clase inferior, como los han tenido otros pueblos mahometanos, no se han producido por los árabes en el suelo español, ó al ménos no dan indicio de ellos los escritores que se han consultado hasta el dia (1). La poesía narrativa, segun verémos despues, no

(1) La *Comoedia de equo vendito*, citada por el vacilante Casiri, y existente en el Escorial, es de orígen egipcio, segun lo declara el excelente orientalista José Müller, que examinó el manuscrito. Parece ser, más que una produccion de carácter literario, un ensayo para un teatro de muñecos, ó más bien para las sombras chinescas que en Egipto se usaban. Verdaderamente hay tres representaciones en el manuscrito. Se trata sólo en la primera de la historia de un ridículo oficial de mamelucos, que, al volver á las orillas del Nilo, de un viaje por Asia, averigua con dolor que ha habido un gran cambio en las cosas: la policía se ha vuelto más severa, y sobre todo, es rigorosísima la observancia del precepto de no beber vino. Despues de muchas lamentaciones en prosa y verso, y de referir su

fué extraña del todo á los árabes españoles; pero no han producido ninguna epopeya propia. En la poesía lírica fué donde aunaron todas sus fuerzas, y en ella vertieron cuantas penas y cuantos deleites movian sus corazones. Por este cauce corrió el torrente de la poesía, en el suelo andaluz, con una inmensa abundancia.

Las producciones líricas de los poetas arábigo-hispanos se distinguen en general por la diccion rica y sonora y por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar ex-

---

vida vagabunda en una conversacion con una especie de pulchinela y con otras personas, se decide el oficial de mamelucos á entrar en el estado de casado y á abandonar su vida pecadora. Una excelente amiga de los primeros tiempos se encarga de buscarle mujer; la casamentera desempeña su comision, y despues de cumplidas todas las formalidades, el oficial levanta el velo á la novia y descubre, angustiado, que es un fenómeno de fealdad. Vuelto del desmayo que aquella vision le produce, determina hacer una piadosa peregrinacion á la Meca, de donde probablemente vuelve tan pecador como ántes, ya que no más vicioso. El error de Casiri en suponer que la comedia trata en su mayor parte *de equo vendito*, se funda en que, entre las extravagancias del mameluco, se menciona que un caballo, que por compasion le regaló

presion á los pensamientos y de dejar hablar al corazon, nos agobian á menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden á cegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, á un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresion duradera. El empeño de sobrepujar

---

el Visir, fué desechado por él de un modo desdeñoso.

«En el catálogo de Casiri, prosigue J. Müller, se cita ademas otra obra en diálogo, de cuarenta interlocutores. Aunque tengo fundado motivo para no considerar esta pieza como española, la hubiera examinado con gusto. Pero ya no existe en el Escorial, así como otros muchos manuscritos, de los cuales esperaba yo con razon sacar algun provecho. Nada ménos que veinte números he pedido en balde; no hay ya ni rastro de ellos. Desde el reinado de Felipe II habrán habitado en el Escorial unos mil cuatrocientos frailes, pero á ninguno de ellos se le ha ocurrido nunca aprovecharse de la ocasion que se le presentaba de ser el primero en trabajar algo en un tan rico tesoro de manuscritos orientales. Lo que han hecho los frailes, ha sido perder y tirar sin conciencia este tesoro.»

á otros rivales populares y famosos ha echado á perder de esta suerte muchas de sus composiciones. Y, por el contrario, el éxito de sus composiciones para con nosotros es tanto mayor cuanto ménos ellos le buscan, olvidados de su ambicion, y haciendo la poderosa inspiracion de un instante, dado que expresen un sentimiento verdadero en no estudiadas frases.

Los asuntos sobre los cuales escriben, son de várias clases. Cantan las alegrías del amor bien correspondido, y el dolor del amor desgraciado; pintan con los más suaves colores la felicidad de una tierna cita, y lamentan con acento apasionado el pesar de una separacion. La bella naturaleza de Andalucía los mueve á ensalzar sus bosques, rios y fértiles campos, ó los induce á la contemplacion del tramontar resplandeciente del sol ó de las claras noches ricas de estrellas. Entónces acude de nuevo á su memoria el país nativo de su raza, donde sus antepasados vagaban sobre llanuras de candente arena. Expresiones de un extraño fanatismo salen á veces de sus labios como el ardiente huracan del desierto, y otras de sus poesías religiosas exhalan blanda piedad y están llenas de aspiraciones hácia lo infinito. Ora convocan á la guerra santa, con fervorosas palabras, á los

reyes y á los pueblos; ora aclaman al vencedor; ora cantan el himno fúnebre de los que han muerto en la batalla, ó se lamentan de las ciudades conquistadas por el enemigo, de las mezquitas trasformadas en iglesias, y de la suerte infeliz de los prisioneros, que en balde suspiran por las floridas riberas del Genil desde la ruda tierra de los cristianos. Elogian la magnanimidad y el poder de los príncipes, la gala de sus palacios y la belleza de sus jardines; y van con ellos á la guerra, y describen el relampaguear de los aceros, las lanzas bañadas en sangre y los corceles rápidos como el viento. Los vasos llenos de vino que circulan en los convites, y los paseos nocturnos por el agua á la luz de las antorchas, son tambien celebrados en sus canciones. En ellas describen la variedad de las estaciones del año, las fuentes sonoras, las ramas de los árboles que se doblegan al impulso del viento, las gotas de rocío en las flores, los rayos de la luna que rielan sobre las ondas, el mar, el cielo, las pléyadas, las rosas, los narcisos, el azahar y la flor del granado. Tienen tambien epigramas en elogio de todos aquellos objetos con que un lujo refinado ornaba la mansion de los magnates, como estatuas de bronce ó de ámbar, vasos magníficos, fuentes y baños de mármol, y leones

que vierten agua. Sus poesías morales ó filosóficas discurren sobre lo fugitivo de la existencia terrenal y lo voluble de la fortuna, sobre el destino, á que hombre ninguno puede sustraerse, y sobre la vanidad de los bienes de este mundo, y el valor real de la virtud y de la ciencia. Con predileccion procuran que duren en sus versos ciertos momentos agradables de la vida, describiendo una cita nocturna, un rato alegre pasado en compañía de lindas cantadoras, una muchacha que coge fruta de un árbol, un jóven copero que escancia el vino, y otras cosas por este órden. Las diversas ciudades y comarcas de España, con sus mezquitas, puentes, acueductos, quintas y demás edificios suntuosos, son encomiadas por ellos. Por último, la mayor parte de estas poesías están enlazadas con la vida del autor; nacen de la emocion del momento; son, en suma, improvisaciones, de acuerdo con la más antigua forma de la poesía semítica.

IV.

Cantos de amor.

La situacion de las mujeres en España era más libre que entre los otros pueblos mahometanos. En toda la cultura intelectual de su tiempo tomaban parte las mujeres, y no es corto el número de aquéllas que alcanzaron fama por sus trabajos científicos ó disputando á los hombres la palma de la poesía. Tan alta civilizacion fué causa de que se les tributase en España una estimacion que jamas el Oriente musulman les habia tributado. Miéntras que allí, con raras excepciones, el amor se funda sólo en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinacion de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos. A menudo el ingenio y el

saber de una dama tenian tan poderoso atractivo para sus adoradores, como sus prendas y hechizos corporales; y una inclinacion comun á la poesía ó á la música solia formar el lazo que ligaba dos corazones entre sí (1).

En testimonio de lo dicho, los cantos de amor de los árabes españoles manifiestan, en parte, una pasmosa profundidad de sentimientos. Algunos respiran una veneracion fervorosa de la mujer, á la cual era extraña la Europa cristiana de entónces. En los movimientos y voces del alma de estos cantares se halla una mezcla de blandos arrobos y de violentas pasiones, que recuerdan la moderna poesía por el melancólico amor á la soledad, y por la extática y soñadora contemplacion de la naturaleza.

Con todo, un extraordinario explendor de colorido y otras muchas calidades nos hacen pensar en el orígen oriental de estos cantos. Trasportémonos por un momento, á fin de conocerlos mejor en su esencia y propiedades, bajo el hermoso cielo de Andalucía, donde nacieron. Anochece; la voz del muecin se ha oido convocando para la oracion; los fieles entran en las mezquitas; el silencio reina sobre el cerro á

(1) Makkari, II, 626, etc.

orillas del rio; su peñascosa cima está coronada por las almenadas torres y chapiteles de un alcázar; con los últimos resplandores del sol, brillan los dorados alminares de la ciudad; las sombras de los cipreses se proyectan con más extension; por los arcos de herradura de los ajimeces se percibe movimiento; por entre las rejas se ven vagar blancos velos; y, murmurando y alzándose por cima de las copas de los granados, se oye subir del valle el sonido de un laud. Una voz canta:

Por la inmensidad del cielo
Con afan mis ojos giran,
En las estrellas buscando
La luz de tu faz querida.
En pos del rastro oloroso
Que tu beldad comunica,
Voy por todos los senderos
Y detengo al que camina.
Parar los vientos ansío,
Por si en sus alas envias
Un eco de tus palabras,
Una nueva de tu vida.
Por si pronuncian tu nombre,
Mi oido anhelante espia,
Y en todo rostro encubierto
Mi mente el tuyo imagina (1).

(1) Makkari, I, 517. De At-Tortuschi.

Otra voz canta:

Di á mi amada, mensajero,
Que me da muerte su amor,
Y que la muerte prefiero
A tan acerbo dolor.
Desdeñosa ó enojada,
Sólo á morir me convida,
Mas con su dulce mirada
Puede volverme la vida (1).

Otra tercera voz dice:

Desde que me dejaste,
Y á los brazos de otro te anudaste,
Es mi vida tan negra y tan amarga
Como la noche larga.
Dime, infiel; di, gacela fugitiva,
¿No recuerdas las noches deliciosas
En que gocé de tu beldad, cautiva
En cadenas y tálamo de rosas?
¿Así olvidas el lazo que formamos,
De un collar perlas y de un tronco ramos?
El mismo manto entónces nos ceñia,
Era tu forma una con la mia,
Y de dorada luz un limpio velo
Nos echaban los astros desde el cielo (2).

---

(1) Al-Holat, 157. De Ferhun-Ben-Abdalah.
(2) Al-Holat, 113. De Abdalah-Ben-Abd-ul-Aziz.

Para comprender de cuánta ternura de sentimientos eran capaces las almas más nobles y delicadas de los árabes españoles, se debe leer la descripcion del amor juvenil de uno de los más importantes escritores del siglo XI, tal como él mismo nos la ha dejado escrita.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm (1), vivia una jóven, que recibia allí su educacion. Tenía diez y seis años, y ninguna otra mujer se le podia comparar en beldad, entendimiento, modestia, discrecion y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reir no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

»Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y sin embargo, su hermosura conquistaba todos los corazones, pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen á fondo el arte de encadenar á los hombres. Su modo de pensar era muy severo y no mostraba inclinacion alguna por los vanos deleites, pero tocaba el laud de un modo admirable. Yo era entónces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oia hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasion

(1) Dozy, *Histoire,* III, 344, etc.

de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dió en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, á la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de la de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas tambien las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Despues de pasar una parte del dia en el palacio, fueron éstas á un pabellon, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardin no estorbaban la vista. Yo fuí con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la jóven; mas apénas me vió á su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hácia otra parte del pabellon. Yo la seguí, y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atencion.

»Cuando más tarde bajaron todas al jardin,

las que tenian mayor influjo por su posicion ó por su edad, rogaron á la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mi mi ruego á los de ellas. Así rogaba, empezó, con una timidez que á mis ojos realzaba más sus encantos, á pulsar el laud, y cantó los siguientes versos de Abbás, hijo de Ahnaf:

»En mi sol pienso sólo,
En mi muchacha linda.
¡Ay, que perdí su huella
Tras de pared sombría!
¿Es de estirpe de hombres,
Ó de los genios hija?
Ejerce de los genios
El poder con que hechiza;
De ellos tiene el encanto,
Pero no la malicia.
Es su cara de perlas,
Su talle palma erguida,
Blando aroma su aliento,
Ella gloria y poesía.
Sér de la luz creado,
Graciosamente agita
La veste vaporosa,
Y ligera camina;
Su pié no quiebra el tallo
De flores ni de espigas.

»Miéntras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laud, sino mi corazon, lo que heria

con el plectro. Jamas se ha borrado de mi memoria aquel dichoso dia, y áun en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entónces, nunca más volví á oir su dulce voz, ni volví á verla en mucho tiempo.

»No la culpes, decia yo en mis versos, si es esquiva y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y la luna inasequible á los hombres.

»Me robas la dicha de oir tu dulce voz, decia yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplacion de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbás, cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oido, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como á su vencedora, porque, miéntras que cantabas sus versos, ponias en ellos un sentimiento de que el poeta carecia, ó que no supo expresar.

»Entre tanto sucedió que, tres dias despues que Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos á vivir á nuestra antigua

morada, hácia el Occidente, en Balat-Mogith; pero, por razones que es inútil exponer aquí, la jóven no se vino con nosotros. Cuando Hischam II subió otra vez al trono, caimos en desgracia con los nuevos dominadores; nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entónces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entre tanto murió mi padre el 21 de Junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierto dia, asistiendo yo á las exequias de un pariente, reconocí á la jóven en medio de las mujeres que componian el duelo. Muchos motivos tenía yo entónces para estar melancólico; se diria que venian sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví á ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecia como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo á mi memoria mi vida pasada, aquellos dias hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví á ser jóven y feliz, como ya lo habia sido. Pero ¡ay, este momento fué muy corto! Pronto volví á sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

»Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decia yo en unos versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho á sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca á quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasion alguna de aquel á quien deja morir desesperado.

»Poco tiempo despues, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar á Córdoba en el verano de 1013. Cinco años se pasaron entónces, durante los cuales no vi á la jóven. Por último, cuando en el año de 1018 volví á Córdoba, fuí á vivir á casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apénas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que habia sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, á no impedirlo el respeto, estaba ya marchita; apénas le quedaban algunas señales de que habia sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que habia sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vió de pronto en la necesidad de acudir á su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su

hermosura. ¡Ay, las mujeres son flores delicadas; cuando no se cuidan, se marchitan! La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, á los vientos, á las inclemencias del cielo y á la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, áun hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fria, como siempre habia estado conmigo. Esta frialdad fué poco á poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

»Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me habia dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podia yo censurar? Yo hubiera podido quejarme si ella me hubiese halagado con esperanzas engañadoras; pero nunca me dió la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna.»

Hasta aquí lo que refiere Ibn-Hazm de los amores de su juventud. Si examinamos ahora algunos cantos de amor de diversos autores, verémos qué variedad de tonos hay en ellos. El siguiente expresa el alborozo de un alma embriagada de felicidad al ver cumplidos todos sus deseos:

¡Alah permite que triunfe,
Y al fin la puerta me abre,
Por donde en noche sombría
El alba espléndida sale!
Alba (1) su amor me concede;
Amigos, felicitadme,
Que á durar más su desden,
Muriera yo de pesares.
¡Oh alcores! ¡oh verdes ramos,
Florida gala del valle!
¡Y tú, gacela, Alba mia,
Que mi noche iluminaste!
Pronto despierta cualquiera
De la embriaguez en que cae;
Mas la que tú me infundiste
Jamas podrá disiparse.
No hay censor que me la quite,
Aunque me reprenda grave;
El mal llegó á tal extremo,
Que no me le cura nadie (2).

El mismo júbilo inspira esta otra composicion:

No bien el sol se hundiera entre celajes de oro,
Y mostrase la luna su claro resplandor,
Me prometió la dama gentil á quien adoro
Venir á mi morada en alas del amor.

---

(1) Subh, el alba, la luz de la mañana, nombre árabe de mujer.

(2) Makkari, I, 662.

Y vino, como viene la luz de la mañana,
Cuando nace en Oriente, y dora y besa el mar,
Aérea deslizándose, y cual rosa temprana,
El ambiente llenando de aromas al pasar.
Como en cada capítulo del Alcoran severo
Besa todas las letras el piadoso lector,
Do estampaba la huella su breve pié ligero,
Besaba yo la tierra con amante fervor.
Iluminó mi estancia, cual la luna radiante;
Miéntras todos dormian, velábamos allí;
Y yo no me cansaba de besar su semblante
Y de estrecharla al seno con dulce frenesí.
Al fin á separarnos nos obligó la aurora.
¡Noche Al-Kadir! (1) ¡oh noche bendita por Alah!
Más goces y misterios y dichas atesora
La noche que á su lado bendito pasé ya (2).

No son ménos apasionados los versos en que la princesa Umm-ul-Kiram celebra á su querido Sammar:

¿Quién extraña el amor que me domina?
Él solo le mantiene,
Rayo de luna que á la tierra viene,

(1) La noche en que el Coran increado fué traido, por órden de Alah, desde el sétimo cielo al cielo de la luna, desde donde el arcángel San Gabriel se le llevó al Profeta. Los mahometanos creen que esta noche, llena de misterios, se renueva cada año.

(2) Makkari, II, 134.

Y con su amor mis noches ilumina.
Él es todo mi bien, toda mi gloria;
Cuando de mí se aleja,
Ansioso el corazon, nunca le deja,
Y le guarda presente la memoria (1).

Cualquiera pensaria, al leer la siguiente composicion de Said-Ibn-Dschudi, que es obra de un *minnesanger* ó de un trovador. Y sin embargo, el poeta autor de los versos vivió mucho ántes, en el siglo IX:

Desde que su voz oí,
Paz y juicio perdí;
Y su dulce cantilena
Me dejó tan sólo pena
Y ansiedad en pos de sí.
Jamas á verla llegué,
Y en ella pensando vivo;
De su voz me enamoré,
Y mi corazon cautivo
Por su cantar le dejé.
Quien por tí, Dschejana, llora,
Tu nombre, escrito en el seno,
Pronuncia, y piedad implora,
Cual un monje nazareno
De aquella imágen que adora (2).

(1) Makkari, II, 538.
(2) Al-Holat, 86.—Dozy, *Histoire*, II, 228.

Esta otra breve cancion parece un suspiro arrancado de lo íntimo del pecho por el dolor de la ausencia:

Léjos de tí, hermosa,
La pena me causas
Que un pájaro siente
Si quiebran sus alas.
Sobre el mar anhelo
Volar do te hallas,
Ántes que la ausencia
La muerte me traiga (1).

Muchos de los cantares cortos recuerdan de una manera pasmosa las seguidillas improvisadas, que todas las noches se cantan, al són de la guitarra, bajo los balcones de Andalucía. Así las que siguen:

En el cielo la luna
Radiante luce,
Pero pronto se vela
De negras nubes;
Que, al ver tu cara,
Envidiosa se esconde
Y avergonzada (2).

(1) Ibn-Chalikan, art. *Abul-Fadhl-Iyad.*
(2) Makkari, I, 386.

Una eternidad dura
La noche triste
Para el enamorado
Que llora y gime;
Miéntras él vela,
Ni querida ni amigos
Oyen sus quejas (1).

La desdicha me tiene
De tí muy léjos,
Mas á tu lado vive
Mi pensamiento:
Tu dulce imágen,
Vagando ante mis ojos,
Llorar me hace (2).

Una idea que se repite á menudo es la de que dos amantes se ven mutuamente en sueños durante la ausencia, y de esta suerte hallan algun consuelo en su afliccion. Ibn-Chafadche canta:

Envuelta en el denso velo
De la tenebrosa noche,
Vino en sueños á buscarme
La gacela de los bosques.
Vi el rubor que en sus mejillas
Celeste púrpura pone,
Besé sus negros cabellos,

(1) Ibn-Chalikan, en el art. *Al-Husri*.
(2) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Hazm*.

Que por la espalda descoge,
Y el vino aromoso y puro
De nuestros dulces amores,
Como en limpio, intacto cáliz,
Bebí en sus labios entónces.
La sombra, rápida huyendo,
En el Occidente hundióse,
Y con túnica flotante,
Cercada de resplandores,
Salió la risueña aurora
Á dar gozo y luz al orbe.
En perlas vertió el rocío,
Que de las sedientas flores
El lindo seno entreabierto
Ansiosamente recoge:
Rosas y jazmines daban
En pago ricos olores.
Mas para tí y para mí,
¡Oh gacela de los montes!
¿Qué más rocío que el llanto
Que de nuestros ojos corre? (1).

Ibn-Derradsch expresa el mismo pensamiento más sencillamente:

Si en los jardines que habita
Me impiden ver á mi dueño,
En los jardines del sueño
Nos darémos una cita (2).

(1) Makkari, 1, 458.
(2) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Derradsch.*

En la cancion que sigue reproduce la misma idea el príncipe heredero Abdurrahman:

¡Oh desdeñosa gacela mia!
Tu dulce boca nunca me envia
Palabra alguna que dé consuelo.
¡Qué mal respondes á tanto anhelo!
¡Qué mal me pagas tanto amor!
Como con flechas enherboladas
Hieres mi alma con tus miradas,
Y ni das bálsamo para la herida,
Ni esa tu hermosa forma querida
Mandas en sueños al amador (1).

Estos otros versos respiran una pasion tierna y profunda:

¿No tendrá fin esta noche?
¿No dará jamas alivio
El alba á quien vela y gime
De tu hermosura cautivo?
El dolor me oprime el seno,
Y del corazon herido
Arranca violentamente
Apasionados suspiros.
En la cama me revuelvo,
Sin quedar nunca tranquilo,
Cual si estuviese erizada
De mil puñales huidos.

(1) Al-Holat, 166.

Enamorado me quejo,
Y á tí mis ayes dirijo;
Sé piadosa, oh muy amada,
Sé ménos dura conmigo.
Mas sólo quien de amor sabe
Comprenderá mi martirio,
Cuánto queman las heridas
Que amor en mi pecho hizo;
Tú no, que en vez de sanarlas,
Las renuevas con ahinco,
Y al fin me hieres de muerte,
Del alma en el centro mismo (1).

En esta otra composicion hay un sentimiento más blando:

Pon en tu pecho brío,
¡Oh mi querida Selma!
Á fin de que resistas
El dolor de la ausencia.
Al apartarme ahora
De tu sin par belleza,
Soy como condenado
Que aguarda la sentencia;
Pues nunca manda el cielo
Más espantosa pena
Que la de separarse
Dos almas que se quieran.
Separacion y muerte
Igual dolor encierran,

(1) GRANGERET, *Antologie arabe,* Núm. 44.

Aunque al muerto acompañen
Con llantos á la huesa.
De nuestro amor se rompe
La florida cadena,
El nudo de mi pecho
Y tu pecho se quiebra.
Ramos del mismo tronco
Son esta angustia acerba
Y el placer que tuvimos
En comunion estrecha.
Siempre el mayor deleite
Mayor pesar engendra,
Y la más dulce vida
Más amarga tristeza (1).

Por último, muchas de las poesías eróticas de los árabes españoles son, como acontece á menudo con los versos de los pueblos meridionales, más bien que la expresion inmediata del sentimiento, un ingenioso juego de palabras, y una multitud de imágenes acumuladas por la fantasía y el entendimiento reflexivo. A esta clase pertenecen las composiciones que voy á citar.

De Ibn-Chafadsche:

Cuantas noches contigo, deliciosas,
Vino en el mismo cáliz yo bebia,
Y nuestro hablar suave parecia
El susurro del céfiro en las rosas.

(1) Ibn-Chalikan, art. *As-Subaidi.*

Perfume dulce el cáliz exhalaba;
Pero más nuestros juegos; más las flores
Que de tu seno y ojos seductores
Y de tus frescos labios yo robaba.
Sueño, embriaguez, un lánguido quebranto
Rindió tu cuerpo hermoso,
Que entre mis brazos á posarse vino;
Pero la sed, en tanto,
Apagar quiso el corazon ansioso,
De tu boca en el centro purpurino.
Fué entónces limpia y rutilante espada
Y fué bruñido acero tu figura,
Al desnudar la rica vestidura
Tan primorosamente recamada.
Y yo estreché con lazo cariñoso
Tu esbelto talle y delicado seno,
Y besé tu sereno
Rostro, que sol hermoso
Para mi bien lucia,
Dando sér á mi alma y alegría.
Toqué con ambas manos
Toda la perfeccion de tu hermosura,
Anchas caderas y cintura breve,
Y dos alcores cándidos, lozanos,
Que separa de un valle la angostura
Y que están hechos de carmin y nieve (1).

(1) Makkari, I, 458.—En la primera edicion de esta obra no me atreví á traducir los últimos versos de esta composicion, donde el poeta no se puede negar que entra en pormenores nada platónicos; pero, no sin vacilar, me he decidido á traducirlo todo en esta segunda edicion, por-

De Ibn-Baki:

Cuando el manto de la noche
Se extiende sobre la tierra,
Del más oloroso vino
Brindo una copa á mi bella.
Como talabarte cae
Sobre mí su cabellera,
Y como el guerrero toma
La limpia espada en la diestra,
Enlazo yo su garganta,
Que á la del cisne asemeja.
Pero al ver que ya reclina,
Fatigada, la cabeza,
Süavemente separo
El brazo con que me estrecha,
Y pongo sobre mi pecho
Su sien, para que allí duerma.
¡Ay! el corazon dichoso
Me late con mucha fuerza.
¡Cuán intranquila almohada!
No podrá dormir en ella (1).

De Ibn-Sara:

Con su gracia y sus hechizos
Enciende en mi corazon

---

que así queda mi trabajo completo, y al fin, los lectores castos y timoratos pronto pasarán el disgusto, y me lo perdonarán, considerando que soy traductor fiel, y que es un mahometano quien se desliza.

(1) Makkari, II, 141.

Una vehemente pasion
La niña de negros rizos.
No da sombra á su mejilla,
Sobre los claveles rojos,
El cabello, porque brilla
Cual sus negrísimos ojos (1).

De ABD-ALAH-BEN-ABD-UL-AZIZ:

Danos ventura, mostrándote,
¡Oh luna de las mujeres!
¿Habrá más dulce ventura
Que la ventura de verte?
Todos dicen á una voz,
Donde quiera que apareces:
¡Ya ilumina nuestra noche
La luna resplandeciente!
Pero yo al punto replico
Que la luna sólo tiene
Una noche luz cumplida,
Y tú la difundes siempre.
Por Alah juro, señora,
Que hasta el sol, cuando amanece,
No sale á dar luz al mundo
Miéntras tú no se lo ordenes;
Porque ¿cómo podrá el sol
Teñir de grana el Oriente,
Sin que tus frescas mejillas
Vivo rosicler le presten? (2).

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Sara*.
(2) AL-HOLAT, p. 112.

De Ar-Rusafi.—*A una tejedora.*

Olvida tus amores,
Me dicen los amigos;
No es digna la muchacha
De todo tu cariño.
Yo siempre les respondo:
Vuestro consejo admito;
Mas seguirle no puede
Mi corazon cautivo.
De su dulce mirada
Me retiene el hechizo,
Y el olor que en sus labios
Entre perlas respiro.
Si echa la lanzadera,
Brincan todos los hilos,
Y mi corazon brinca,
Y versos la dedico.
Si en el telar sentada,
Forma un bello tejido,
Me parece que urde
Y trama mi destino.
Mas si entre las madejas
Trabajando la miro,
Me parece una corza
Que en la red ha caido (1).

De Ibn-al-Abbar.—*La cita nocturna.*

Recatándose medrosa
De la gente que la espía,

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ar-Rusafi.*

Con andar tácito y ágil
Llegó mi prenda querida.
Su hermosura por adorno,
En vez de joyas, lucia.
Al ofrecerle yo un vaso
Y darle la bienvenida,
El vino en su fresca boca
Se puso rojo de envidia.
Con el beber y el reir
Cayó en mi poder rendida.
Por almohada amorosa
Le presenté mi mejilla.
Y ella me dijo: en tus brazos
Dormir anhelo tranquila.
Durante su dulce sueño
A robar mil besos iba;
Mas ¿quién sacia el apetito
Robando su propia finca?
Miéntras esta bella luna
Sobre mi seno yacia,
Se oscureció la otra luna,
Que los cielos ilumina.
Pasmada dijo la noche:
¿Quién su resplandor me quita?
¡Ignoraba que en mis brazos
La luna estaba dormida! (1).

De Omaya-Ibn-Abbi-Salt.—*A una bella escanciadora.*

Más que el vino que escancia,
Vierte rica fragancia

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-al-Abbar.*

La bella escanciadora,
Y más que el vino brilla
En su tersa mejilla
El carmin del aurora.
Pica, es dulce y agrada
Más que el vino su beso,
Y el vino y su mirada
Hacen perder el seso (1).

Estos delicados versos son del príncipe Izz-ul-Daula:

Lleno de afan y tristeza,
Este billete te escribo,
Y el corazon, si es posible,
En el billete te envio.
Piensa al leerle, señora,
Que hasta tí vengo yo mismo;
Que sus letras son mis ojos
Y te dicen mi cariño.
De besos cubro el billete,
Porque pronto tus pulidos
Blancos dedos romperán
El sello del sobreescrito (2).

El poeta Abn-Aamir dirigió á la hermosa Hinda, tan célebre por su talento en música y poesía, la siguiente invitacion para que viniese á su casa con el laud:

(1) Ibn-Chalikan, art. *Omaya-Ibn-Abi-Salt.*
(2) Dozy, *Recherches,* 111.

Vén á mi casa; ansía tu presencia
Un círculo de amigos escogido;
Escrúpulo no tengas de conciencia,
Que no se beberá nada prohibido.
Vén, Hinda; que agua clara
Sólo como refresco se prepara.
De ruiseñores un amante coro
En mi jardin oimos;
Mas todos preferimos
Tu voz suave y tu laud sonoro.

Apénas hubo leido estas líneas, escribió Hinda en el respaldo de la carta:

Señor, en quien la nobleza
Y la elevacion se unen,
Que allá en los siglos remotos
Hubo en los hombres ilustres,
Hinda cède á tu deseo,
Y al punto á tu casa acude;
Ántes que tu mensajero,
Quizás ella te salude (1).

Abdurrahman II amaba con pasion á la hermosa Tarub, la cual se aprovechaba á menudo interesadamente de esta inclinacion. Una vez se mostró tan enojada y zahareña, que se encerró en su estancia, donde el Califa no logró penetrar en largo tiempo. Para hacérsela propicia y

(1) Makkari, II, 634.

atraerla de nuevo á sus brazos, mandó entónces poner muchos sacos de oro á la puerta. A esto ya no pudo resistir la hermosa Tarub; abrió la puerta y se arrojó en los brazos de su régio y espléndido amante, miéntras que las monedas de oro rodaban á sus piés por el suelo. En otra ocasion regaló Abdurrahman á esta muchacha un collar que valia diez mil doblas de oro. Uno de los visires se maravilló del alto precio del presente, y el Califa respondió: «Por cierto que la que ha de llevar este adorno es áun más preciosa que él: su cara resplandece sobre todas las joyas.» De esta suerte se extendió más aún alabando la hermosura de su Tarub, y pidió al poeta Abdalah-ben-usch-Schamr que dijese algo en verso sobre aquel asunto. El poeta dijo:

Para Tarub son las joyas;
Dios las formó para ella.
Vence á su luna y al sol
El brillo de la belleza.
Al dar la voz creadora
Sér al cielo y á la tierra,
Cifró en Tarub el dechado
De todas sus excelencias.
Ríndale, pues, un tributo
Cuanto el universo encierra;
Los diamantes en las minas,
Y en el hondo mar las perlas.

Abdurrahman halló muy de su gusto estos versos, y tambien él improvisó los que siguen:

Excede á toda poesía
La poesía de tus versos.
¿Quién no te admira, si tiene
Corazon y entendimiento?
Tus cantares se deslizan
En lo profundo del pecho,
Pasando por los oidos
Con un mágico embeleso.
De cuanto formó el Criador
Para ornar el universo,
Es esta linda muchacha
Cifra, dechado y modelo.
Sobre jazmines las rosas
En sus mejillas contemplo;
Es como jardin florido,
Es mi deleite y mi cielo.
¿Qué vale el collar de perlas
Que rendido le presento?
Mi corazon y mis ojos
Lleva colgados al cuello (1).

(1) Al-Bayan, II, 95.—Conde traduce esta composicion y la anterior, así como una de las que escribió Abdurrahman I á la Palma y los terribles versos del festin de Damasco. Las traducciones de Conde me parecen ménos concisas, enérgicas y claras que las de Schack, pero no diferentes en el sentido ni faltas de mérito. *(N. del T.)*

Hafsa, célebre poetisa granadina, no ménos encomiada por su hermosura que por su extraordinario talento, tenía relaciones amorosas con el poeta Abu-Dschafer. El Gobernador de Granada puso en ella los ojos, y como celoso, empezó á tender lazos contra su rival. Hafsa se vió obligada á obrar con mucho recato, y estuvo dos meses sin contestar á un billete que su amante le habia escrito pidiéndole una cita. Abu-Dschafer le volvió á escribir entónces:

Tú, á quien escribí el billete,
A nombrarte no me atrevo,
Di, ¿por qué no satisfaces
Mi enamorado deseo?
Tu tardanza me asesina;
De afan impaciente muero.
¡Cuántas noches he pasado
Dando mil quejas al viento
Cuando las mismas palomas
No perturban el silencio!
¡Infelices los amantes
Que del adorado dueño
Ni una respuesta consiguen,
Ni esperanza ni consuelo!
Si es que no quieres matarme
De dolor, responde presto.

Abu-Dschafer envió á su querida este segundo billete con su esclavo Asam, y ella con-

testó al punto en el mismo metro y con la misma rima:

Tú, que presumes de arder
En más encendido afecto,
Sabe que me desagradan
Tu billete y tus lamentos.
Jamas fué tan quejumbroso
El amor que es verdadero,
Porque confia y desecha
Los apocados recelos.
Contigo está la victoria:
No imagines vencimientos.
Siempre las nubes esconden
Fecunda lluvia en el seno,
Y siempre ofrece *la Palma*
Fresca sombra y blando lecho.
No te quejes; que harto sabes
La causa de mi silencio.

Hafsa entregó esta contestacion al mismo esclavo que le habia traido el billete de Abu-Dschafer, y al despedirle, prorumpió en invectivas contra él y contra su amo. «Mal haya, dijo, el mensajero, y mal haya quien le envia. Ambos son para poco y no quiero tratar con ellos.» El esclavo volvió muy afligido adonde estaba Abu-Dschafer, y miéntras éste leia la respuesta, no cesó de quejarse de la crueldad de Hafsa. Cuando Abu-Dschafer hubo leido, le interrum-

pió, exclamando: «Necio, ¿qué locura es ésa? Hafsa me promete una cita en el kiosko de mi jardin que se llama *la Palma.*» En efecto, se apresuró á ir allí, y Hafsa no se hizo esperar mucho tiempo. Abu-Dschafer quiso darla nuevas quejas, pero la poetisa dijo:

Ya basta; juntos estamos;
Cuanto ha pasado olvidemos (1).

El grande Almansur estaba sentado una vez, en compañía del visir Ab-ul-Mogira, en los jardines de su magnífico palacio de Zahara. Miéntras que ambos se deleitaban bebiendo vino, una hermosa cantadora, de quien Almansur estaba enamorado, pero que amaba al Visir, entonó esta cancion:

Ya el sol en el horizonte
Con majestad se sepulta,
Y con sus últimos rayos
Tiñe el ocaso de púrpura.
Como bozo en las mejillas,
Se extiende la noche oscura
Por el cielo, donde luce,
Dorada joya, la luna.

(1) Makkari, II, 140.

En la copa cristalina
Que como hielo deslumbra,
Del vino los bebedores
El fuego líquido apuran.
Entre tanto, confiada,
He incurrido en grave culpa;
Pero su dulce mirar
El corazon me subyuga.
Le vi, y al punto le amé;
Él huye de mi ternura,
Y con estar á mi lado
La está haciendo más profunda.
A caer entre sus brazos
Enamorada me impulsa,
Y á suspenderme á su cuello
En deleitosa coyunda.

Ab-ul-Mogira fué tan poco circunspecto, que contestó á la cancion de esta manera:

Para llegar hasta tí
Abrir camino pretendo,
Y una muralla le cierra
De amenazantes aceros;
Mas por lograr tu hermosura
Perdiera la vida en ellos,
Si supiese que me amas
Con un amor verdadero;
Pues el que noble nació
Y se propone un objeto,
Ni ante el peligro se pára,
Ni retrocede por miedo.

Almansur se levantó furioso, sacó su espada, y gritó con voz de trueno á la cantarina: «Confiesa la verdad; tu cancion iba dirigida al Visir.— Una mentira áun pudiera salvarme acaso, contestó ella; pero no quiero mentir. Sí; su mirada ha penetrado en mi corazon; el amor me ha obligado á declarar lo que debí callar. Puedes castigarme, señor; pero eres magnánimo y te complaces en perdonar á los que confiesan su delito.» En seguida añadió, vertiendo lágrimas:

No pretendo sincerarme;
Mi falta no tiene excusa,
A lo que el cielo decrete
Me resigno con dulzura.
Pero tu poder supremo
En la clemencia se ilustra:
Muéstrate, señor, clemente,
Y perdona nuestra culpa.

Poco á poco fué Almansur calmándose y suavizándose con ella; pero su cólera se volvió contra el Visir, á quien abrumó de reproches. El Visir dejó primero que cayesen sobre él las quejas, y al cabo dijo: «Señor, confieso que he faltado gravemente; pero no podia ser otra cosa. Cada uno es esclavo de su destino y debe someterse á él con calma. Mi destino ha querido que

yo ame á una hermosa á quien nunca debí amar.» Almansur calló al principio, pero respondió finalmente: «Está bien; os perdono á los dos: Ab-nl-Mogira, la muchacha es tuya; yo te la doy» (1).

(1) Makkari, I, 407.

V.

Cantos de guerra.

Desde el momento, dice Ibn-Jaldun, en que España fué conquistada por los mahometanos, esta tierra, como límite de su imperio, se hizo perpétuo teatro de sus santos combates, campo de sus mártires, y puerta de entrada á la eterna bienaventuranza de sus guerreros. Los deliciosos lugares que habitaban los muslimes en esta tierra estaban como fundados sobre fuego devorador, y como entre las garras y los dientes de los leones, porque á los creyentes de España los cercaban pueblos enemigos é infieles, y sus demas correligionarios vivian separados de ellos por el mar» (1).

Sabido es cómo aquel puñado de valientes godos que en el octavo siglo, acaudillados por

(1) Ibn-Chaldun, *Historia de los Berberiscos*, I, 273.

Pelayo, conservaron sólo su independencia de los muslimes, defendiéndose en un principio de la cueva de Covadonga, fueron creciendo en número y poder, emprendieron la guerra ofensiva, y volvieron á llevar la bandera de la cruz por toda la Península. Más de siete siglos duró la guerra entre cristianos y moros, en un principio con notable superioridad de los últimos; despues de la caida de los Omiadas, con frecuente y brillante éxito para los primeros. Si todavía, hácia el fin del siglo x, el poderoso Almansur penetró hasta el corazon de Galicia, arrasó el venerado santuario de Santiago, é hizo traer á Córdoba, sobre los hombros de los prisioneros cristianos, las campanas de las iglesias destruidas, ya en el siglo siguiente Alfonso VI hace tributarios á algunos príncipes mahometanos y conquista á Toledo. Pero más terrible que nunca ardia entónces la pelea. El Islam parecia amenazar á toda Europa. Fervorosas huestes, llenas de religioso fanatismo, se precipitaban de nuevo, y con frecuencia, desde África en la Península, á fin de lanzarse contra los ejércitos cristianos, los cuales, reforzados por caballeros de otros países, y singularmente de Provenza, sólo reconocian la mar por límite de sus atrevidas cruzadas. No hay un palmo de

tierra en todo el territorio español, que no esté regado con la sangre de estos combates de la fe. Cien millares de hombres caian por ambos lados en las espantosas batallas de Zalaca, Alarcos y las Navas de Tolosa, confiados firmemente, los unos en que por tomar parte en el triunfo de la santa cruz alcanzarian el perdon de sus pecados y se harian merecedores del cielo; los otros, en que entrarian como mártires en el paraíso de Mahoma. «A media noche (así describe Rodrigo, arzobispo de Toledo, los preparativos para una gran batalla) resonó en el campamento de los cristianos la voz del heraldo, que los excitaba á todos á que se armasen para la santa guerra. Despues de haberse celebrado los divinos misterios de la pasion, se confesaron y comulgaron todos los guerreros, y se apresuraron armados á salir á la batalla. Las filas estaban en buen órden, y levantando las manos al cielo, dirigiendo á Dios los ojos, y sintiendo en el fondo del corazon el deseo del martirio, se arrojaron todos á los peligros de la batalla, siguiendo las banderas de la cruz é invocando el nombre del Altísimo» (1). Un escritor

(1) *Rerum hispan. Scriptores.* Francfort, 1573, pág. 273.

árabe dice: «El poeta Ibn-al-Faradi estaba una vez como peregrino en la Meca, y abrazándose al velo de la Caaba, pidió á Dios Todopoderoso la gracia de morir como mártir. Posteriormente, sin embargo, se presentaron á su imaginacion con tal viveza los horrores de aquella violenta muerte, que se arrepintió de su deseo y estuvo á punto de volver y de rogar á Dios que tuviese por no hecha su súplica; pero la vergüenza le retuvo. Más tarde alcanzó de Dios lo que le habia pedido. Murió como mártir en la toma de Córdoba, y se cuenta que uno que le encontró tendido entre un monton de cadáveres, le oyó murmurar, durante la agonía, y con voz apagada, las palabras siguientes de la santa tradicion: «Todo el que es herido en los combates de la fe (y bien sabe Dios reconocer las heridas que se han recibido por su causa) aparecerá en el dia de la resurreccion con las heridas sangrientas; su color será como sangre, pero su aroma como almizcle.» Apénas hubo dicho estas palabras espiró (1).

Apariciones maravillosas inflamaban por ámbos lados el celo de la religion. Un historiador arábigo refiere: «Abu-Jusuf, príncipe de los creyentes, se pasó en oracion toda la noche que

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-al-Faradi.*

precedió á la batalla de Alarcos, suplicando fervorosamente á Dios que diese á los muslimes la victoria sobre los infieles. Por último, á la hora del alba, el sueño se apoderó de él por breve rato. Pero pronto despertó lleno de alegría; llamó á los jeques y á los santos varones y les dijo: Os he mandado llamar para que os alegreis con la noticia de que Dios nos concede su auxilio. En esta bendita hora acabo de ser favorecido por la revelacion. Sabed que miéntras que estaba yo arrodillado, me sorprendió el sueño por un instante, y al punto ví que en el cielo se abria una puerta y que salia por ella y descendia hácia mi un caballero sobre un caballo blanco. Era de soberana hermosura y difundia dulce aroma. En la mano llevaba una bandera verde, la cual desplegada, parecia cubrir el cielo. Luégo que me saludó, le pregunté: ¿Quién eres? ¡Dios te bendiga! Y él me contestó: Soy un ángel del séptimo cielo, y vengo para anunciarte, en nombre de Alah, la victoria á tí y los guerreros, que siguen tus estandartes, sedientos del martirio y de las celestiales recompensas» (1).

Así como á los árabes se les aparecian los ángeles del séptimo cielo ó el Profeta, los cris-

(1) Al-Kartas, ed. Tornberg, pág. 147.

tianos veian á Santiago, no sólo anunciando la victoria, sino tambien como campeon contra los infieles. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, cuenta de la batalla de Clavijo: «Los sarracenos avanzaron entónces en portentosa muchedumbre, y las huestes del rey D. Ramiro retrocedieron á un lugar llamado Clavijo. Durante la noche el Rey estaba en duda sobre si aventuraria la batalla. Entónces se le apareció el bendito Santiago y le dió ánimo, asegurándole que al siguiente dia alcanzaria una victoria sobre los moros. El Rey se levantó muy de mañana, y participó á los obispos y á los grandes la vision que habia tenido. Todos dieron por ella gracias á Dios, y llenos de fe en la promesa del Apóstol, se apercibieron á la pelea. Por la otra parte, los sarracenos salieron tambien á combatir, confiados en su mayor número. De este modo se trabó la batalla; pero pronto se desordenaron los moros y se pusieron en fuga. Setenta mil de ellos quedaron muertos en el campo. En esta batalla se apareció el bendito Santiago sobre un caballo blanco y con una bandera en la mano» (1). El cronista general de Galicia dice:

(1) RODER. TOLET. *De rebus hispanicis*, lib. IV, cap. XIII.

«Treinta y ocho apariciones visibles de Santiago en otras tantas batallas, en las cuales el Apóstol dió auxilio á los españoles, son enumeradas por el erudito D. Miguel Erce Jimenez; pero yo tengo por cierto que sus apariciones han sido muchas más, y que en cada victoria alcanzada por los españoles, este gran capitan suyo ha venido á auxiliarlos» (1). «Santiago, dice otro escritor español, es en España nuestro amparo y defensa en la guerra; poderoso como el trueno y el relámpago, llena de espanto á los mayores ejércitos de los moros, los desbarata y los pone en fuga» (2).

Aquella grande y secular pelea, que conmovia todos los corazones, halló tambien eco en la poesía. Entre el estruendo de las batallas, el resonar de las armas, los gritos invocando á Aláh y el tañido de las campanas, su voz llega á nuestro oido. Oigámosla, ora excitando al guerrero de la cruz, ora al campeon del Profeta, ya prorumpiendo en cánticos de victoria, ya entonando himnos fúnebres.

---

(1) *Armas y triunfos del reino de Galicia,* pág. 648.

(2) Morales, *Crónica general de España,* libro ix, cap. vii, seccion 4.ª

Cuando los cristianos, en el año de 1238, estrechaban fuertemente á Valencia, Ibn-Mardenisch, que mandaba en la ciudad, encargó al poeta Ibn-ul-Abbar que fuese á África, á la córte del poderoso Abu-Zekeria, príncipe de los Hafsidas, á pedirle socorro. Llegado allí, el embajador recitó en presencia de toda la córte la siguiente *kasida*, é hizo tal impresion, que Abu-Zekeria concedió al punto el socorro demandado, y envió una flota bien armada á las costas de España.

Abierto está el camino; á tus guerreros guia,
¡Oh de los oprimidos constante valedor!
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
La libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
Un cáliz de amargura el destino le da;
Se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
A sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento á tus contrarios infunde desde el cielo,
Y á tí pesar, ¡oh patria! del alba el arrebol;
Tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
Cuando á ocultarse baja en Occidente el sol.
¡Oh vergüenza y oprobio! juraron los cristianos
Robarte tu amoroso y más preciado bien,
Y repartir por suerte á sus besos profanes
Las mujeres veladas, tesoro del harem.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;
En mil ciudades flota de Cristo el estandarte;

Espantado el creyente, no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
En conventos, llevando doquier la destruccion,
Y doquiera suceden las campanas malditas
A la voz del almuédano, que llama á la oracion.
¿Cuándo volverá España á su beldad primera?
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,
Huertos en que sus galas vertió la primavera,
Y prados y jardines arrasados están.
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,
Ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;
El suelo se despuebla despues de la conquista;
Hasta los extranjeros le miran con dolor.
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,
Destruyen los cristianos nuestro rico vergel;
De Valencia los límites traspasan sus pendones,
Y talan nuestros campos con deleite cruel.
Los frutos deliciosos que nuestro afan cultiva,
El tirano destroza y consume al pasar;
Incendia los palacios, las mujeres cautiva;
Ni reposa, ni duerme, ni sabe perdonar.
Ya nadie se le opone; ya extiende hácia Valencia
La mano para el robo que há tiempo meditó;
El error de tres dioses difunde su insolencia;
Por él en todas partes á sangre y fuego entró.
Mas huirá cuando mire al aire desplegado
El pendon del Dios único, ¡oh príncipe! por tí;
Salva de España, salva, el bajel destrozado;
No permitas que todos perezcamos allí.
Por tí renazca España de entre tanta ruina,
Cual renacer hiciste la verdadera fe;
Ella, como una antorcha, tus noches ilumina,
En pro de Dios tu acero terrible siempre fué.

Eres como la nube que envia la abundancia;
La tiniebla disipas como rayo de sol;
De los almoravides la herética ignorancia
Ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.
De tí los angustiados aguardan todavía
Que les abras camino de paz y de salud;
Valencia, por mi medio, estas cartas te envia;
Socorro te demanda; espera en tu virtud.
Llegamos á tu puerto en nave bien guïada,
Y escollos y bajíos pudimos evitar;
Por los furiosos vientos la nave contrastada,
Temí que nos tragasen los abismos del mar.
Cual por tocar la meta, reconcentra su brío
Y hace el último esfuerzo fatigado corcel,
Luchó con las tormentas y con el mar bravío,
Y en puerto tuyo, al cabo, se refugió el bajel.
El trono á besar vengo do santo resplandece
El noble Abu-Zekeria, hijo de Abdul-Wahid;
Mil reinos este príncipe magnánimo merece;
El manto de su gracia los sabe bien cubrir.
Su mano besan todos con respeto profundo;
De él espera el cuitado el fin de su dolor;
Sus órdenes alcanzan al límite del mundo
Y á los remotos astros su dardo volador.
Al alba sus mejillas dan color purpurino;
Su frente presta al dia despejo y claridad;
Siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;
Aterra á los contrarios su inmensa potestad.
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;
Resplandores de gloria coronan su dosel,
Y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,
Se humillan las montañas y postran ante él.
¡Oh rey, más que las pléyadas benéfico y sublime!

De España en el Oriente, con brillo y majestad,
Álzate como un astro, y castiga y reprime
Del infiel la pujanza y bárbara maldad.
Lava con sangre el rastro de su invasion profana;
Harta con sangre ¡oh príncipe! de los campos la sed;
Riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;
Venga á España tu ejército esta sangre á verter.
Las huestes enemigas intrépido destruye;
Caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;
A tus siervos la dicha y la paz restituye;
Impacientes te aguardan como noble adalid.
Fuerza será que al punto á defendernos vueles;
España con tu auxilio valor recobrará.
Y con lucientes armas y rápidos corceles,
Al combate á sus hijos heroicos mandará.
Dinos cuándo tu ejército libertador envias;
Esto, señor, tan sólo anhelamos saber,
Del cristiano enemigo para contar los dias,
Y su total derrota y pérdida prever (1).

A esta composicion, que no carece de empuje, brillo y fogosa elocuencia, puede contraponerse esta otra en antiguo provenzal, donde el trovador Gavaudan convoca á los cristianos para una cruzada contra el *muwahide* Jacub-Almansur:

«¡Ah, señores! por nuestros pecados crece la arrogancia de los sarracenos. Saladino tomó á Jerusalen y áun la conserva. El Rey de Marrue-

(1) Ibn-Chaldun, I, 391.

ces, con sus árabes insolentes y sus huestes de andaluces, mueve guerra á los príncipes cristianos para extirpar nuestra fe.

»Llama á las tribus guerreras de África, á los moros berberiscos y masamudes, todos juntos, y vienen ardiendo en furia. No cae la lluvia más espesa que ellos, cuando se precipitan sobre el mar. Para pasto de buitres los lleva su rey, como corderos que van á la pradera á destruir vástagos y raíces.

»Y se jactan, llenos de orgullo, de que el mundo entero les pertenece; y se acampan con mofa, amontonados sobre nuestros campos, y dicen: Francos, idos de aquí, porque todo es nuestro hasta Puy, Tolosa y Provenza. ¿Hubo nadie jamas tan atrevido como estos perros sin fe?

»Oye, emperador; oid, reyes de Francia y de Inglaterra; oye, conde de Poitiers; tended una mano protectora á los reyes de España; nunca tendréis mejor ocasion de servir á Dios. ¡Oidme, oidme! Dios os dará victoria sobre los paganos y los renegados, á quienes ciega Mahoma.

»Se nos abre un camino para hacer penitencia de los pecados que Adan echó sobre nosotros. ¡Confiad en la gracia de Jesucristo! Sabed que Jesucristo, de quien dimana la ver-

dadera salud, ha prometido darnos la bienaventuranza y ser nuestro amparo y defensa contra esa canalla feroz.

»Nosotros, que conocemos la verdadera fe, no debemos vender esta promesa á esos perros negros, que se aproximan furiosos desde el otro lado del mar. ¡Sús, pues! apresuraos, ántes que la desgracia caiga sobre nosotros. Por largo tiempo hemos dejado ya solos á Castilla, Aragon, Portugal y Galicia, para que caigan entre sus garras.

»No bien las huestes de Alemaniá, adornadas de la cruz, y las de Francia, Inglaterra, Anjou y Bearn, con nosotros los provenzales, estemos unidos en un poderoso ejército, derrotarémos al de los infieles, cortarémos sus cabezas y sus manos, hasta que no quede nada de ellos, y nos repartirémos el botin.

»Gavaudan el vidente os lo anuncia; los perros serán pasados á cuchillo; y donde Mahoma impera, será adorado Dios en lo futuro» (1).

Pero la prediccion del trovador no se cumplió, porque la batalla de Alarcos puso término

(1) Raynouard, iv, 85.

á la cruzada, que él habia convocado, con una terrible derrota de las huestes cristianas (1).

El mismo escritor árabe, de quien hemos copiado la historia de la aparicion que anunció

---

(1) Esto lo decimos de acuerdo con Diez, que supone que la composicion se escribió para la cruzada de 1195. Pero, segun Fauriel *(Histoire de la poesie provençale,* II, 156), la composicion se escribió en 1212, y entónces el poeta profetizó bien, porque la cruzada de aquel año fué coronada, en las Navas de Tolosa, por una brillante victoria de los cristianos.

Soy enemigo de mostrar un celo patriótico intransigente, pero aquí no me es lícito pasar en silencio que tampoco el trovador profetizó bien, áun suponiendo que sus versos se escribieron para la cruzada que hubo ántes de las Navas de Tolosa. Los extranjeros cruzados no hicieron más que regalarse en Toledo, donde levantaron ademas un alboroto para robar y matar á los judíos; lo que hicieran si, como dice Mariana, no resistiesen los nobles á la canalla, y amparasen con las armas y autoridad á aquella miserable gente. Asimismo estuvieron los extranjeros en la toma de Calatrava, que se entregó casi sin resistencia; despues de lo cual, faltando á lo pactado, querian degollar á todos los rendidos; y apénas, añade el ya citado historiador, se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fe y segu-

al rey mahometano la victoria durante la noche que precedió á la batalla, refiere la batalla de esta manera: «El maldito Alfonso, enemigo de Dios, se adelantó con todo su ejército para ata-

---

ridad dada á aquella gente, bien que infiel. Por último, satisfechos ya los extranjeros del botin que se les repartió en Calatrava, y pretextando que hacia mucho calor, se volvieron todos á sus tierras, salvo el Obispo de Narbona y Raimundo de Poitiers con sus compañías, dejando la empresa y la gloria de la gran batalla de las Navas á sólo los españoles. Conformes están en esto todas las historias fidedignas.

Eran tan populares el sentimiento y la idea de que España se habia creado ella misma, de que su sér era independiente y *autónomo*, de que poco ó nada debia á los extranjeros en el glorioso trabajo de la reconquista, que hasta los antiguos romances le expresan enérgicamente, como, por ejemplo, aquel en que el Cid dice al Rey de Castilla que no debe reconocer, aunque el Papa lo mande, la supremacía del Imperio.

Enviad vuestro mensaje
Al Papa y á su valía,
Y á todos desafiad
De vuestra parte y la mia;
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia,
Ninguno les ayudó
De moros á la conquista.

car á los muslimes. Entónces oyó á la derecha el redoblar de los atambores, que estremecia la tierra, y el sonido de las trompas, que llenaba los valles y los collados, y mirando á lo léjos,

---

Otro aserto, que suena algo como censura contra nosotros en el libro de Schack, y que está en una nota que no me atreví á traducir en el lugar que debia, es el de que los moros eran más humanos que nosotros en la guerra, y más apacibles en todo. Dozy *(Histoire,* III, 31) dice que los cristianos no perdonaban, por lo comun, en la guerra, á niños ni á mujeres, y que los moros sí. Schack añade que Leon de Rosimital, en su *Viaje de España por los años de 1465 á 1467,* afirma que los paganos le trataron con gran distincion y cortesía, y que estaba más seguro entre ellos que en tierra de cristianos. «Por último, prosigue, volvimos de la tierra de los moros á la del viejo Rey y sus malos cristianos.» Aunque creamos que los moros eran entónces más suaves de condicion y más civilizados que nosotros, todavía hemos de creer tambien que esto no redunda en exclusiva mengua de los españoles cristianos de aquella época. Fácil sería probar, con otros muchos casos como el ya citado de los cruzados que vinieron á España en 1212, que si los mahometanos españoles valian más moralmente que los cristianos españoles por su civilizacion durante la Edad Media, los cristianos españoles valian más, á su vez, que los cristianos de allende los Pirineos.—*(N. del T.)*

columbró los estandartes de los *muwahides*, que se acercaban ondeando, y el primero de todos era una blanca bandera victoriosa, con esta inscripcion:—¡No hay más Dios que Aláh; Mahoma es su profeta; sólo Dios es vencedor!—Al ver despues á los héroes musulmanes que hácia él venian con sus huestes, ardiendo en sed de pelear, y al oir que en altas voces proclamaban la verdadera fe, preguntó quiénes eran, y obtuvo esta respuesta: «¡Oh maldito! quien se adelanta es el Príncipe de los creyentes; todos aquellos con quienes hasta aquí has peleado eran sólo exploradores y avanzadas de su ejército. De esta suerte, Dios Todopoderoso llenó de espanto el corazon de los infieles, y volvieron las espaldas y procuraron huir; pero los valientes caballeros muslimes los persiguieron, los estrecharon por todos lados, los alancearon y acuchillaron, y, hartando sus aceros de sangre, hicieron gustar á los enemigos la amarga bebida de la muerte. Los muslimes cercaron en seguida la fortaleza de Alarcos, creyendo que Alfonso queria defenderse allí; pero aquel enemigo de Dios entró por una puerta y se escapó por la otra. Luégo que las puertas de la fortaleza, tomada por asalto, fueron quemadas, todo lo que habia allí y en el campamento de los cristianos cayó, como botin,

en poder de los muslimes; oro, armas, municiones, granos, acémilas, mujeres y niños. En aquel dia perecieron tantos millares de infieles, que nadie puede decir su número; sólo Dios le sabe. A veinte y cuatro mil caballeros de las más nobles familias cristianas, que en la fortaleza quedaron cautivos, mostró su piedad el Príncipe de los creyentes, dejándolos ir libres. Así ganó alta fama de magnánimo; pero todos los muslimes, que reconocen la unidad de Dios, censuraron esto como la mayor falta en que puede incurrir un rey» (1).

Oigamos ahora un cántico triunfal de los árabes, en el cual se celebra, no esta victoria de las armas muslímicas, sino otra casi tan brillante. Cuando Abu-Jusuf, despues de la batalla de Écija, entró en Algeciras, recibió del príncipe de Málaga, Ibn-Aschkilula, la siguiente *kasida*, felicitándole:

Los vientos, los cuatro vientos,
Traen nuevas de la victoria;
Tu dicha anuncian los astros
Cuando en el Oriente asoman.
De los ángeles lucharon
En tu pro las huestes todas,

(1) Al-Kartas, I, 150.

Y era su número inmenso
La inmensa llanura angosta.
Las esferas celestiales,
Que giran majestuosas,
Hoy, con su eterna armonía,
Tus alabanzas entonan.
En tus propósitos siempre
Aláh te guia y te apoya;
Tu vida, por quien la suya
Diera el pueblo que te adora,
Del Altísimo, del Único,
Has consagrado á la gloria.
A sostener fuiste al campo
La santa ley de Mahoma,
En tu valor confiado
Y en tu espada cortadora;
Y el éxito más brillante
La noble empresa corona,
Dando fruto tus afanes
De ilustres y grandes obras.
De incontrastable pujanza
Dios á tu ejército dota;
Sólo se salva el contrario
Que tu compasion implora.
Sin recelar tus guerreros
Ni peligros ni derrota,
A la lid fueron alegres,
Apénas nació la aurora.
Magnífica de tu ejército
Era la bélica pompa,
Entre el furor del combate,
Teñido de sangre roja,
Y el correr de los caballos,

Y las armas que se chocan.
Aláh tiene fija en tí
Su mirada protectora;
Como luchas por su causa,
Él con el triunfo te honra.
Y tú con lauro perenne
Nuestra fe de nuevo adornas,
Y con hazañas que nunca
Los siglos, al pasar, borran.
Justo es que Aláh, que te ama
Y virtudes galardona,
La eterna dicha en el cielo
Para tus siervos disponga.
Aláh, que premia y ensalza
Y que castiga y despoja,
En el libro de la vida
Grabada tiene tu historia.
Todos, si pregunta álguien,
¿Quién los enemigos doma?
¿Quién es el mejor califa?
Te señalan ó te nombran.
No sucumbirá tu imperio;
Deja que los tiempos corran,
Y que el destino se cumpla
En la señalada hora.
Álcese, en tanto, en el sólio
Con majestad tu persona,
Y ante su brillo se eclipsen
Las estrellas envidiosas.
Pues eres de los muslimes
Defensa, amparo y custodia,
Y su religion salvaste
Con la espada vencedora.

Que Aláh te guie y conserve,
Y haga tu vida dichosa,
Y de todo mal te libre,
Y sobre tu frente ponga
El resplandor de su gracia
Y sus bendiciones todas,
Para que siglos de siglos
Se perpetúe tu gloria (1).

La siguiente composicion contiene otro llamamiento á la guerra santa, cuando ya los cristianos se habian enseñoreado en la mayor parte de la Península. La escribió, por encargo de Ibn-ul-Ahmar, rey de Granada, su secretario Abu-Omar, á fin de avivar más el celo de combatir contra los enemigos de la fe en el corazon del sultan Abu-Jusuf, de la dinastía de los Beni-Merines, á quien entregaron los versos en Algeciras, en el año de 1275.

Camino de salud os abre el cielo.
¿Quién no entrará por él, de cuantos vivan
En España ó en África, si teme
La gehenna inflamada, y si codicia
El eterno placer del Paraíso,
Sus sombras y sus fuentes cristalinas?
Quien anhele vencer á los cristianos,
La voz interna que le llama siga;

(1) Al-Kartas, I, 215.

Llénese de esperanza y fortaleza,
E irá con él la bendicion divina.
Mas ¡ay de tí! si exclamas: «¿Por qué ahora
Ha de volverse á Dios el alma mia?
Será mañana.» ¿Y quién hasta mañana
Te puede asegurar que tendrás vida?
Pronto viene la muerte, y tus pecados
La penitencia sólo borra y limpia.
Mañana morirás, si hoy no murieres;
La jornada terrible se aproxima,
De la que nadie torna; para ella
Provision de obras buenas necesitas.
La obra mejor es ir á la pelea;
Ármate, pues, y vén á Andalucía;
No pierdas un instante; Dios bendice
A todo aquel que por su fe milita.
Con las infames manchas del pecado
Llevas toda la faz ennegrecida;
Lávatela con lágrimas, primero
Que á la presencia del Señor asistas,
O siguiendo el ejemplo del Profeta,
Arroja del pecado la ignominia,
Y, por la fe lidiando, en las batallas
El alma con sangre purifica.
¿Qué paz has de tener con los cristianos,
Que niegan al Señor, y te abominan,
Porque, miéntras adoran á tres dioses,
Que no hay más Dios que Aláh constante afirmas?
¿Qué afrenta no sufrimos? En iglesias
Por doquiera se cambian las mezquitas.
¿Quién, al mirarlo, de dolor no muere?
Hoy de los alminares suspendidas
Las campanas están, y el sacerdote

De Cristo el sacro pavimento pisa,
Y en la casa de Dios se harta de vino.
Ya en ella no se postran de rodillas
Los fieles, ni se escuchan sus plegarias.
Pecadores sin fe la contaminan.
¡Cuántos de nuestro pueblo en las mazmorras
Encerrados están, y en vano ansian
La dulce libertad! ¡Cuántas mujeres
Entre infieles tambien lloran cautivas!
¡Cuántas vírgenes hay que, por librarse
Del rudo oprobio, por morir suspiran;
Y cuántos niños cuyos tristes padres
De haberlos engendrado se horrorizan!
Los varones piadosos, que en cadenas
Yacen entre las manos enemigas,
No lamentan el largo cautiverio,
Lamentan la vileza y cobardía
De los que á darles libertad no vuelan;
Y los mártires todos, cuya vida
Cortó la espada, y cuyos santos cuerpos,
Llenos de sangre y bárbaras heridas,
Cubren los vastos campos de batalla,
Venganza de nosotros solicitan.
Un torrente de lágrimas derraman
Desde el cielo los ángeles, que miran
Tanta desolacion, miéntras del hombre
Las entrañas de piedra no se agitan.
¿Por qué, hermanos, no arden vuestras almas
De indignacion y de piadosa ira,
Al saber cómo triunfan los infieles,
Cómo la muerte aclara nuestras filas?
¿Olvidados teneis los amistosos
Lazos que antiguamente nos unian?

¿Nuestro deudo olvidado? ¿Son tan viles
Los que adoran á Cristo, que no esgriman
El acero en defensa del hermano
Y por vengar la injuria recibida?
Se extinguió el vivo ardor de vuestros pechos;
La gloria del Islam está marchita;
Gloria que en otra edad os impulsaba,
Miéntras que ahora el miedo os paraliza.
¿Cómo ha de herir la espada, si desnuda
En una diestra varonil no brilla?
Mas los Beni-Merines, que más cerca
De nosotros están, ya nos auxilian;
La guerra santa es el deber supremo,
Y en cumplir el deber no se descuidan.
Venid, pues; la pelea con laureles
O con la palma del martirio os brinda.
Si moris peleando, eterno premio
El Señor de los cielos os destina;
Os servirán licores deliciosos,
Del Paraíso en la floresta umbría,
Las hermosas huríes oji-negras,
Que anhelando están ya vuestra venida.
¿Quién, pues, cobarde, á combatir no acude?
¿Quién su sangre no da por tanta dicha?
Aláh promete el triunfo á los creyentes,
Y su promesa se verá cumplida.
Venid á que se cumpla. Nuestra tierra
Clama contra los fuertes que la olvidan,
Cual clama en su afliccion el pordiosero
Contra el que el oro en crápulas disipa.
¿Por qué están los muslimes divididos,
Y los contrarios en estrecha liga?
Liguémonos tambien, y pronto acaso

De todo el mundo harémos la conquista.
¿Qué ejército más fuerte que el de aquellos
A quienes el Altísimo acaudilla?
¿Cómo, en vez de suspiros y de quejas,
Por nuestra santa fe no dais la vida?
Delante del Profeta, ¿con qué excusa
Lograréis disculpar vuestra desidia?
Mudos os quedaréis cuando os pregunte:
«¿Por qué contra las huestes enemigas,
Que á mi pueblo maltratan, no luchasteis?»
Y estas palabras de su boca misma,
Duro castigo, si teneis vergüenza,
Serán para vosotros; y en el dia
De la resurreccion, que no interceda
Justo será por vuestras almas míseras.
A fin de que interceda, á Dios roguemos
Que al gran Profeta y á su ley bendiga;
Y por su ley valientes combatamos,
A fin de que las fuentes dulces, limpias,
Que riegan el eterno Paraíso,
Nos den hartura en la region empírea (1).

En contraposicion de estos versos, citarémos aquí otro llamamiento poético á la cruzada. Parece que el trovador Marcabrun le escribió, cuando Alfonso VII preparaba una expedicion contra los moros andaluces, y que se cantó en España, en cuya parte de Oriente la lengua provenzal era entendida:

(1) Ibn-Chaldun, II, 288.

«*Pax in nomine Domini.* Marcabrun ha compuesto este canto, música y letra; escuchad lo que dice: El Señor, el Rey del cielo, lleno de misericordia, nos ha preparado cerca de nosotros una *piscina* que jamas la hubo tal, excepto en ultramar, allá hácia el valle de Josafat; y con ésta de acá nos conforta.

»Lavarnos mañana y tarde deberiamos segun razon, yo os lo afirmo. Quien quiera tener ocasion de lavarse miéntras se halla sano y salvo, deberá acercarse á la *piscina,* que nos es medicina verdadera, pues si ántes llegamos á la muerte, de lo alto caerémos en una baja morada.

»Pero la avaricia y la falta de fe no quieren acompañarse con los méritos propios de la juventud. ¡Ay! cuán lamentable es que los más vuelan allá donde se gana el infierno. Si no corremos á la *piscina* ántes de que se nos cierren la boca y los ojos, ninguno hay tan henchido de orgullo, que al morir no se halle con un poder superior.

»El Señor, que sabe todo cuanto es y cuanto será y cuanto fué, ha prometido el honor y nombre de emperador.... ¿y sabeis cuál será la belleza de los que irán á la *piscina?* más que la de la estrella guia-naves, con tal de que venguen á

Dios de la ofensa que le hacen aquí, y allá hácia Damasco.

»Cundió aquí tanto el linaje de Caín, del primer hombre traidor, que ninguno honra á Dios; pero verémos cuál le será amigo de corazon, pues con la virtud de la *piscina* se nos hará Jesus amigo, y serán rechazados los miserables que creen en agüero y en suerte.

»Los lujuriosos, los *consume-vino, apresura-comida* y *sopla-tizon* quedarán hundidos en medio del camino y exhalarán fetidez. Dios quiere probar en su *piscina* á los esforzados y sanos. Los otros guardarán su morada, y hallarán un fuerte poder que de ella los arroje, con oprobio suyo.

»En España, y acá el Marqués (Raimundo Berenguer IV) y los del templo de Salomon sufren el peso y la carga del orgullo de los pagauos, por lo cual la juventud coge menguada alabanza; y caerá la infamia, á causa de esta *piscina,* sobre los más poderosos caudillos, quebrantados, degenerados, cansados de proezas, que no aman júbilo ni deporte.

»Desnaturalizados son los franceses si se niegan á tomar parte en la causa de Dios, pues bien sabe Antioquía cuál es su valor y cuál su prez. Aquí lloran Guiena y Poitú, Señor Dios,

junto á tu *piscina*. Da paz al alma del Conde y guarda á Poitú y á Niort el Señor que resucitó del sepulcro» (1).

Miéntras que la poesía provenzal podia competir así con la arábiga en brío y rapto lírico,

---

(1) Fauriel, II, 145.—En vez de traducir esta extraña composicion de la traduccion alemana de Schack, me ha parecido mejor copiar aquí la traduccion, más escrupulosa, que hace de ella el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, en su excelente libro *De los trovadores en España*, páginas 74 y 75. La obra del Sr. Milá, que ilustra de una manera extraordinaria la historia de nuestra literatura en la Edad Media, no era, sin duda, conocida del Sr. Schack, pues, á conocerla, se hubiera valido de ella y la hubiera citado al citar, tanto la cancion de Marcabrú, cuanto la de Gavaudan. Schack, si hubiera leido al Sr. Milá, no se hubiera limitado á decir que la lengua provenzal, esto es, que el dialecto literario de los trovadores era conocido y entendido en toda la parte oriental de España; Schack hubiera dicho que este dialecto era tan propio y tan cultivado en España como en el mediodía de Francia, con quien compartimos la gloria de haber producido aquella literatura, tal vez la primera de la Europa cristiana y de las lenguas modernas en el órden cronológico.

Ya por los años de 1076 á 1096, reinando Ramon Berenguer II y Berenguer Ramon II, se

para animar á la guerra santa, la castellana, que ya desde el siglo XII se habia atrevido á dejar oir su tímida voz, no podia aún entrar en competencia. Pero, no bien esta poesía encontró un órgano adecuado en la lengua que poco á poco

---

menciona al poeta catalan Ricolf. En tiempo del gran conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer IV, á quien celebra Marcabrú, se cultivaba la poesía en su córte, y Alfonso II, que reunió bajo su cetro á Aragon y Cataluña, fué un trovador excelente. Milá trae en su libro noticias y poesías (texto original y traduccion) de dicho rey D. Alfonso II, y de otros treinta y un trovadores españoles, como son: Guiraldo de Cabrera, Guillermo de Berdagan, Hugo de Mataplana, Ramon Vidal de Bezaudun, Pedro II, Guillermo de Tudela, Arnaldo el Catalan, Guillermo de Cervera, Serverí de Gerona, Fadrique I de Sicilia, Ponce Barba, etc.

Por lo demas, Marcabrú halló sordos á su llamamiento á los potentados transpirenaicos á quienes convocaba á la cruzada, y la cruzada y la guerra contra los moros se hizo sin su auxilio. El emperador Alfonso VII, rey de Castilla y de Leon, ganó, sin embargo, á Almería de los almoravides. Parece que en esta expedicion se halló, entre otros pocos extranjeros, el mismo trovador Marcabrú, tan entusiasmado por el Emperador y por la empresa, como disgustado de los príncipes franceses, cuya desercion atri-

iba formándose de la latina, tomó tambien por asunto de su canto las expediciones guerreras contra los enemigos de Cristo. Estos comienzos, aunque briosos, todavía rudos y poco hábiles, de una poesía que estaba en la infancia, no se

---

buye á envidia y á molicie en otro canto que dirigió á los pueblos de España, y que tambien publica el Sr. Milá.

Casi lo mismo ocurrió con Gavaudan, el autor del famoso canto de cruzada, escrito, segun Milá, para la batalla de las Navas de Tolosa. El trovador Gavaudan fué de los pocos extranjeros auxiliares, que con el Arzobispo de Narbona se quedaron en España y tomaron parte en la expedicion despues que se retiraron los demas extranjeros, como dice el Sr. Milá, «por los calores de nuestra tierra, ó porque les disgustasen los hábitos más humanos de sus moradores.» *(De los trov.*, etc., pág. 126.) Los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, y todos los caballeros españoles que lograron aquella gran victoria, fueron altamente celebrados por los poetas provenzales.

Estos poetas á menudo se complacian más en España que en Francia, siendo muy bien acogidos y honrados en las córtes de nuestros reyes. Pedro Vidal celebra á España y al emperador Alfonso VIII, el de las Navas, diciendo:

podian comparar con el arte de los árabes, llegado ya á su madurez; su torpe tartamudear se ahogaba entre el sonido de las trompas de los poetas mahometanos; los severos contornos de su dibujo palidecian ante el brillo del colorido

---

Mout es bona terra Espanha
E'l rey que senhor en so
Dous e car e franc e bo
E de corteza companha, etc.

«Muy buena tierra es España, y los reyes sus señores son agradables, francos, buenos y de cortés compañía; hay ademas otros varones muy simpáticos y de pro, dotados de buen juicio y de conocimiento, de buenos hechos y de buen parecer, y por esto me gusta permanecer entre ellos en la region imperial, ya que sin contienda alguna me detiene gentilmente y me domina el rey emperador Alfonso, por quien la juventud se alegra, y cuyo valor vence á todos los del mundo.»

Reis Emperaires Amfós
Per cui jovens es joiós;
Que-z el mon non a valensa
Que sa valor no la vensa.

(Milá, *De los trovadores*, etc., pág. 131.)—*(N. del T.)*

deslumbrador de la poesía oriental (1). Sin embargo, éste es el lugar de presentar en el espejo de las noticias arábigas al héroe que ensalza el canto más antiguo escrito en lengua castellana,

---

(1) Aunque no soy tan entusiasta del *Poema del Cid* como Southey, que decia que «podia asegurarse, sin temer la refutacion, que de cuantos poemas se han escrito despues de la *Iliada*, éste es el más homérico por su espíritu»; aunque tal vez no vaya yo tan léjos como Wolf en mis alabanzas de aquel primer monumento poético de nuestra lengua *(Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen National literatur);* ni como Ticknor *(History of spanish literature),* que compara é iguala algunos trozos de dicho *Poema* á otros de los más bellos de Chaucer y de Shakspeare; y aunque reconozca lo rudo del lenguaje en que dicho *Poema* se escribió, todavía no soy como Capmani, que asegura que nada tiene de épico y que casi pudiera disputársele el título de poema, ni como Bouterwek y otros, que le tienen en poco. El *Poema del Cid,* como lo demuestra Wolf en la obra citada, analizándole admirablemente, está lleno de bellezas, y deberia ser estimado aunque no tuviera otra que la de haber trazado con firmeza el tipo ideal del caballero español, haciéndose como el cimiento de nuestra mejor poesía. No puedo, pues, convenir con Schack cuando llama *torpe tartamudear* á los comienzos de una literatura que con tal poema comienza.—*(N. del T.)*

tanto más cuanto que el cuadro de estas noticias encierra algunas poesías que iluminan á dicho héroe con una luz completa. Nadie se admire de que el famoso Cid Rui Diaz el Campeador, á quien la tradicion nos pinta como un modelo ejemplar de piedad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero, aparezca de un modo ménos brillante en las descripciones de sus enemigos. Si aquélla le retrata como un varon excelente, fiel á su injusto rey, aunque hablándole con severa franqueza, éstas nos le hacen ver como un cruel tirano, quebrantador de la palabra dada, y que no pelea por defender á su rey y á su religion, sino para servir á pequeños príncipes mahometanos (1). La narracion arábiga nos coloca en el momento en que el príncipe de

(1) Desde el personaje perfecto, intachable, que han pintado y encomiado nuestros grandes poetas, á quienes han imitado ó traducido los más egregios de otras naciones, como Corneille y Herder, hasta el Cid verdadero é histórico y despojado de todas las fábulas y de todas las virtudes con que la poesía le ha adornado, hay, sin duda, enorme distancia. Es evidente que el Cid, tal como fué, no merecia la canonizacion que para él se dice que pidió Felipe II al Papa. Sin embargo, la idea más alta de nuestra nacionalidad, los más nobles sentimientos que cons-

los almoravides, Jusuf-Ibn-Faschin, ha invadido á Andalucía con sus hordas africanas, y amenaza derrocar los tronos de los príncipes mahometanos españoles. «No bien, dice, Ajmed-Ben-Jusuf-ben-Hud, el que en estos mismos momentos se agita en la frontera de Zaragoza, se cercioró de que los soldados del Emir-al-Moslemin salian de todos los desfiladeros, y se subian por todas partes á los puntos elevados, excitó á un cierto perro de los perros gallegos, llamado Rodrigo y apellidado el Campeador. Era éste un hombre muy sagaz, amigo de hacer

---

tituyen el sér de los españoles, se personificaron en el Cid por medio de los cantos populares y de la tradicion, y para que esto suceda, menester es que el personaje á quien la tradicion y la fantasía poética galardonan y revisten de este modo, haya tenido un gran valer real, á pesar de los feos lunares y enormes defectos que se le descubren á la luz de la historia crítica, y que deben atenuarse algo, cuando no borrarse, en consideracion á la época y á las circunstancias. El Cid, reducido á las proporciones que le da la *Crónica general*, sacada en parte de historias arábigas, cuyo estilo remeda, es muy grande todavía, y á pesar de la crueldad y de la mala fe que le atribuyen los escritores árabes contemporáneos, crueldad y mala fe muy comunes en su tiempo, es todavía una admirable figura.

prisioneros y muy molesto. Dió muchas batallas en la Península, y causó infinitos daños de todas especies á las thaifas que la habitaban, y las venció y las sojuzgó. Los Beni-Hud, en tiempos anteriores, fueron los que le hicieron salir de su oscuridad. Le pidieron su apoyo para sus grandes violencias, para sus proyectos viles y despreciables. Le habian entregado en señorío ciertas comarcas de la Península, y puso su planta en los confines de sus cinco mejores regiones, y plantó su bandera en la parte más escogida de ellas, hasta el punto de robustecer

---

Léjos de creer yo que resta poco en la historia, del Cid ideal, me admiro de que tanto quede, áun tomando la historia de los documentos escritos por sus más encarnizados enemigos. El que dijera el Cid que un Rodrigo habia perdido á España y que otro la iba á ganar, demuestra su ánimo heroico y generoso y lo elevado de sus pensamientos. No invalida estas cosas el que sirviese el Cid á príncipes mahometanos, sobre todo cuando eran españoles y los servia contra los almoravides, contra bárbaros y extranjeros. Más fué aliarse los cristianos de España con los muslimes contra las huestes de Carlo-Magno, que eran cristianas tambien, y el favorecer los aragoneses católicos á los herejes albigenses contra el poder de Francia y de los cruzados. Esto sólo deja ver

su imperio; y semejante á un buitre, depredó las provincias cercanas y las más apartadas. Entre tanto, Ajmed, temiendo la caida de su reino y notando que iban mal sus asuntos, trató de poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del Emir-al-Moslemin, y le facilitó el paso para las comarcas de Valencia, y le proporcionó dinero, y le mandó despues hombres. El Campeador sitió entónces la ciudad, en la cual habia grandes discordias, y el cadí Abu-Dschahaf se habia apoderado del mando. Miéntras que las parcialidades ardian en lo interior,

---

que el amor de la patria se ha sobrepuesto entre nosotros, en las grandes ocasiones, al ódio y al fanatismo religioso.

El Sr. Malo de Molina, en su interesantísimo libro *Rodrigo el Campeador,* traduce literalmente los textos árabes como documentos justificativos. Los párrafos en prosa que cita Schack, no los traducimos del aleman, sino que directamente los tomamos de la traduccion del señor Malo de Molina. Los versos los traducirémos en verso de la traduccion alemana, pero pondrémos en nota la traduccion en prosa que trae la *Crónica general* de la lamentacion que hizo el moro de Valencia desde lo alto de la torre, y la traduccion, en prosa tambien, del Sr. Malo de Molina, de los versos de Ibn-Chafadscha.—*(N. del T.)*

Rodrigo continuó el sitio con vivo celo, persiguiendo su objeto como se persigue á un deudor, y estimándole con la estimacion que dan los amantes á los vestigios de sus amores. Cortó los víveres, mató á los defensores, puso en juego toda clase de tentativas, y se presentó sobre la ciudad de todas maneras. ¡Cuántos soberbios y elevados lugares, cuya posesion habia sido envidiada por tantas gentes, y con quienes no podian competir ni la luna ni el sol, cayeron en poder de este tirano, que profanó sus misterios! ¡Cuántas jóvenes, cuyos rostros daban envidia á los corales y á las perlas, amanecieron en las puntas de las lanzas, como hojas marchitas por las pisadas de sus viles soldados!

»El hambre y la miseria obligaron á los habitantes de la ciudad á comer animales inmundos, y Abu-Ajmed no sabía qué partido tomar, y no tenía dominio sobre sí y se culpaba de todo. Imploró el auxilio del Emir-al-Moslemin y de los vecinos que rodeaban sus cercanías, mas como aquél estaba léjos, demoró su venida, unas veces porque no oyó sus quejas, otras porque le impidió venir algun inconveniente. Sin embargo, en el corazon del Emir-al-Moslemin habia piedad, y se condolia de sus males prestándoles oido, mas fué tardo en dar socorro, porque se

encontraba muy distante de la ciudad y sin poder para otra cosa. Cuando Dios dispone un suceso, abre las puertas y allana los obstáculos! (1).

»Miéntras que Valencia estaba en el mayor apuro, se dice que un árabe subió á la torre más alta de los muros de la ciudad. Este árabe era muy sabio y entendido, é hizo el siguiente razonamiento (2):

¡Valencia, Valencia mia,
Cuán terrible es tu desgracia,
Muy cerca estás de perderte;
Sólo un milagro te salva.
Dios prodigó mil bellezas
Y bienes á tu comarca;
Toda alegría y deleite
Dentro de tí se guardaban.

(1) Dozy, *Recherches*, segunda edicion, II, Apéndice 1, 10 y 17.—Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, Apéndices, pág. 120.

(2) «Estonce disen que subyó un moro en la más alta torre del muro de la villa: este moro era muy sabyo é mucho entendido, é fizo unas razones en arauigo que disen assi:

»Valencia, Valencia. Vinieron sobre tí muchos quebrantos é estás en hora de te perder; pues si tu ventura fuere que tú escapes desto, será grand maravilla á quienquier que lo viere.

»E si Dios fizo merced á algund logar, tovo

Si el Señor tiene del todo
Tu ruina decretada,
Por tus enormes pecados
Y tu soberbia te mata.
A fin de llorar tus cuitas,
Ya por juntarse se afanan
Las piedras fundamentales
En que tu mole descansa;
Y los muros, que en las piedras
Con majestad se levantan,
Se cuartean y vacilan,

---

por byen de la facer á tí que fueste siempre nobleza e alegria e solar en que todos los moros folgaban e auyian placer.

»E si Dios quysiere que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados e por los grandes atrevimientos que obyste con tu soberuya.

»Las primeras cuatro pyedras cabdales sobre que tu fueste fundada e firmada, quierense ajustar por facer gran duelo por tí e non pueden.

»En tu muy noble muro, que sobre estas cuatro piedras fué levantado, ya se estremece todo e quiere caer, ca perdió la fuerza que auya.

»Las tus muy altas torres e muy famosas que de lueñe parecian e confortaban los corazones del tu pueblo, poco á poco se van cayendo.

»Las tus muy blancas almenas, que de léjos muy bien relumbraban, perdido han su fermosura con que bien parecian al rayo del sol.

»El tu muy noble rio cabdal Guadalayar con todas las otras aguas de que te tú bien seruias, salido es de madre y va do non deuya.

Porque el cimiento les falta.
A pedazos se derrumban
Tus torres muy elevadas,
Que alegrando el corazon,
A lo léjos relumbraban.
Ya no brillan como ántes,
Por el sol iluminadas,
Tus almenas relucientes
Más que la cándida plata.
Al noble Guadalaviar
Y á todas las otras aguas

»Las tus acequias claras, de que mucho aprovechabas, se tornaron turbias, e con la mengua del alimpiamiento llenas van de cieno.

»Las tus nobles e viciosas huertas, que en derredor de tí son, el lobo rauioso las cabó las rayces e non pueden dar flor.

»Los tus muy nobles prados en que muy fermosas flores e muchas auya, do tomaba el tu pueblo muy grande alegría, todos son ya secos.

»El tu muy noble puerto de mar, de que tú tomabas muy grand honra, ya menguado es de las noblezas que te solian venir á menudo.

»El tu muy grand término, de que te llamabas señora antigua, los fuegos lo han quemado, e á tí llegan ya los grandes fumos.

»E la tu grande enfermedat non le pueden fallar melecina e los phisicos son ya desesperados de nunca te poder sanar.

»Valencia, Valencia, todas estas cosas que he dichas de tí con muy grande quebranto que yo tengo en el mi corazon las dixe e razoné.

Del útil y antiguo cauce
Los enemigos separan;
Y sin esmero y limpieza,
Se turban y se encenagan
Las acequias con sus ondas
Tan cristalinas y claras.
Ya en tus fértiles jardines
Ni flor ni fruto se halla,
Porque los lobos rabiosos
Todo de cuajo lo arrancan.
Ya se agostan las praderas,
Do el pueblo se deleitaba
Con el canto y el aroma
De las aves y de las plantas.
Tu puerto, que era tu orgullo,
Con las naves no se ufana,
Que riquezas te traian
De mil regiones extrañas.
El vasto y ameno término
En que tu trono se alza,
En humo denso te envuelve,
Devorado por las llamas.
Grande dolencia te aflije;
Perdiste toda esperanza;
Ya para tí no hay remedio;
Los médicos te desahucian.
¡Valencia mia, Valencia!
Al decir estas palabras,
El dolor me las inspira
Y el dolor me parte el alma (1).

(1) *Crónica general*, fól. 329.—Dozy, *Recherches*, pág. 173.—Malo de Molina, Apéndice, 150.

»El tirano Rodrigo logró, al fin, sus vituperables designios con su entrada en Valencia, en el año de 487, hecha con engaño, segun su costumbre, y despues de la humillacion del Cadí, que se tenía por invencible á causa de su impetuosidad y soberbia. El Cadí se sometió á Rodrigo, y reconoció la dignidad que le daba la posesion de la ciudad, y contrató con él pactos, que, en su concepto, debian guardarse, pero que no tuvieron larga duracion. Ibn-Dschahaf permaneció con el Campeador corto tiempo, y como á éste le disgustaba su compañía, buscó un medio de deshacerse de él, hasta que pudo lograrlo, dícese que á causa de un tesoro considerable de los que habian pertenecido á Ben-Dzin-Nun (1).

»Sucedió que Rodrigo en los primeros dias de su conquista preguntó al Cadí por el tal tesoro, y le tomó juramento, en presencia de várias gentes de las dos religiones, acerca de que no le tenía. Respondió el Cadí, jurando por Dios y sin cuidarse de los males que debia temer de su ligereza. Le exigió Rodrigo, además, que se extendiese un contrato, con anuencia de los dos

(1) Rey de Toledo, que despues de la conquista de esta ciudad por los cristianos, vino á vivir á Valencia.

partidos, y firmado por los más influyentes de las dos religiones, en el cual se convino en que si Rodrigo averiguaba el paradero del tesoro, retiraria su proteccion al Cadí y á su familia, y podria derramar su sangre.

»Rodrigo no cesó de trabajar para descubrir el tesoro, valiéndose de diferentes medios. Al fin llegó á conseguirlo, poniendo al Cadí y á su familia en el colmo de la desesperacion. Despues hizo encender una hoguera, donde el Cadí fué quemado vivo.

»Me contó una persona que le vió en este sitio, que se cavó en tierra un hoyo, y se le metió hasta la cintura para que pudiese elevar sus manos al cielo, que se encendió la hoguera á su alrededor, y que él se aproximaba los tizones con el fin de acelerar su muerte y abreviar su suplicio. ¡Quiera Dios escribir estos padecimientos en la hoja de sus buenas acciones, y olvide por ellos sus pecados, y nos libre de semejantes males, por él merecidos, y nos impulse hácia lo que se aproxima á su gracia!

»Tambien pensó Rodrigo, á quien Dios maldiga, en quemar á la mujer y á las hijas del Cadí; pero le habló por ellas uno de sus parciales, y despues de algunos reparos, no desoyó su consejo y las libró de las manos de su fatal destino.

»La noticia de esta gran desgracia cayó como un rayo sobre todas las regiones de la Península, y entristeció y cubrió de vergüenza á todas las clases de la sociedad.

»El poder de este tirano creció hasta el punto de ser gravoso á los lugares más elevados y á los más cercanos al mar, y de llenar de miedo á los pecheros y á los nobles. Y me contó uno haberle oido decir, cuando se exaltaba su imaginacion y se excitaba su codicia:—En el reinado de un Rodrigo se perdió esta Península, y otro Rodrigo la libertará;—palabras que llenaron de espanto los corazones, y que infundieron en ellos la certeza de que se acercaban los sucesos que tanto habian temido. Con todo, esta calamidad de su época, por su amor de la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su heroico ánimo, era uno de los milagros de Dios. Murió á poco, de muerte natural, en la ciudad de Valencia.

»La victoria, maldígale Dios, siguió constante su bandera, y él triunfó de las thaifas de bárbaros, y tuvo varios encuentros con sus caudillos, como con García el de la boca torcida y con el príncipe de los francos. Desbarató los ejércitos de Ben-Radmir, y con pequeño número de los suyos mató gran copia de los contrarios.

Cuéntase que en su presencia se estudiaban los libros y se leian las memorias heroicas de los árabes, y que, cuando llegó á las hazañas de Mojlab, se exaltó su ánimo y se llenó por él de admiracion.»

En aquel tiempo, Ibn-Chafadscha dijo sobre Valencia lo que sigue (1):

«¡Cómo ardian los aceros
En los patios de tu alcázar!
¡Cuánta hermosura y riqueza
Han devorado las llamas!
Profundamente medita
Quien á mirarte se pára,
¡Oh Valencia! y sobre tí
Vierte un torrente de lágrimas.
Juguete son del destino
Los que en tu seno moraban;

(1) Las puntas de las espadas se han esgrimido en tus patios, ¡oh palacio! y han destruido tus preciosidades la miseria y el fuego. Cuando viene uno á mirar tus contornos, largo rato reflexiona y llora sobre tí, ¡oh (pueblo) tierra! Tus habitantes han sido el juguete de los desastres, y tus turbas se han agitado por la fatalidad. La mano de la desgracia ha escrito sobre tus atrios: «Tú no eres tú, y tus casas no son casas.» *(Traduccion del Sr. Malo.)*

¿Qué mal, qué horror, qué miseria
No traspasó tus murallas?
La mano del infortunio
Hoy sobre tus puertas graba:
«Valencia, tú no eres tú,
Y tus casas no son casas» (1).

(1) Dozy, *Recherches*, apéndice 14.—Malo de Molina, Apéndices, 127.

VI.

Cantares báquicos.—Descripciones.

Sin música no hay fiesta. «¡Oh reina de la hermosura! Beber sin cantar no es estar alegres», dice, en la perla de las *Mil y una noches,* en el cuento de Nurredin y de la bella Persiana, el viejo jardinero que hospeda secretamente á los fugitivos en el pabellon del Califa. Esta sentencia tenía no ménos valor en España que en Oriente. Grande es, pues, el número de los cantares que celebran el vino y los festines en todos los dias y estaciones del año. Desde la mañana temprano, durante la primavera, solian circular los vasos en los aromáticos jardines, segun lo atestiguan estos versos:

Ya el alba ahuyenta las sombras,
Y ya los vasos circulan
En el huerto, que el rocío
Cubrió de perlas menudas.
No con lánguidas miradas
Nos deleita la hermosura,
Sino el vino, que orla el vaso
De blanca y brillante espuma.
No creo que las estrellas
En el ocaso se hundan;
Más bien descienden al huerto
Y entre nosotros fulgaron (1).

Burlándose de los preceptos religiosos que ordenan á los creyentes la oracion de la mañana en las mezquitas, Al-Motadid de Sevilla fingió otro precepto que prescribe á los fieles beber á la misma hora:

¡Mirad cómo los jazmines
En el huerto resplandecen!
Olvida todas sus penas
Quien por la mañana bebe.
Que beba por la mañana
Está mandado al creyente;
El tiempo es húmedo y frio,
Y calentarse conviene (2).

(1) Makkari, II, 135.
(2) *Hist. Abbad.*, I, 246.

Por el mismo estilo es este otro cantar:

Vén al huerto, muchacha;
Ya difunde alegría
La refulgente aurora,
Y á beber nos convida,
Ántes que de las flores
Besando las mejillas,
Puro rocío beba
El aura matutina (1).

Ibn-Hazmun se burla así de la hipocresía de los anacoretas y derviches:

No es un crímen beber vino;
Poco el precepto me asusta;
Hasta los mismos derviches
Le beben, y disimulan.
La garganta se les seca
Con tanta oracion nocturna,
Y á fin de que se refresque,
Vino en abundancia apuran.
Mi casa es cual sus ermitas;
Lindas muchachas figuran
Los muecines, y los vasos,
No las lámparas, me alumbran (2).

Hasta el famoso sabio Al-Bekri incurre y se deleita en estos deportes:

(1) Dozy, *Recherches*, 112.
(2) Abdul-Wahid, 218.

Casi no puedo aguardar
Que el vaso brille en mi diestra,
Beber ansiando el perfume
De rosas y de violetas.
Resuenen, pues, los cantares;
Empiece, amigos, la fiesta;
Y de oculto á nuestros goces
Libre dejando la rienda,
Evitemos las miradas
De la censura severa.
Para retardar la orgía
Ningun pretexto nos queda,
Porque ya viene la luna
De ayunos y penitencias,
Y cometen gran pecado
Cuantas entónces se alegran (1).

Abul-Hasan-Al-Merini refiere: «Estando yo una vez con algunos amigos bebiendo alegremente en frente de la Ruzafa, se llegó á nosotros un hombre mal vestido y se sentó á nuestro lado. Nosotros le preguntamos por qué venía á sentarse sin conocernos de antemano. Él sólo contestó:—No os enojeis desde luégo contra mí.—Un momento despues levantó la cabeza y dijo:

«Miéntras que junto al alcázar
De Ruzafa estais borrachos,
Poneos á meditar

(1) Dozy, *Recherches,* 289.

Cómo cayó el califato,
Y cómo el mundo está siempre
En un incesante cambio.
Cuando sobre esto medita
El espíritu del sabio,
Ve que la gloria, el poder
Y el señorío son vanos;
Pronto el tiempo los destruye,
Y los borra el desengaño.
Nada son y nada valen
Todos los seres creados;
Sólo el vino y el amor
Importan y valen algo.»

»Apénas acabó de hablar así, le besé la frente y le pregunté quién era. Entónces dijo su nombre, y añadió que la gente le tenía por loco.—Por cierto, repliqué yo, que los versos que has dicho no son de un loco; sabios hay que no los hacen mejores. Quédate, por Aláh, en nuestra compañía, y recítanos más versos sentenciosos, á fin de que nuestro placer sea completo.—Efectivamente, él se quedó entre nosotros y dijo otras composiciones, que nos regocijaron mucho. Por último, le dejamos sosteniéndose contra las paredes para no venir al suelo, y gritando: ¡Aláh, perdóname!» (1).

El príncipe Rafi-ud-Daula dice:

(1) Makkari, I, 306.

Las copas, Abul-Alá,
Están de vino colmadas,
A los huéspedes alegran
Y de mano en mano pasan.
Besa el céfiro y agita
Levemente la enramada;
Su olor despiden las flores,
Y los pajarillos cantan,
Miéntras las tórtolas gimen,
Columpiándose en las ramas.
Vén á beber con nosotros
Aquí á la orilla del agua.
La copa hasta el fondo apura,
En ella no dejes nada.
El rojo vino encendido,
Que te sirve esta muchacha,
Se diria que ha brotado
De sus mejillas de grana (1).

(1) Dozy, *Recherches*, 111.—Si yo tradujese directamente del árabe y con una exactitud y una fidelidad escrupulosas, como suele traducirse un clásico griego ó latino, no me permitiria hacer ciertos cambios; pero, no siendo mi traduccion, ni directa, ni de una escrupulosidad grande, me he atrevido á convertir al copero de esta composicion en una muchacha. Lo mismo haré en otras composiciones, poquísimas afortunadamente, entre las que Schack traduce, donde se manifiesta aquella fea aficion en que coinciden los pueblos de Oriente con la antigüedad greco-romana, y que ahora repugna en extremo y no es para poetizada.—*(N. del T.)*

Said-Ibn-Dschudi encomia así los goces de la vida:

Cuando entre alegres amigos
Los vasos circulan llenos,
Y miran á las muchachas
Amorosos los mancebos,
El mayor bien de la tierra
Es ceñir el talle esbelto
De nuestra amada, y reñir,
Para hacer las paces luégo.
Por la senda del deleite,
Como caballo sin freno,
Me arrojo, salvando montes,
Hasta alcanzar mi deseo.
Nunca temblé en las batallas,
La voz de la muerte oyendo;
Pero á la voz del amor,
Todo me turbo y conmuevo (1).

Ibn-Said compuso lo que sigue, estando una tarde con varios amigos, al ponerse el sol, en el huerto de la Sultanijah, cerca de Sevilla:

La tarde va pasando;
Traednos pronto vino.
Hasta que el alba ria,
Bebed, bebed, amigos.
El sol hácia el ocaso
Prosigue su camino,
Y junto al horizonte

(1) Al-Hollat, 86.

Se dilata su disco,
Que ardiente se refleja
En las ondas del rio.
Gocemos, miéntras dura,
Del fulgor vespertino.
Suene el laud, empiece
El canto y regocijo,
Y fijemos los ojos
En el jardin florido
Que nos rodea, ántes
Que nos robe su hechizo
La noche, al envolverle
En su manto sombrío (1).

En elogio de estos festines de por la tarde, Ibn-Chafadsche dice:

Por la tarde á menudo
Con los amigos bebo,
Y al cabo, sobre el césped,
Me tumbo como muerto.
Bajo un árbol frondoso,
Cuyas ramas el viento
Apacible columpia,
Y donde arrullos tiernos
Las palomas exhalan,
Gratamente me duermo.
Suele correr á veces
Un airecillo fresco,
Suele llegar la noche

(1) Makkari, I, 643.

Y retumbar el trueno,
Mas, como no me llamen,
Yo nunca me despierto (1).

Despues de estos dias amenos, la noche azul-profunda se levanta con sus lucientes estrellas y trae nuevos placeres. En una ligera barquilla va el poeta, en compañía de gente jóven, sobre las mansas ondas del Guadalquivir:

El mágico embeleso
De la noche me admira
Cuando sobre las aguas
La barca se desliza,
Resplandece en la barca
Una muchacha linda.
Sus formas elegantes
Y su estatura erguida
Son cual esbelta palma
Cuando el aura la agita.
Lleva en la blanca mano
Una antorcha encendida.
Entre Orion y el Águila
La luna llena brilla,
Pero más su semblante,
Que la antorcha ilumina.
El rio, como espejo,

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Chafadsche.*

Su hermosura duplica,
Y parece que arden
Las ondas cristalinas (1).

Frecuentemente la musa de los árabes españoles se entrega á la contemplacion de la naturaleza de su hermosa patria, y presta alma á flores, estrellas, bosquecillos y fuentes. Los seres animados é inanimados la saludan con amor cuando entra en los encantados jardines de Andalucía:

Teje la primavera
Con seda de colores
La túnica de flores,
Adorno del vergel;
Y la fuente sonora
Al aura mansa atrae,
Que en un desmayo cae,
Enamorado de él.
Perlas prende el rocío,
De la rosa en el seno,
Y en el jardin ameno
Al ir á penetrar,
Que extiende el claro arroyo
Los brazos me parece,
Y que un ramo me ofrece
De anémonas y azahar.

(1) Makkari, I, 435.

Los pajarillos cantan
En la fresca espesura,
Que forma de verdura
Un rico pabellon;
Y lirios y violetas
Saludan mi llegada,
Dando al aura templada
Fragante emanacion (1).

La musa arábigo-hispana elogia así los naranjales de Sevilla:

Entre ramos de esmeraldas,
Como globos de rubíes,
Parece que las naranjas
Ya maduras se derriten,
Y vino puro y dorado
Del fresco seno despiden,
Miéntras que suavemente
Las mece el aura apacible.
¿Quién, como en puras mejillas,
En ellas besos no imprime?
¿A quién no encanta su olor
Más que el olor del almizcle? (2).

La rosa es saludada así, como nuncio de la perenne hermosura de la primavera:

¿Más rico olor por perlas
Al alba quién envia?

(1) Humbert, *Anthologie*, 74.
(2) Chrestomat. Arab., ed. Kosegarten, 175.

¿Quién hay que en hermosura
Con la rosa compita?
Acepta el homenaje
Con modestia sencilla,
Cuando las otras flores
Al mirarla se inclinan,
Su beldad adorando,
O muriendo de envidia.
Salud, ¡oh primavera!
Cada rosa que brilla,
Al abrir su capullo,
Anuncia tu venida.
No eres cual otros nuncios,
¡Oh rosa purpurina!
Con mayor gloria el cielo
Te adorna y califica.
Las nuevas que tú traes
Son clara profecía.
Si tu tallo perece,
Y si tú te marchitas,
Eterna es la que anuncias
Primavera florida (1).

Las descripciones de paseos por el agua se repiten con frecuencia:

Ya vogamos por el rio,
Que fulgura como el éter:
Las ampollitas del agua
Son como estrellas lucientes.

(1) MAKKARI, I, 193.

Su negro manto la noche
Sobre las ondas se extiende;
Manto que el sol con sus rayos
Bordó primorosamente (1).

El recuerdo hechicero de tales paseos por el Guadalquivir es tambien el punto céntrico de un cuadro en que pinta el español Ibn-Said, durante su permanencia en Egipto, los placeres de su antigua vida en la patria andaluza:

Éste es Egipto; pero ¿dó está la patria mia?
Lágrimas su recuerdo me arranca sin cesar:
Locura fué dejarte, ¡oh bella Andalucía!
Tu bien, perdido ahora, acierto á ponderar.
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
Que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.
¿Qué apacible deleite cuando, al són melodioso
Del laud, por su rio, cantando navegué!
Gemian las palomas en el bosque, á la orilla;
Músicas resonaban en el vecino alcor.....
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,
Lo demas de mi vida me parece dolor.
¡Y aquellas gratas horas en el prado florido!
¡Y aquella en los placeres suave libertad!
Recordando mi dulce paraíso perdido,
Cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.
Hasta el eco monótono de la movible rueda
Que el agua de la fuente obligaba á subir,
Cual si cerca estuviese, en mis oidos queda;

(1) Makkari, I, 431.

Toda impresion de entónces en mí suele vivir.
No eran por la censura mis goces perturbados;
La ciudad es tan linda, que se allana el Señor
A perdonar en ella los mayores pecados;
Allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.
La soberana pompa del caudaloso Nilo
Se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.
¡Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo
Se ven, al són de músicas alegres, discurrir!
Y los oidos gozan, y gozan más los ojos
Con las bellas muchachas que en las barquillas van,
Y cuya tersa frente y cuyos labios rojos
El fulgor de la luna avergonzando están.
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,
Dicha en el alma infunden y lánguido placer:
En noches de verano, hasta que el alba asoma,
Es grato las orillas en barca recorrer.
En pos deja la barca su luminosa estela,
Sueltos hilos de perlas sobre ondulante chal;
Es la barca, adornada por su cándida vela,
Cisne que se columpia en líquido cristal.
Tambien con sus memorias Algeciras me abruma,
Y su enriscada costa recuerdo con amor;
En ella el mar bramando alza montes de espuma,
Que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
Allí de mil auroras me sorprendió la luz,
Miéntras que, por la luna con oro recamada,
Tendia el mar la fimbra de su túnica azul.
En tu valle, ¡oh Granada! fructífero y umbrío,
Y en tí pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!
Como desnuda espada reluce el claro rio,
Brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.

Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
Hacen las granadinas una herida mortal,
Y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,
Y sus pestañas matan como mata un puñal.
A Málaga tampoco mi corazon olvida;
No apaga en mí la ausencia la llama del amor.
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!
Tus torres, azoteas y excelso mirador?
Allí la copa llena de vino generoso
Hácia los puros astros mil veces elevé,
Y en la enramada verde, del céfiro amoroso,
Sobre mi frente el plácido susurrar escuché.
Las ramas agitaba con un leve ruido,
Y doblándolas ora, ó elevándolas ya,
Prevenir parecia el seguro descuido,
Y advertirnos si álguien nos venía á espiar.
Y tambien ¡Murcia mia! con tu recuerdo lloro,
¡Oh entre fértiles huertas deleitosa mansion!
Allí se alzó á mi vista el sol á quien adoro,
Y cuyos vivos rayos áun guarda el corazon.
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño:
Nada en pos ha venido que las haga olvidar;
Cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;
De este mal de la ausencia no consigo sanar (1).

No sólo la naturaleza, sino asimismo las obras de la mano del hombre, y especialmente los palacios de los príncipes, fueron ensalzados en verso. Cuando una poesía de esta clase alcanzaba grande aplauso, se le concedia la honra de

(1) Makkari, 1, 648.

grabarla con primorosas letras de oro sobre las paredes del mismo palacio que ensalzaba. Ya citarémos más adelante muchas de estas composiciones, que encomian las quintas y palacios de Sicilia, ó que brillan aún sobre los muros de la Alhambra. Entre tanto vamos á trasladar aquí várias composiciones que celebran á toda Andalucía ó algun lugar determinado:

Nada más bello, andaluces,
Que vuestras huertas frondosas,
Jardines, bosques y rios,
Y claras fuentes sonoras.
Eden de los elegidos
Es vuestra tierra dichosa;
Si á mi arbitrio lo dejasen,
No viviria yo en otra.
El infierno no temais,
Ni sus penas espantosas;
Que no es posible el infierno
Cuando se vive en la gloria (1).

OTRO ELOGIO DE ANDALUCÍA.

Hace perpétua mansion
El gozo en Andalucía:

(1) MAKKARI, I, 451.

Allí todo corazon
Está lleno de alegría.
Vivir allí recompensa
El trabajo de vivir,
Y felicidad intensa
El vino suele infundir.
Nadie esta tierra consiente
Por otra tierra en cambiar:
Allí murmura la fuente
Con más dulce murmurar.
Allí el bosquecillo umbroso
Y el siempre verde jardin
Nos convidan al reposo,
Al deporte y al festin.
Del Eden formará idea
El que sus vegas y huertos
Siempre tan lozanos vea
De flor y fruto cubiertos.
Allí el ambiente templado
Ablanda el alma más dura,
Y al pecho desamorado
Infunde amor y ternura.
Y es plata todo arroyuelo,
Perlas y limpios joyeles
Las guijas, almizcle el suelo,
Rica seda los verjeles.
Si allí las aguas hermosas
Bajan el campo á regar,
Ambar y esencia de rosas
El campo llega á exhalar;
Vierte allí perlas sin cuento
La fresca aurora en el prado,
Y no brama, gime el viento,

Sumiso y enamorado.
¿Cómo describir la rara
Beldad de aquella region?
¿Quién su imágen os mostrára,
Que guardo en el corazon?
Al salir del mar profundo
Esta tierra encantadora,
La aclamó el resto del mundo
Emperatriz y señora.
Las claras ondas en torno
Como un collar la ciñeron,
Y al ver su gala y su adorno,
De placer se estremecieron.
Y desde entónces las aves
Cantan allí sus amores,
Y aromas dan más suaves,
Y son más bellas las flores.
Cuando de allí me destierra,
No me quiere el hado bien:
Un yermo es toda la tierra.
Y sólo aquélla un Eden (1).

Á GUADIX.

Tu pensamiento embelesa
Toda mi alma, ¡oh Guadix!
El destino generoso
Te adornó de encantos mil.

(1) Makkari, I, 129.

Por Aláh que, cuando arde
Vivo el sol en el cenit,
Fresca sombra presta siempre
Tu verde ameno pensil.
Con sus miradas de fuego
Quiere penetrar allí
El sol, pero se lo estorba
De ramas un baldaquin.
Pompas de cristal levanta,
Copos de espuma sutil,
Si riza tu faz ¡oh rio!
El cefirillo gentil;
Y las ramas que coronan
Tu manso curso feliz,
Como eres sierpe de plata,
Tiemblan por miedo de tí (1).

Á UN PALACIO DESIERTO EN CÓRDOBA (2).

Tus salas y desiertas galerías
Mis ojos contemplaban;
Y pregunté: ¿Dó están los que, otros dias,
En tu seno moraban?
En mi seno, dijiste, breve ha sido,

(1) MAKKARI, I, 94.

(2) Segun Gayángos, que pone estos versos en su traduccion, su autor es el visir Hazm-Ibn-Jehwar, y los escribió á las ruinas del palacio de Az-Zahará.—*(N. del T.)*

Muy breve, su vivir,
Ya se ausentaron; pero ¿dónde han ido?
No lo puedo decir (1).

AL PEÑON DE GIBRALTAR.

La frente elevas al cielo,
Y ya de apiñadas nubes,
Que flotan sobre tus hombros,
Un negro manto te cubre;
Ya joyas áureas, que en cerco
De limpio cristal discurren,
Sobre tí, como diadema,
Los claros astros relucen;
Y ya la luna amorosa
Hace tu sueño más dulce,
Besándote con sus rayos
Y bañándote en su lumbre.
Resiste tu mole altiva
De los siglos el empuje,
Sin que sus dientes voraces
Tus duras piedras trituren.
Todo lo muda el destino,
Sin que á tí nunca te mude;
Como un pastor su rebaño,
Tú los sucesos conduces.
Ve tu pensamiento el giro
De la fortuna voluble,
Y lo que es y lo que ha sido

(1) Makkari, I, 345.

Y lo que será descubre.
Con misterioso silencio
La fija mirada hundes
En el tenebroso abismo
Del mar, que á tus plantas ruge (1).

(1) IBN-BATUTA, IV, 361.

VII.

Panegíricos y sátiras.

Para los cantos en alabanza de los califas y príncipes se presentaban las *mualakat* á los árabes de todos los tiempos como modelos clásicos. Así es que siempre ponian en estos cantos encomiásticos las reminiscencias de la antigua poesía. Las quejas de amor y las descripciones de la vida de los beduinos no podian faltar en ellos, y hace una impresion extraña el considerar que los ojos del poeta se apartan de la magnificencia que le rodea, del suelo fértil de Andalucía y del lujo extraordinario de las córtes de sus príncipes, y se fijan en los desiertos de Arabia como en una patria mejor y más an-

tigua. Así Ibd-ul-Habbad empieza una *kasida* en loor de Al-Motassim, rey de Almería, como si fuese un pastor errante de la época de Amr-ul-Kais:

A índico ámbar trasciende
La solitaria vereda;
¿Pasó por aqueste valle
Dichoso Lubna la bella?
Que no está léjos mi amada
Estos aromas me muestran,
Y al punto mi corazon
Enamorado despierta.
En el desierto, á menudo,
Su antorcha la señal era
Que dirigia mis pasos
En las noches sin estrellas.
Relinchaba alegremente
Siempre mi caballo al verla,
Y la caravana entónces
Caminaba más de priesa.
Detengámonos ahora
Do suele morar aquella
Con cuyo recuerdo el alma
De contino se sustenta.
Éste es el valle de Lubna,
Y la única fuente ésta
En que puede hallar hartura
El alma mia sedienta.
¡Cuán delicioso es el valle
Y cuán fecunda la tierra
Do la tribu de mi amada
Sus rebaños apacienta!

¡Bendito y querido el suelo
En que se estampó su huella!
¡El lugar en que ha vivido
Mi amada bendito sea!
Aquí mis tiernos suspiros
Y mis amorosas penas
Nacieron, y la esperanza
Con que el alma mia sueña (1).

Los reyes, que solian habitar en palacios suntuosos, en medio de fértiles jardines, son casi siempre representados como príncipes nómadas, en cuyo campamento hallan un refugio los que vagan en el desierto durante la noche. Ibn-Billita, por ejemplo, dice en una *kasida:*

Vierten las nubes abundante lluvia,
De Al-Motassim para imitar la gracia;
Del árbol gentilicio de este príncipe,
Que ornó la antigüedad de perlas raras
Y á las edades primitivas llega,
Su espléndido collar hizo la fama.
Bajo sus tiendas reposó la gloria,
Que siempre sus banderas acompaña.
¡Oh príncipe, tú enciendes por las noches
Un fuego con que indicas tu morada,
Y guias al perdido caminante,

(1) Ibn-Chalikan, art. *Al-Motassim.*

Y le albergas despues y le regalas.
Yo digo, si pregunta en el desierto
Por tí, señor, la errante caravana:
Nadie cual él; ¿qué antorcha brillar puede
Donde brilla del sol la lumbre clara? (1)

Tampoco la descripcion de la despedida del dueño amado ó del comienzo del viaje, que ha de llevar al poeta á la córte de su valedor, falta casi nunca en esta clase de composiciones; pero en esto suele haber pinturas donde se retrata la rica naturaleza de Andalucía, y que nunca un árabe del desierto hubiera podido imaginar. Así, por ejemplo, cuando Ibn-Scharaf canta:

Larga fué la noche triste
Que precedió á mi partida;
Las estrellas se quejaban
De velada tan prolija.
El viento de la mañana
Agitó al fin la sombría
Vestidura de la noche,
Miéntras las esencias ricas
De las flores olorosas
En sus alas difundia.
Se alzó en Oriente la aurora,
Vírgen ruborosa y tímida,

(1) Ibn-Chalikan.

Húmedas por el rocío
Las rosas de sus mejillas.
En tanto la noche huyendo
De estrella en estrella iba,
Y á su paso las estrellas
Cual hojas secas caian.
Salió, por último, el sol,
Que con su fulgor disipa
Las tinieblas y las sombras,
Y los cielos ilumina.
Yo, desvelado en mi tienda,
En vano dormir queria;
Sólo á mis párpados sueño
Trajo el aura matutina.
Miéntras que durmiendo estaba,
Rendido ya de fatiga,
Miéntras que en torno las flores,
Frescas, lozanas se abrian
Para beber el rocío
Que el alba en perlas destila,
Se me apareció fantástica
La imágen de mi querida,
De aquella por quien el alma
Constantemente suspira.
A calmar vino mi anhelo
Su aparicion peregrina.
¡Cuán hermosa con sus anchas
Caderas me parecia!
¡Cuán esbelta su figura,
En el aire sostenida!
Cuando echó atras los cabellos,
Que la frente le cubrian,
Vi que ahuyentaba la noche

El alba con su sonrisa,
Pues sus perfumadas trenzas
Son como noche negrísima,
Y cual la luz de la aurora
Sus sonrosadas mejillas (1).

En un canto encomiástico de Ibn-Darradsch al poderoso Almansur, en vez de la descripcion de la tienda del beduino, pinta el poeta su verdadera casa, como si estuviese en una ciudad. Al empezar habla con su mujer, y dice:

Peor que la muerte, ¡oh mujer!
Es este largo sosiego;
Es una tumba mi casa,
En que de todo carezco.
El peligro y las fatigas
Del viaje que hacer quiero,
Si beso á Almansur la mano,
Lograrán colmado premio.
A beber aguas salobres
Me resigno en el desierto,
Y hartaré mi sed al cabo
De su gracia en el venero.

Más adelante describe así el poeta su despedida de su mujer y de su hijo:

(1) Dozy, *Recherches*, 91.

Vacilaba mi firmeza,
Movida por sus lamentos,
Cuando vino á despedirme
Del dia al albor primero,
Rogándome no olvidase
Su firme y ardiente afecto.
Al lado estaba la cuna
De nuestro hijo pequeño,
Que apénas hablar sabía,
Pero que heria mi pecho
Con su sonrisa inocente
Y con sus dulces ojuelos.
En nuestras almas moraba
El niño, y era su lecho
El regazo de su madre,
Su blanco y hermoso seno.
Por la que el seno le daba
De amor hubiera yo muerto.
Mi alma se enternecia
Al ir á apartarme de ellos;
Mas la sonrisa del niño
Y de mi adorado dueño
Las lágrimas y las quejas
Detenerme no pudieron.
Por último, me ausenté;
Y el profundo sentimiento
A mi mujer desolada
Hizo caer por el suelo.

Todas estas cosas, como se ve, podian ocurrir perfectamente en una ciudad de España; pero no habia de faltar el imprescindible viaje por el desierto, aunque Ibn-Darradsch, que vivia

en Córdoba como poeta de córte de Almansur, no habia menester peregrinar tanto para llegar á donde su protector se hallaba. Con todo, la descripcion de este fingido viaje se distingue por una gran viveza:

¡Oh! si ella me hubiese visto
Al ardor del mediodia,
Lanzando el sol sobre mí
Sus saetas encendidas,
O cuando imágenes vanas
En los vapores se pintan
Del desierto, y sin temor
Yo mi camino seguia,
O cuando en candente arena
Se hunde la planta indecisa,
Y el más ligero airecillo
Con ansiedad se respira;
Si ella así visto me hubiese,
Hubiera dicho en seguida,
Que no teme los peligros
Quien la suerte desafia.
El cobarde ve la muerte
Bajo mil formas distintas,
Mas el fuerte y valeroso
Ni la teme ni la mira.
Como un rey á sus esclavos,
Él los temores domina,
Y para vencerlo todo,
En su espada se confia.
En el silencio nocturno
Y en la llanura extendida,
El ruido de mis pasos,

Difundiéndose, crecia,
Y excitaba de los duendes
El conversar y las risas,
Y al oirle, entre las matas
El fiero leon rugia.
Como vírgenes que danzan
En una selva florida,
En la bóveda del cielo
Las Pléyadas relucian,
Y al rededor de la clara
Luz del polo, siempre fija,
El coro de las estrellas
Sus círculos describia,
Cual vasos que en un convite
Entre los huéspedes giran,
Por hermosas manos llenos
De deliciosa bebida.
La via láctea en la oscura
Noche su vulgor vertia,
Como en el rostro de un viejo
La blanca barba crecida.
De Saturno el ominoso
Brillo no me detenia,
Y al fin, los astros dormidos
Se quedaban de fatiga.
¡Oh, si ella visto me hubiese,
Hubiera dicho en seguida:
Así de Almansur la gracia
Contra la suerte conquista! (1)

En cuanto á la parte meramente en comiás-

(1) Ibn-Chalikan.

tica de esta clase de composiciones, se debe decir que una grande hinchazon la afea con frecuencia. La repeticion constante en el elogio de la valentía, de la liberalidad y de la magnificencia régia, forzaba á los poetas á buscar en lo extraño de la expresion, en lo pomposo del estilo, y en lo rebuscado y raro de las comparaciones, un medio de tener novedad, y con todo, incurrian en este defecto, sin lograr por eso libertarse de la monotonía de que ansiaban huir. A veces, sin embargo, en medio de lo hueco é hiperbólico, se hallan pasajes que sorprenden por la energía de la expresion ó por el atrevimiento de las imágenes. Dos ó tres ejemplos bastarán á mostrarnos las buenas y malas cualidades de que hemos hablado.

Abu-Aamir dice en un canto, alabando á un general famoso:

Harto saben ya los buitres
Que como leones bravos
Se arrojan sobre la presa
Tus valerosos soldados.
Sobre tí hambrientos se ciernen,
Y graznan pidiendo pasto,
Hasta que vuelven al nido,
De carne humana saciados (1).

(1) Ibn-Chalikan.

Ibn-Hani canta:

Señor, cuando tus corceles
A la pelea se lanzan,
No detienen su carrera
Las más sublimes montañas.
Los primeros siempre son
En entrar en las batallas;
Ojos no hay que los sigan;
Al relámpago aventajan,
Y su rapidez apénas
Los pensamientos igualan.
Vierten las fecundas nubes
Raudos torrentes de agua,
Pero tu pecho magnánimo
Más beneficios derrama.
De las estrellas del cielo,
Que con sus giros preparan
Riego á los campos, tu diestra
Tal vez la senda señala (1).

Ibn-Abd-Rebbihi dirigió á Abdurrahman III, ántes que tomase el título de Califa, los versos siguientes:

Ancha senda al Islam Dios bondadoso
Tiene abierta en el dia,
Y van los hombres en tropel copioso,
Do esta senda los guia.
Ya la tierra con rica vestidura
Reluce ataviada,

(1) Ibn-Chalikan.

Y se viste de gala y de hermosura
Para ser tu morada.
¡Oh hijo de califas! es consuelo
Tu gracia y bien del mundo;
No dan jamas las nubes desde el cielo
Un riego más fecundo.
Nunca la guerra, si por tí guiados
A tus valientes mira,
El ánimo que das á tus soldados
En los otros inspira.
Postra á tus piés su avergonzada frente
La herejía tremenda;
El indómito potro fácilmente
Se somete á la rienda.
Atada á tus reales estandartes
Camina la victoria,
Y siempre te obedece en todas partes,
Por amor de tu gloria.
¡Oh vástago de reyes! ofendido
Al Califato tienes,
Porque con su corona no has querido
Ceñir aún tus sienes (1).

Casi con el mismo celo que el encomio, era cultivada la sátira, y es admirable el atrevimiento con que los poetas solian disparar los más agudos dardos contra los poderosos. Véase, por ejemplo, esta composicion, escrita cuando Almansur, el poderoso ministro del impotente Omiada Hischam, gobernaba el imperio:

(1) Al-Bayan, 240.

De cuanto en torno contemplo
En verdad me maravillo;
Este mal que nos aqueja
No puede tener alivio.
El alma creer no quiere
Lo que los ojos han visto.
¿Cómo, si viven aún
De Humeya los nobles hijos,
Pretende subir al trono
Un jiboso advenedizo? (1).
¿Por qué los fuertes guerreros,
De sus armas con el brillo,
Circundan el palanquin
Pomposo donde va el jimio?
¿Por qué ocultais, Beni-Humeyas,
Vuestros rostros tan queridos,
Que cual las Pléyadas daban
Sus resplandores benignos?
Leones erais, y ¡oh mengua!
Os domó el zorro ladino (2).

A veces aparece la sátira como parodia de la *kasida* encomiástica, y empieza tambien con pinturas de la vida del desierto. Así es que Ibn-Ammar, en unos versos que compuso con-

(1) Dozy, que en su Historia traduce tambien estos versos, dice que Almansur tenía muy gallarda figura, y que la malicia del poeta satírico le atribuye sin fundamento la jiba ó corcova.—*(N. del T.)*

(2) Al-Bayan, II, 301.—Dozy, *Histoire*, III, 203.

tra Al-Motamid, rey de Sevilla, empieza saludando á una tribu de beduinos que hay en Occidente, y en cuyo campamento las tiendas se aprietan unas á otras; pero en vez de proseguir con los amorosos recuerdos de su querida, habla burlescamente el poeta de la aldea de donde procede la familia del Rey, y la llama la capital del mundo; despues se complace en escarnecer á la mujer del Rey, que no vale más que el cabestro de un camello, etc. (1).

Tambien los poetas se perseguian entre sí con sátiras literarias. Con estos versos zaheria Ibn-Ocht-Ganim á su rival Ibn-Scharaf de Berja:

Se cree en Irac nacido
Este coplero de Berja,
Se finge que es un Bothóri,
Y se declara poeta.
Cuando sus coplas recita,
Se aburren hasta las piedras,
Y quien no muere al oirle,
En no volver sólo piensa
A escuchar del chafallon
Las obrillas chapuceras.
¡Oh Dschafer, cómo tus versos
Este infeliz estropea!
¡Cómo á los grandes ingenios
Groseramente remeda!

(1) Dozy, *Histoire*, iv, 179.

Del licor que beben ellos
No quiere el cielo que beba;
Inficionan la poesía
Sus labios cuando la besan (1).

Como la mayor parte de las poesías de este género, más que á censurar en general las debilidades humanas, van dirigidas contra determinadas personas y han sido compuestas en circunstancias especiales, no ofrecen sino poquísimo interes á la posteridad. Me limitaré, pues, para terminar este capítulo, á citar aquí algunos versos epigramáticos.

El poeta An-Nihli, protegido del rey de Almería Al-Motassim, en un viaje que hizo á Sevilla, se presentó en la córte del rey Motadid, y dejó que se le escapasen los siguientes versos en una poesía encomiástica:

Motadid, con tu triunfo celebrado
Las berberiscas tribus exterminas;
Tambien Al-Motassim ha exterminado
La casta de los pollos y gallinas.

No sospechando que esta burla fuese conocida de su antiguo valedor, el poeta se volvió á Almería, y á poco recibió una invitacion para ir á cenar con el Rey. Apénas entró en el comedor,

(1) Dozy, *Recherches,* 98.

Al-Motassim le acogió con suma benevolencia y le llevó delante de una mesa cubierta toda de pollos y de gallinas. «Queria mostrarte, le dijo, que toda esta casta no ha sido completamente exterminada por mí» (1).

El poeta Al-Husri, miéntras que se hallaba en África, fué convidado por Al-Motamid para que viniese á su córte, pero se excusó diciendo:

Quieres que pase el mar en un madero
Bendígate el Señor, mas yo no quiero.
Para pasarle á pié no soy Mesías,
Ni eres Noé, pues area no me envias (2).

(1) Dozy, *Recherches,* 88.
(2) Ibn-Chalikan.

VIII.

Elegías.—Poesías religiosas.

Lo más bello de cuanto posee la literatura de los árabes en el género elegíaco es sin disputa lo que compuso en la prision el infortunado rey Al-Motamid, de Sevilla. Más adelante darémos á conocer sus obras. Casi igual en mérito es una elegía, llena de los más profundos sentimientos y de los más elevados raptos, en la cual Abul-Beka, de Ronda, despues de la toma de Córdoba y Sevilla por San Fernando, deplora la inminente caida del Islam en España.

La elegía dice así (1):

---

(1) La semejanza que hay entre muchos rasgos y pensamientos de esta composicion y las

Cuando sube hasta la cima
Desciende pronto abatido
Al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo!
En todo terreno sér
Sólo permanece y dura
El mudar.
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.
Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
Al olvido;
Plazo breve á toda gloria
Tiene el tiempo presuroso
Concedido.

---

famosas coplas de Jorge Manrique no puede, en mi sentir, considerarse como mera coincidencia. Así, pues, yo creo que Jorge Manrique hubo de conocer é imitar los versos del poeta arábigo-rondeño. Esta idea, que tuve desde luégo, me movió á traducir la bellísima elegía de Abul-Beka en el mismo metro y con la misma combinacion rítmica de las coplas citadas. Despues he sabido que, hace ya años, tradujo en prosa la mencionada elegía, y la publicó en un periódico, el Sr. D. Leon Carbonero y Sol, catedrático de la lengua arábiga en la universidad de Sevilla. No he podido hallar aún la traduccion, que, segun me han dicho, va acompañada de algunas

Hasta la fuerte coraza,
Que á los aceros se opone
Poderosa,
Al cabo se despedaza,
O con la herrumbre se pone
Ruginosa.
¿Con sus córtes tan lucidas,
Del Yemen los claros reyes
Dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
Que dieron tan sábias leyes
Al Iran?
¿Los tesoros hacinados
Por Karún el orgulloso
Dónde han ido? (1);

---

observaciones, en las cuales el señor Carbonero se muestra tambien inclinado á creer que Jorge Manrique imitó los versos arábigos.

Mi traduccion en verso, como todas las otras que van insertas en este volúmen, no puede ménos de ser algo libre; no puede ceñirse á la letra del original, tanto porque estando en verso tiene que variar á veces el giro de la frase para ajustarle á la medida y á la rima, cuanto porque está hecha de otra traduccion en verso, en la cual, á pesar de lo flexible que es la lengua alemana, es indudable que Schack debe haberse tomado algunas libertades. Con todo, yo creo haber sido fiel al sentido y al espíritu, acaso mucho más que si me hubiese ceñido servilmente á la letra. —*(N. del T.)*

(1) Este Karún es el Coré de la *Biblia*, el que

¿De Ad y Temud afamados (1)
El imperio poderoso
Dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina
Ni ceja, cual polvo vano
Los barrió,
Y en espantosa ruina
Al pueblo y al soberano
Sepultó.

---

se rebeló contra Moisés, por lo cual se le tragó la tierra; pero mucho más poetizado por la fantasía de los árabes. Segun ellos, era riquísimo. Sabía la alquimia y tenía todo el oro que deseaba. Parece que construyó un palacio todo cubierto de oro. Las puertas eran macizas de este metal. Su ostentacion era extraordinaria. Salia de paseo en una mula blanca, enjaezada con riquísimos paramentos. Iba vestido de púrpura, y siempre se mostraba en público con un séquito de cuatro mil de á caballo, todos tambien elegantemente vestidos. Mahoma, en el Corán, habla con frecuencia de este Karún.—*(N. del T.)*

(1) La traduccion alemana, ademas de citar á Ad, cita á Kathan y su poderío. Confieso no haber podido averiguar qué cosa ó personaje haya sido este Kathan. Tal vez equivalga á Kethin ó Cethim, nombre con el que el libro de los *Macabeos* designa la Macedonia ó el imperio de Alejandro Magno.—En cuando á Ad, á los pueblos de Ad, nada hay más á menudo citado

Y los imperios pasaron,
Cual una imágen ligera
En el sueño;
De Cosróes se allanaron
Los alcázares, do era
De Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
Cayó el soberbio Darío
Muerto en tierra.

---

en el Corán. Lo mismo sucede con los pueblos de Temud. Estos pueblos desdeñaron los avisos que Dios les envió por medio de sus profetas, perseveraron en sus maldades, y Dios los castigó con un viento impetuoso, que arrasó sus ciudades y los aniquiló á todos.—Muchos comentadores del Corán suponen que los hombres de Ad eran gigantes; algunos lo niegan. Sin embargo, todos convienen en que eran poderosos y ricos en extremo. La capital de su Estado se llamaba Irem. Una vez reinó allí un rey cuyo nombre era Cheddar, quien, habiendo oido hablar del Paraiso y de sus delicias, quiso hacer algo mejor en Irem, y edificó alcázares y creó jardines tan portentosos de hermosura y de magnificencia, que parecian sobrepujar á los del Paraiso. La mayor ponderacion que pueden hacer los poetas árabes de un lugar encantador es compararle á los jardines de Irem. Pero ya hemos dicho que Dios destruyó todo esto, en castigo de los pecados de los pueblos de Ad.—*(N. del T.)*

¿A quién la muerte perdona?
¿Del tiempo el andar impío
Qué no aterra?
¿De Salomon encumbrado
Al fin no acabó el poder
Estupendo?
Siempre del seno del hado
Bien y mal, pena y placer
Van naciendo.
Mucho infortunio y afan
Hay en que caben consuelo
Y esperanza;
Mas no el golpe que el Islam
Hoy recibe en este suelo
Los alcanza.
España tan conmovida
Al golpe rudo se siente
Y al fragor,
Que estremece su caida
Al Arabia y al Oriente
Con temblor (1).
El decoro y la grandeza
De mi patria, y su fe pura,
Se eclipsaron;

(1) Dice literalmente el traductor aleman que Arabia se siente amenazada y que tiembla la montaña de Ohod. Lo mal que suena en castellano el nombre de esta montaña no ha consentido que yo le miente en mis versos. La montaña de Ohod está cerca de Medina, y en su falda fué vencido Mahoma por los de la Meca, el año 3 de la Egira.—*(N. del T.)*

Sus verjeles son maleza,
Y su pompa y hermosura
Desnudaron.
Montes de escombro y desiertos
No ciudades populosas,
Ya se ven;
¿Qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaen?
¿Qué es de Córdoba en el dia,
Donde las ciencias hallaban
Noble asiento,
Do las artes á porfía
Por su gloria se afanaban
Y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
Que el Bétis fecundo baña
Tan florida?
Cada ciudad de éstas era
Columna en que estaba España
Sostenida.
Sus columnas por el suelo,
¿Cómo España podrá ahora
Firme estar?
Con amante desconsuelo
El Islam por ella llora
Sin cesar.
Y llora al ver sus verjeles,
Y al ver sus vegas lozanas
Ya marchitas,
Y que afean los infieles
Con cruces y con campanas
Las mezquitas.

En los mismos almimbares (1)
Suele del leño brotar
Tierno llanto.
Los domésticos altares
Suspiran para mostrar
Su quebranto (2).
Nadie viva con descuido,
Su infelicidad creyendo
Muy distante,
Pues miéntras yace dormido,
Está el destino tremendo
Vigilante.
Es dulce patria querida
La region apellidar
Do nacemos;
Pero, Sevilla perdida,
¿Cuál es la patria, el hogar
Que tenemos?
Este infortunio á ser viene
Cifra de tanta afliccion
Y horror tanto;
Ni fin, ni término tiene
El duelo del corazon,
El quebranto.

---

(1) *Almimbar* es lo mismo que púlpito. Ya el Duque de Rivas, en *El moro Expósito*, emplea esta palabra como castellana.—*(N. del T.)*

(2) Acaso los escrupulosos hallen una impropiedad en hablar de los *altares domésticos* entre los mahometanos. La traduccion alemana dice *capillas de cama*, esto es, adoratorio ú oratorio de la alcoba.—*(N. del T.)*

Y vosotros, caballeros,
Que en los bridones volais
Tan valientes,
Y cual águilas ligeros,
Y entre las armas brillais
Refulgentes;
Que ya lanza ponderosa
Agitais en vuestra mano,
Ya, en la oscura
Densa nube polvorosa,
Cual rayo, el alfanje indiano
Que fulgura;
Vosotros que allende el mar
Vivis en dulce reposo,
Con riquezas
Que podeis disipar,
Y señorío glorioso
Y grandezas;
Decidme: los males fieros
Que sobre España han caido,
¿No os conmueven?
¿Será que los mensajeros
La noticia á vuestro oido
Nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
Hartan con sangre su sed
Los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
Nuestra cuita socorred
Como hermanos!
El mismo Dios adorais,
De la misma estirpe y planta
Procedeis;

¿Por qué, pues, no despertais?
¿Por qué á vengar la ley santa
No os moveis?
Los que el imperio feliz
De España con alta honra
Sustentaron,
Al fin la enhiesta cerviz
Al peso de la deshonra
Doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
Que de pompa se rodean;
Y son luégo
Los que en bajo menester,
Viles esclavos, se emplean
Sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,
Al verlos, entre gemidos,
Arrastrar
La férrea cadena ruda,
Yendo para ser vendidos,
Al bazar.
A la madre cariñosa
Allí del hijo apartaban
De su amor;
¡Separacion horrorosa,
Con que el alma traspasaban
De dolor!
Allí doncellas gentiles,
Que al andar perlas y flores
Esparcian,
Para faenas serviles
Los fieros conquistadores
Ofrecian.

Hoy en lejana region
Prueban ellas del esclavo
La amargura,
Que destroza el corazon
Y hiere la mente al cabo
Con locura.
Tristes lágrimas ahora
Vierta todo fiel creyente
Del Islam.
¿Quién su infortunio no llora,
Y roto el pecho no siente
Del afan? (1).

Goza de fama singular otra elegía compuesta por Ibn-Abdun á la caida de la dinastía de Badajoz; pero difícilmente podemos convenir con los críticos árabes, que la encomian como una obra maestra. Esta elegía está sobrecargada de erudicion histórica, y su estilo lleno de antítesis, y sus muchas alusiones, que apénas se entienden sin comentario, hacen creer que la tal poesía no ha sido verdaderamente inspirada por el sentimiento de las desgracias de aquella familia real.

Un sentimiento más verdadero hay en los versos elegíacos, que Abul Abbas, de Jerez, el cual habia vivido en Damasco mucho tiempo,

(1) Makkari, II, 780.

escribió, recordando con amor los dias que allí habia pasado:

Suspira por vosotros
Mi corazon herido,
De Damasco la hermosa
¡Oh mis caros amigos!
¿Por qué ninguna nueva
De vosotros recibo?
Ni cuando estoy despierto,
Ni cuando estoy dormido,
Mi corazon encuentra
Para su mal alivio,
Desde que tan distante
De vuestro lado vivo.
Aquellos gratos dias
Recuerdo de contínuo,
Que, estando yo en Damasco,
Pasaron fugitivos.
¡Cuál otro era yo entónces,
Si, al albor matutino,
De Nairab en los valles,
Húmedos de rocío,
Las flores contemplaba,
Y escuchaba el sonido
Del aura entre las hojas,
Y el murmurar del rio,
Y de blancas palomas
El ámante gemido!
Del monte en la ladera,
Tal mi ventura ha sido,
Que otra igual en mi vida,
De lograr desconfio.

Allí riegan las plantas
Arroyos cristalinos:
¡Bien pudieran mis ojos
Con lágrimas suplirlos! (1).

Al poeta Abul-Makschi, que vivió en tiempo de Abdurraman I, le sacaron los ojos por órden del príncipe Suleiman, porque se atrevió, en unos versos que le habia dirigido, á hacer algunas alusiones ofensivas á su hermano Hischam, de que Suleiman se creyó en el deber de tomar venganza.

Aquel desgraciado escribió las siguientes líneas con motivo de su ceguera:

La madre de mis hijos abrumada
Por el dolor está,
Porque mis ojos con su diestra airada
Ha fulminado Alá.
Ciego me ve seguir la esposa mia
Esta mortal carrera,
Hasta que el borde de la tumba fria
Con el báculo hiera.
Y la infeliz, postrada por el suelo,
Exclama: «¡Oh suerte, oh suerte,
No aumentarás tan espantoso duelo,
Ni con la misma muerte!»

(1) Makkari, I, 536.

Y abre en mi corazon profunda llaga,
Diciendo: «No hay pesar
Como no ver la luz, que ya se apaga
En tu dulce mirar» (1).

Cuando el poeta se hizo llevar delante del Califa y le recitó estos versos, Abdurrahman se conmovió hasta verter lágrimas, y le dió dos mil dineros, mil por cada ojo. Tambien Hischam, cuando subió al trono, recordó con piedad esta desgracia, que Abul Makchi habia tenido por causa suya, y siguiendo el ejemplo de su padre, le dió mil dineros por la pérdida de cada ojo.

La siguiente elegía religiosa se compuso á la memoria del rey de Granada Abul-Hadschadsch-Jusuf, asesinado traidoramente en la mezquita, miéntras hacía oracion. La elegía adorna como epitafio la losa de su sepulcro:

Logre la gracia divina
Quien en esta tumba yace,
Y la bendicion del cielo
Miéntras que el tiempo duráre.
Hasta el dia del juicio,
Cuando ante Dios los mortales
Caigan con la faz en tierra,
Dios te bendiga y te guarde.
Pero una tumba no eres,

(1) *Journal asiatique*, 1856, II, 476.

Eres un jardin fragante,
Donde el aroma del mirto
En torno embalsama el aire;
De la flor más delicada
Eres el precioso cáliz,
Y eres nacarada concha
De la perla más brillante;
Y ocaso donde la luna
Hundió su fulgor suave,
Y asilo de la grandeza,
Y centro de las bondades;
Porque guardas en tu seno
Al príncipe más amable,
Heredero de Nazar,
Honra y prez de su linaje.
Tú guardas al que á los débiles
Protegia con su alfanje,
Al defensor de la fé,
Al rayo de los combates.
Fué siempre de la justicia
El más firme baluarte,
Y el más terrible enemigo
De heréticas impiedades.
Noble vástago de Ubada,
Heredado de sus padres
Ocupó el trono, y fué digno
Por su virtud de ocuparle.
De la vasta mar inmensa
Dar una idea es más fácil
Que de su piedad profunda
Y de sus hazañas grandes.
Al fin nos le arrebató
Del tiempo el cambio incesante.

¿Qué no perece en el mundo?
¿Qué es duradero y estable?
Con la noche y con el dia,
De doble rostro hace alarde
El tiempo; ¿cómo extrañar
Que nos burle y nos engañe?
Orando á Dios, de rodillas,
Él sucumbió como un mártir.
La luna de los ayunos
Cumplió con celo laudable,
Su rara virtud mostrando
En mil obras ejemplares.
Y en la fiesta en que se rompe
El ayuno, vino á darle
Un asesino la muerte,
Porque su ayuno acabase,
Con la copa del martirio
Para el banquete brindándole (1).
Por más que las lanzas sean
Y los dardos penetrantes,
Sólo cuando hiere Dios
Son las heridas mortales.
¡Ay de aquel que se confie
En este mundo mudable,
Y en arena movediza
Torres de orgullo levante!
Tú, Señor de aquel imperio
En que término no cabe,
Que nuestra vida gobiernas,

(1) Aquí, segun dice Schack, siguen algunos versos más en el original, que él no ha traducido.

Y marcas nuestro viaje,
Echa el velo á nuestras culpas
De tu gracia inagotable.
En tu bondad sólo debe
Todo mortal confiarse.
Envuelto en ella conduce
El rey de los musulmanes
A la mansion venturosa
De los goces celestiales.
En tí tan sólo se encuentran
Salud y dicha durables:
En el mundo todo engaña,
Y todo en el mundo cae.

Con esta elegía se puede decir que hemos entrado en el dominio de la poesía religiosa, y por consiguiente, debemos presentar aquí algunas otras muestras de ella. Tambien en España hallaron numerosos parciales el misticismo y el ascetismo, que ya aparecieron en los primeros siglos del Islam, y alcanzaron en el *sufismo* su perfeccion más alta. Así en las ciudades como en la soledad de los montes se levantaron claustros y ermitas, donde piadosos anacoretas, apartados del mundo, se consagraban enteramente á la contemplacion de lo infinito (1). Sin em-

(1) Ibn Batuta, iv, 372.—Makkari, l. v.—Tal vez extrañarán algunos lectores que el señor Schack, despues de afirmar en el prólogo de

bargo, en las poesías religiosas del pueblo español de entónces, al ménos en aquellas que nos son conocidas, en balde hemos buscado la mística profundidad, por donde se distinguen las obras de los *sufies* orientales. No hay en ellas aquel arrobo, aquella embriaguez divina

---

esta obra que en balde se procuraria por medio de algunas de las modernas lenguas europeas tener noticias de las poesías arábigo-hispanas, ni ménos conocerlas, cite tan á menudo á Makkari, que está traducido en lengua inglesa por el Sr. D. Pascual de Gayángos, y que da noticias y hace conocer muchas de las mencionadas poesías. Para explicar esto, conviene saber que la *Historia de las dinastías mahometanas en España* no está traducida por el Sr. Gayángos completamente. Consta dicha *Historia* de ocho libros. El Sr. Gayángos ha preferido traducir la parte política, y ha desechado mucho de lo que á la parte literaria y científica se refiere. En los mismos libros que ha traducido, suprime casi siempre los versos, como en los libros I, II, III, IV y VIII. El libro V, que contiene las vidas de los ilustres mahometanos españoles que peregrinaron por el Oriente para instruirse, no le ha traducido. Y no ha traducido tampoco el libro VII, casi todo compuesto de peesías. Sin embargo, el Sr. Gayángos ha intercalado en su traduccion dos interesantes capítulos de dicho libro VII, que contienen una carta de Ibn-Hazm y un apéndice á esta carta, llenos ambos escri-

de un alma que se anega en la inmensidad del sentimiento y que llega á aniquilar su propio sér en el abismo del amor de Dios, sino severas consideraciones sobre lo pasajero de la vida, arrepentimiento de los pecados y esperanza en la misericordia del Altísimo (1).

---

tos de noticias sobre historiadores, teólogos, matemáticos, filósofos y poetas. Asimismo trae la excelente obra del Sr. Gayángos muchos datos sobre puntos científicos y literarios, en las notas, ilustraciones y apéndices con que va enriquecida; entre otras cosas, las vidas de los filósofos conocidos vulgarmente en las escuelas con los nombres de Averroes y Avempace.—Pero, concretándonos sólo á los versos, no se puede negar, aunque la obra de Schack, y mi traduccion, por consiguiente, pierdan en ello, que algunos de los que aquí se traducen están ya traducidos por Gayángos en su Makkari, y algunos otros lo están por Dozy, en la *Historia* ó en las *Investigaciones.—(N. del T.)*

(1) Imposible nos parece que no existiera en la poesía religiosa de los árabes españoles esa profundidad mística que Schack echa de ménos. Acaso sólo ha llegado á manos de Schack la poesía ascética, y no la mística, que debió de existir. ¿Cómo es posible que el misticismo de la filosofía arábigo-hispana no se reflejase en la poesía, en un pueblo tan poético? Y que el misticismo tuvo gran parte en la filosofía de los árabes españoles, es un hecho evidente. «La

De los siguientes versos asegura su propio autor As-Suhaili, que cada uno que los recite para implorar la gracia de Dios, verá satisfecho su deseo:

¡Oh tú, que el más oculto sentimiento
Sabes del corazon!

---

filosofía, dice Renan *(Averroes y el averroismo)*, agotada ya en Oriente, adquirió nuevo brillo en la España musulmana, gracias á Ibn-Badja y á Ibn-Tofail, aunque tomando un carácter místico mucho más pronunciado.» Y en otro lugar dice: «Aunque Plotino no fuese nunca conocido de los musulmanes, nada se parece más á la doctrina de las *Enneades* que ciertas páginas de Ibn-Badja, de Ibn-Roschd y de Ibn-Gabirol.»—«La doctrina de la union *(ittisal)*, añade, por último, el mismo autor en la citada obra, fué el objeto constante de las preocupaciones de la escuela arábigo-hispana.» Esta union está así explicada por Renan, siguiendo á Averroes: «El entendimiento pasivo aspira á unirse al entendimiento activo, como la potencia apetece el acto, la materia la forma, la llama el cuerpo combustible. Este esfuerzo no termina en el primer grado de posesion, que se llama *entendimiento adquirido*. El alma puede llegar á una union mucho más íntima con el entendimiento universal, á una especie de identificacion con la razon primordial. El *entendimiento adquirido* ha servido para conducir al hombre hasta el santuario; pero des-

¡Oh tú, que en los trabajos das aliento,
Y alivio en la aflixion;
A quien se vuelve lleno de esperanza
El corazon contrito;
Por quien el pecador tan sólo alcanza
Expiar su delito!
Tú, que viertes de gracias un tesoro,
«Así sea», al decir:

---

aparece en cuanto logra este fin, como la sensacion prepara la imaginacion y desaparece cuando el acto de la imaginacion es muy intenso. Así, pues, el entendimiento activo ejerce sobre el alma dos acciones distintas: con la una la eleva á la percepcion de los inteligibles, y con la otra la lleva á la union con los inteligibles mismos. El hombre, cuando llega á este estado, comprende todas las cosas, porque se ha apropiado *la razon*. Hecho semejante á Dios, es en cierto modo todos los seres, y los conoce tales como son, porque los seres y sus causas no son nada, fuera de la ciencia que él tiene.» Averroes, con todo, no es nunca tan místico como Ibn-Badja ó Ibn-Tofail. En este último, el misticismo llega al mayor extremo. El alma logra el *ittisal*, la union íntima con Dios, por las vueltas rápidas del derviche, dándose el vértigo, encerrándose en una caverna con la cabeza contra el suelo y los ojos cerrados, y apartándose de todo objeto sensible.—Repetimos que no parece natural que todas estas doctrinas, tan comunes entre los filósofos, no hallasen eco en la poesía arábigo-hispana.—*(N. del T.)*

Escúchame, Dios mio, yo te imploro;
Mi voz dígnate oir.
Que mi propia humildad por mí interceda,
¡Oh mi dulce sosten!
Eres el solo apoyo que me queda,
Eres mi único bien.
En mi abandono, en tu bondad confio;
A tu puerta he llamado;
Si no me abres, el dolor impío
Me hará caer postrado.
Tú, cuyo nombre invoco reverente,
Si no das lo que anhela
Tu pobre siervo en oracion ferviente,
Señor, su afan consuela.
Haz que no desespere en tanta cuita
El débil pecador,
Pues tu misericordia es infinita
E inexhausto tu amor (1).

Esta otra plegaria es de Ibn-Alfaradi:

Cautivo y lleno de culpas
Estoy, Señor, á tu puerta,
Temiendo que me castigues,
Aguardando mi sentencia.
De mis pecados el cúmulo
Con tu mirada penetras;
Por tí me angustia el temor,
Y la esperanza me alienta.
Pues ¿de quién, sino de tí,

(1) Ibn-Chalikan, art. *As-Suhaili*.

El alma teme ó espera?
Es inevitable el fallo
De tu justicia tremenda.
Cuando á abrir llegues el libro
Donde escribistes mis deudas,
La suma de mis maldades
Temo escuchar con vergüenza.
Ilumíname y consuélame,
Del sepulcro en las tinieblas,
Donde yaceré olvidado
De mis más queridas prendas;
Y que el perdon de mis culpas
Tu gran bondad me conceda,
Pues tendré, sin tu perdon,
Una eternidad de penas (1).

Abu-Salt-Omaya compuso los siguientes versos en la hora de su muerte, y mandó que los grabasen en su sepulcro:

Miéntras que me arrastraba
Del mundo la corriente fugitiva,
Yo jamas olvidaba
Que hácia la muerte caminando iba.
Hoy la muerte no temo,
Cuando me siento próximo á morir,
Sino del Juez supremo
El fallo inevitable que he de oir.
¿Qué destino me espera?

(1) Makkari, I, 545.

De mis culpas el número es erecido.
¡Cuán justo el Señor fuera,
Castigando á quien tanto le ha ofendido!
Pero el alma confia
En su misericordia y su perdon,
Para gozar del dia
Venturoso y eterno en su mansion (1).

De Ibn-Sara:

¿Por qué tan dócil oido
Sueles prestar todavía
A la dulce voz de aquellos
Que á las fiestas te convidan?
¿No te anuncian ya tus canas
Que la muerte se aproxima?
¿Para qué te ha dado Dios
Entendimiento, si evitas
Escuchar las advertencias
Que tu destino te avisan?
Sordo y ciego debe estar
Todo aquel que no las siga.
Lo pasado y lo presente
El porvenir garantizan.
Al cabo, de las esferas
Se romperá la armonía,
Y se apagarán la luna
Y el sol que las iluminan.
No ha de durar siempre el mundo;

(1) Ibn-Chalikan.

Cuantos en la tierra habitan,
Ya bajo tiendas movibles,
Ya en las ciudades y villas,
Deben al cabo perder
La existencia fugitiva (1).

---

(1) IBN-CHALIKAN.—Como se ve, las poesías religiosas que he traducido tienen corto valer y ninguna profundidad. El amor propio de autor, que algo se comunica á quien traduce, no puede cegarme. Creo, con todo, por las razones ya expuestas en otra nota, que el misticismo debe de haber inspirado mejores cosas á los árabes españoles. Ya hemos visto cuán grande era la propension de la filosofía arábigo-hispana al misticismo, y no acertamos á creer lo que afirma Renan, de que la filosofía, así en Oriente como en Occidente, tuvo poco ó ningun influjo en el pueblo mahometano, permaneciendo siempre aislada y semioculta entre cierta aristocracia de eruditos. Sin embargo, áun dando fe á este aserto, todavía no se puede negar que el movimiento teológico fué muy activo en España, y que en él está, segun el mismo Renan, la verdadera vida filosófica del islamismo. Dentro de la ortodoxia muslímica habia multitud de escuelas, y fuera de ella, no pocas sectas ó herejías.—*(N. del T.)*

IX.

Poesías várias.

Hasta aquí hemos agrupado las diferentes composiciones, atendiendo á la semejanza de su contenido; pero hay muchas que se resisten á esta division por su índole propia y porque el autor ha expresado en ellas sus ideas ó sentimientos sobre los hombres y la naturaleza, bajo muy diversos puntos de vista. A menudo se advierte esta diversidad en una misma composicion, la cual está como formada de muchas partes, conteniendo cada una distinto asunto, como si fuesen várias composiciones. Esta falta de unidad resalta, por ejemplo, en la famosa *kasida* en elogio de Córdoba, que estaba en boca de

todos los andaluces con el título de *El tesoro de la fantasía*. Empieza la *kasida*, á la manera de las antiguas poesías arábigas, hablando con pena y deseo amoroso de las enamoradas ausentes (1), y en seguida, y sin transicion, hace el poeta el elogio de Córdoba, su patria, lamenta el mal estado de los negocios, por el cual tiene que privarse de muchos placeres, y dice que por todas partes le aconsejan que emigre y busque fortuna en países extraños; pero él se resuelve decididamente á no abandonar la patria querida. Toda la *kasida*, que no carece de interés, á pesar de lo defectuoso de su composicion, dice como sigue:

De muy léjos el saludo
Llega á mí de mis queridas,
Como suspiro del aura,
Lleno de fragancia rica.
Sobre praderas de aromas
Parece que se desliza,
Las esencias recogiendo
De rosas y clavellinas.
Dentro de mi pecho infunde

(1) Como en las antiguas *kasidas*, las enamoradas son mencionadas en ésta en plural. Sobre esta costumbre véase á Dozy, *Loci de Abbadidis*, I, 409.—Humbert, *Antologie*, 204.—Slane, *Journal asiat.*, 1839, I, 175.

Nuevo espíritu de vida,
Y mi muerto corazon
Para el amor resucita.
Este espíritu suave,
Que ellas de léjos me envian,
De la profunda tristeza,
De los pesares me alivia.
Mil amorosos recuerdos
Pasan por el alma mia,
Cual sobre arena candente
La fresca y húmeda brisa.
Como manso viento lleva
Hojas del árbol caidas,
Mi corazon arrebatan
Las pasadas alegrías;
Y me embriagan cual vino,
Y todo mi sér agitan,
Y despiertan esperanzas
Por largo tiempo dormidas.
El perfume de tu amor,
¡Oh hermosa! el alma respira,
Y cuando te llora ausente,
Verte otra vez imagina;
Y vuela, el rastro oloroso
Tomando siempre por guía,
Porque el ánsia de lograrte
Nuevamente la domina.
De tu aérea vestidura
Tocar anhelo la fimbria,
Y de lágrimas y besos
Enamorados cubrirla.
Arrastro sobre esta tierra
Mis penas y mis fatigas,

Sin tener consuelo alguno
Mi negra melancolía.
Corro del valle de Akik
A la Ruzafa magnífica
(Solo al mentar estos nombres,
De repente mis mejillas
Con lágrimas se humedecen);
Ya mis pasos se encaminan
Al prado de Addun, al claustro (1),
A la fúnebre capilla,
O á la puerta de aquel hombre
Poderoso, que me brinda
Con su vino y su amistad,
Que siempre son mi delicia.
Alá le guarde y proteja,
Y me conceda la dicha
De poder verle y hablarle
Todo el tiempo que yo exista.

---

(1) Es de notar que en tierra de moros habia conventos de monjas y de frailes cristianos, célebres con frecuencia por el exquisito vino que en ellos se cosechaba y criaba. Los moros solian ir á estos conventos á emborracharse, y si hemos de creer al poeta Ibn-Hamdis de Siracusa, y si no hemos de tomar lo que dice por mentirosa jactancia, tenian los mahometanos orgías nocturnas en los conventos de Sicilia, como la que describe dicho poeta siracusano en una *kasida,* que insertarémos en el tomo II de esta obra.— *(N. del T.)*

A la puerta de Damasco
No quiero hallarme en la vida;
Ir á regiones extrañas
Mi pensamiento no ansía.
El que su patria abandona,
No bien ausente se mira,
Arrepentido lamenta
Su arrebatada partida.
¿Qué alcanza ni qué consigue
El que mucho peregrina?
Ganar tal vez con trabajo
Su sustento solicita;
Pero ¿qué saben los hombres
De lo que Dios determina?
Quien emigrar me aconseja,
Con mayor razon podria
Aconsejar á un eunuco
El ser padre de familia.
Mi salud en este mundo
Y en el otro aquí se cifra;
Por nada la deliciosa
Córdoba yo dejaria.
Grande es la ciudad; del rio
Las ondas son cristalinas;
Verde espesura, jardines
Y flores bordan su orilla.
Para vivir siempre en Córdoba
Más que Noé viviria.
De Faraon los tesoros
Déme la suerte propicia
Para gastarlos en vino
Y en cordobesas bonitas,
Ojinegras, cariñosas,

Que á dulces besos convidan.
Mas, ¡ay! que debo quejarme
De la fortuna maldita,
Que con pobreza y cuidados
De continuo me atosiga.
Jamas alcanza mi mano
Adonde alcanza mi vista.
Ménos que yo valen otros,
Y llegan adonde aspiran.
Entre desdichas tan crudas
Es la más cruda desdicha
Tener, como un pordiosero,
La bolsa siempre vacía,
Y de caprichos de rey
La imaginacion henchida.
A contemplar no me atrevo,
De Yabrin en las colinas,
A las esbeltas mujeres,
Cual las anémonas lindas.
Al verme tan angustiado,
Me dicen muchos: Emigra;
Y yo respondo: Lo haré,
Cuando no esté de la viña
Colgado mi corazon;
Cuando el aura matutina
Con el aroma del mirto
No dé á mi pecho alegría;
Cuando los cantares odie
Y las redondas mejillas,
Como la granada rojas,
Y no exciten mi codicia
Las pomas de amor fragantes,
Que blandamente palpitan.

Para evitar la miseria
Trabajaré noche y dia;
Haré esfuerzos por lograr
Una suerte más benigna;
Mas no pretendais de mí
Que deje la patria mia;
Al caballo de viaje
No pondré jaez ni brida.
Muy sano es vuestro consejo,
Mas permitid no le admita;
No puede el alma sufrir
Que otros en mi casa vivan.
Quiero ser fiel á mi patria,
Aunque me dió poca dicha,
Aunque en ella mis deseos
Y voluntad se marchitan.
En ella apenado vivo,
Y con desprecio me miran;
Mas no he de ver otras tierras
Y gentes desconocidas.
«Viene á medrar con nosotros
Este extranjero», dirian,
Mis frases más amistosas
Pagando con invectivas;
«Léjos de aquí; sólo agradas
Si de delante te quitas;
Tu presencia me es odiosa
Y me despierta la ira.»
¡Oh amorosos ojos negros!
¡Oh mujeres peregrinas!
No es para mí vuestro amor;
Me atrevo apénas la vista
A tender hácia vosotras;

Tanto la inopía me humilla.
Y tú, vino del convento,
Confortadora bebida,
Para gustarte á menudo,
Dinero se necesita.
¡Oh Tú, que con decir «sea»,
Cuanto hay en el mundo crias,
Ve que en Córdoba me quedo
En necesidad grandísima;
Poderoso y grande Aláh,
En tí mi alma confia! (1).

Mostrarémos aún con otro ejemplo cuán poco necesario era, en concepto de los árabes, que un pensamiento claramente determinado ligase entre sí todas las partes de una composicion poética. En la *kasida* que vamos á insertar á continuacion, describe Ibn-Said unas relaciones amorosas, que defiende contra toda censura, y despues una noche pasada alegremente en las cercanías de Granada, á orillas del Genil. Ambas partes se enlazan tan poco, que sin dificultad pudieran formar dos composiciones en lugar de una sola:

Miéntras gimen las palomas
Alárgame el vaso lleno:
Venga vino, y de mi seno
Ahuyente todo pesar.

(1) Makkari, I, 356. El autor de esta *kasida* es Abul-Kassim Aamir Ben Hischam.

Acércate, y que yo pueda,
Estrechando tu cintura,
De tu boca en la frescura
Mi sed ardiente calmar.
Dulce tesoro tu boca
Es de perlas orientales,
Es un cerco de corales,
Lleno de aromas y miel.
Mi vida y alma son tuyas;
Más que á mí mismo te amo.
Eres cual airoso ramo
En encantado verjel.
Sobre una excelsa colina
Eres cual planta lozana,
Y compiten la mañana
Y la noche por tu amor.
¿Cómo extrañar que tu gracia
Mi corazon encadene?
Te amaré aunque me condene
Tanto severo censor.
Aunque mi afecto escarnezca
Y ria de mi constancia,
Siempre haré con arrogancia
Frente á la murmuracion.
Más fuerte que sus calumnias
Es el amor que me inspiras;
Sus consejos y mentiras
No matarán mi pasion.
Dicen que por causa tuya
Adquiero perversa fama;
Que el mundo loco me llama
Y que se burla de mí;
Que tus amores quebrantan

La energía de mi vida;
Que está mi hacienda perdida;
Que hasta mi honra te dí.
Pero yo al punto respondo
Que temo más tus desdenes,
Que honra, paz, salud y bienes
En un instante perder.
Ni conjuros ni razones
Vencen mi amante locura:
Me liga con tu hermosura
Un invencible poder.
Aunque dicen que me engañas,
En tu lealtad me confio;
Ir á tus brazos ansío,
Y tú á mis brazos venir.
Lanzas y espadas en vano
Se oponen á tu venida;
No hay densa nube que impida
que llegue el sol á lucir.
Burlas á los guardas, rompes
De tus prisiones los hierros;
No hay vigilancia ni encierros
Que te detengan jamas:
Para llegar amorosa
Donde tu amante suspira,
¿De qué discreta mentira,
De qué medio no usarás?
Si un dia de mí te burlas,
Y si por otro me dejas,
No serán nunca mis quejas
Porque poco te guardé.
Sé que guardar es inutil
El amor de las mujeres:

Guárdate tú, si me quieres,
Y consérvame tu fe.
Mas, aunque al cabo me engañes,
Vivirán en mi memoria,
Como recuerdos de gloria,
Tus caricias y tu amor;
Cuando tus labios hermosos
Con los mios se estrechaban,
Y en vano calmar ansiaban
Su fuego devorador.
Yo nunca á Dios en mis rezos
Bastantes gracias daria
Por aquel dichoso dia
Que pasé junto al Genil,
Cuando entonaban sus himnos
Alondras y ruiseñores,
Siendo de aquellos cantores
Los verdes ramos atril.
El sol poniente los árboles
Mágicamente doraba,
Y el rio serpenteaba,
Cual argentino riel.
Vertia amante ternura
En nuestras almas el vino,
Cual topacio cristalino
Y dulce como la miel.
La blanca espuma que al borde
Del vaso lleno subia,
Entre rosas parecia
Un floreciente jazmin;
Y la luz formaba un íris
En el vino penetrando,
Que perlas y aromas dando,

Regocijaba el festin.
Así del festin gozamos,
Hasta que en el occidente
El sol su manto luciente,
Al hundirse, recogió.
Para evitar las tinieblas
Las lámparas encendimos;
Pero el vino que bebimos
Mucho más nos alumbró.
En estrella se transforma
Por la noche cada vaso,
En estrella sin ocaso,
Que no cesa de brillar.
La noche en estos deleites
Fué pasando hora tras hora,
Y al fin anunció la aurora
De las aves el cantar.
Y llegó el dia, y entónces
Un viajero que pasaba,
Por nuestras almas rezaba,
Porque muertos nos creyó,
Viéndonos allí tendidos
Inmóviles y beodos.
Bendito el vino, que á todos
Tan grato sueño nos dió (1).

Las composiciones siguientes pueden considerarse como epigramas en el sentido de los de la antología griega:

(1) Makkari, I, 649.

A UNA ESPADA.

Cual astro en las tinieblas aparece,
Como tea inflamada;
Entre nubes de polvo resplandece,
Como el sol, esta espada.
Tiembla y huye el contrario si la mira,
Que se acerque temiendo;
Sólo su imágen el terror inspira
A quien la ve durmiendo.

INSCRIPCION DE UN ARCO.

Cuando el polvo se levanta
Sobre el lugar del combate
Y marcha la destruccion
De fila en fila triunfante,
Y ejército contra ejército
Lucha con rudo coraje,
Y sobre todo guerrero
Vuela la muerte implacable,
Mando para el enemigo
Que de más bravo hace alarde,
De improviso, un hierro agudo,
Que en el corazon se clave.
Brillo como media luna
Entre revueltos celajes;
Como estrellas ominosas
Mis flechas cruzan el aire (1).

(1) GRANGERET, 185, 187.

A UNA ESTATUA DE VÉNUS QUE SE HALLÓ EN SEVILLA, EN UNA EXCAVACION.

¡Con cuántos hechizos brilla
Esta imágen de mujer!
Da la luz á su mejilla
Un mágico rosicler.
Un hijo tiene la hermosa,
Mas nadie pensar pudiera
Que una lanzada amorosa
Jamas su cuerpo oprimiera.
Es de mármol, pero mira
Tan dulce y lánguidamente,
Que al verla, de amor suspira
El alma ménos ardiente (1).

A UN MANCEBO QUE HABIA PELEADO VALEROSAMENTE EN LA BATALLA DE ZALACA.

En negro corcel, ¡oh jóven!
Te vi entrar en la batalla:
Cual la luna, cuando el velo
De oscuras nubes desgarra,
Y luce entre las tinieblas,
Que disipa amedrentadas,
Tu hermoso rostro lucia
Entre flechas y entre lanzas (2).

---

(1) MAKKARI, I, 350.
(2) *Scriptor. loc. de Abbadidis,* I.

Muy tiernamente sentida está la siguiente composicion á un jóven sevillano, cautivo en Murcia:

Con honda pena el desdichado gime,
Y nada le sosiega;
Inútilmente su dolor reprime;
En lágrimas se anega.
Ten compasion del mozo que suspira,
De libertad sediento:
Sólo en la huesa su reposo mira;
Muerte en cada momento.
Del aire aspira con amante anhelo
La ráfaga ligera,
Porque aspirar del sevillano suelo
Los aromas espera.
Que le preste sus alas, sollozando,
Demanda al avecilla,
Con el intento de volver volando
A su amada Sevilla (1).

Estos versos son de Al-Homaidi:

Vivir de mi patria ausente
Es mi costumbre hace tiempo;
Otros gustan del reposo,
Yo gusto del movimiento.
Innumerables amigos
En todas las tierras tengo:
He desplegado mi tienda
En mil ciudades y pueblos.
Desde el Oriente al Ocaso

(1) Makkari, 1, 664.

Recorrer el mundo quiero:
No ha de faltar un sepulcro
En que descanse mi cuerpo (1).

Sirvan como muestras de poesía gnómica ó sentenciosa las que siguen:

Aunque su cuerpo perezca,
El sabio nunca perece;
El ignorante está muerto
Aun ántes de que le entierren (2).

Como nuestra misma sombra
Son los bienes de la tierra:
Huyen de quien los persigue,
Persiguen á quien los deja (3).

Cálices llenos de acíbar
Suelen ser todos los hombres,
Y sus frases amistosas,
Miel extendida en el borde.

La dulzura del principio
A beber nos predispone,
Y al fin gustamos lo amargo
Que en el corazon se esconde (4).

---

(1) MAKKARI, I, 535.
(2) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-As-Sid.*
(3) IBN-CHALIKAN, art. *Sukaina.*
(4) IBN-JURAIR, ed. Wright, pág. 19.

Dos partes tiene la vida:
Lo que pasó, que es un sueño;
Lo restante, lo que áun
No pasó, que es un deseo (1).

Ibn-ul-Habbad, aunque era un tierno poeta erótico, escribió estos versos en un momento de mal humor:

Si te engaña tu querida,
Sé tambien su engañador;
Quien desdeña ó quien olvida
Se cura del mal de amor.
Cuando tienes un rosal
Que te da rosas hermosas,
Que se lleve, es natural,
El que pasa algunas rosas (2).

Con ocasion de encanecerse rápidamente sus cabellos, dijo burlando el famoso médico Ibn-Zuhr ó Abenzoar:

Así exclamé, sorprendido,
Al mirarme en el espejo:
«¿Quién es este pobre viejo?
¿Adónde, adónde se ha ido
Aquel jóven conocido
Que en tu fondo yo veia?»
Y el espejo respondia:

(1) Makkari, I, 79.
(2) Dozy, *Recherches*, 101.

«Sulema lo explicará,
Que ya te dice ¡papá!
Y ayer ¡hijo! te decia» (1).

El mismo Abenzoar hizo para sí este epitafio:

Párate y considera
Esta mansion postrera,
Donde todos vendrán á reposar.
Mi rostro cubre el polvo que he pisado;
A muchos de la muerte he libertado,
Pero yo no me pude libertar (2).

Ibn-Badja (llamado Avempace por los cristianos) dijo, al presentir su próxima muerte:

Al ver que mi alma la muerte temia,
Le dije: «La muerte disponte á sufrir;
Llamarla en las penas es gran cobardía,
Mas debes tranquila mirarla venir.»

Abn-Amr, paseándose un dia por los alrededores de Málaga, su patria, se encontró con Abd-ul-Wahab, gran aficionado de la poesía, y habiéndole rogado éste que dijera algunos versos, recitó los que siguen:

Sus mejillas al alba roban luz y frescura,
Cual arbusto sabeo es su esbelta figura;
Las joyas no merecen su frente circundar.

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Zuhr*.
(2) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Zuhr*.

De la gacela tiene la gallarda soltura
Y el ardiente mirar.
Sean, cual perlas bellas,
engarzadas estrellas
De su hermosa garganta magnífico collar.

Cuando Abd-ul-Wahad hubo oido estos versos, lanzó un grito de admiracion y cayó como desmayado. Cuando volvió en sí, dijo: «¡Perdóname, amigo! Dos cosas hay que me ponen fuera de mí y me quitan todo dominio sobre mí propio: el ver una hermosa cara y el oir una buena poesía» (1).

El califa Abdurrahman III tuvo que sangrarse á causa de una ligera indisposicion. Estaba sentado en el pabellon de la gran sala, que

(1) Makkari, II, 274.—Ya comprenderán nuestros lectores que no participamos de la extraordinaria admiracion de Abd-ul-Wahad. Tal vez en el original árabe haya primores que no ha podido reproducir la traduccion alemana, y ménos aún la española. Con todo, el que hace esta última no da valor alguno á aquellos primores intraducibles para un traductor ménos que mediano. La forma poética es de suma importancia. pero la forma poética presupone un contenido, un pensamiento ó sentimiento que tambien lo es, y que apetece una forma adecuada, y que la impone á quien traduce. Cuando no hay ni pensamiento ni sentimiento, sino hinchazon ó pue-

se alzaba en el punto más elevado de As-Zahra, y ya el cirujano iba á herir su brazo con el instrumento, cuando entró volando un estornino, se paró sobre un vaso dorado, y dijo lo siguiente:

Hiere con mucho cuidado
El brazo con la lanceta,
Porque la vida del mundo
Circula por esas venas.

El estornino repitió muchas veces estas palabras, y Abdurrahman, muy divertido y maravillado, trató de averiguar quién le habia proporcionado aquella sorpresa, enseñando los versos al pájaro. Entónces supo que habia sido su mujer Murdschana, madre del heredero del trono Al-Haken, y recompensó su ocurrencia y el

---

rilidad, no puede haber forma tampoco, sino quizás una estructura extraña y complicada, ó una vana y artificiosa combinacion de palabras sonoras. Los lectores comprenderán cuán ingrata tarea es la de traducir de una lengua á otra estas composiciones vacías, ó como si dijésemos hueras, pero que tienen su valor histórico y su lugar correspondiente en toda literatura. Más trabajo da al traductor una composicion de esta clase, aunque sólo conste de una docena de versos, que la magnífica elegía de Abul-Beka, de Ronda, á la pérdida de Valencia, Córdoba y Sevilla.

placer que le habia dado con un presente muy rico (1).

Un jóven, empleado en la administracion de la hacienda pública en Córdoba, fué conducido á la presencia del poderoso ministro Almansur, para responder de la malversacion de ciertos fondos, por lo cual se le acusaba. Habiendo tenido que confesar su delito, Almansur le dijo: «Pícaro, ¿cómo te has atrevido á apoderarte de los dineros del Sultan?» El mozo respondió: «El destino es más poderoso que los mejores propósitos, y la pobreza seduce á la lealtad.» El ministro, muy incomodado, mandó que le llevasen á la cárcel con cadenas para darle un severo castigo. Cuando ya le llevaban, dijo el reo:

No acierto á ponderar cómo es profundo
El infortunio mio;
No hay quien pueda salvarme en este mundo;
En la bondad de Dios sólo confio.

Al oir Almansur estos versos, ordenó á los esbirros que se detuviesen, y preguntó al prisionero: «¿Has recitado esos versos de memoria ó los has improvisado?» El mozo respondió: «Los he improvisado», y el ministro mandó que le quitasen las cadenas. Entónces añadió el mozo:

(1) Makkari, I, 232.

Como Alá, bondadoso sé que eres,
Y perdonar sin agraciar no quieres.
Con el perdon no se contenta Alá;
Sobre el perdon el Paraíso da.

Almansur mandó que no sólo le dejasen en libertad, sino que tambien se desistiese de toda ulterior persecucion á causa de la suma malversada (1).

Ibn-Hudail refiere: «Cierto dia, yendo yo á una quinta que poseo al pié de la sierra de Córdoba, en uno de los más hermosos sitios del mundo, me encontré con Ibn-al-Kutiya, que volvia precisamente de los jardines que tiene en aquel punto. Cuando me vió, dirigió hácia mí su caballo, y se mostró muy contento de haberme encontrado.

»Yo mismo, de muy buen humor, le dije de repente:

Sol, que el mundo iluminas refulgente,
¿De dó vienes, varon á quien respeto?

»Al oirme se sonrió, y respondió al instante:

De donde meditar puede el creyente,
Y el pecador pecar puede en secreto.

---

(1) Makkari, I, 273.

»Esta respuesta me agradó tanto, que no me pude contener, y le besé la mano y pedí para él la bendicion de Dios. Era ademas mi antiguo maestro y merecia esta muestra de alta estimacion» (1).

Ibn-Sadeh cuenta: «Habia yo llegado á Toledo con mi hermano, y ambos fuimos á hacer una visita al jeque Abu-Bekr. Apénas entramos donde estaba, nos preguntó de dónde veniamos. De Córdoba, respondimos. ¿Y cuándo la dejasteis? volvió á preguntar. No há mucho, volvimos á responderle. Entónces, dijo, llegaos más cerca de mí, á fin de que yo respire el ambiente de Córdoba. Y cuando ya estuvimos junto á él, se inclinó sobre mi cabeza y dijo:

«¡Oh ciudad de las ciudades,
Córdoba espléndida y clara!
¿Cuándo volveré á tu seno,
Hermosa y querida patria?
¡Ojalá fecunda lluvia
Sobre tus pensiles caiga,
Miéntras que el trueno repita
El eco de tus murallas!
Brillen serenas tus noches,
Un cinturon de esmeraldas
Te cerque y tu fértil vega
Te perfume con algalia.»

(1) Ibn-Chalikan.

El poeta As-Sohaili recibió la noticia de que Sohail, lugar de su nacimiento, cerca de Málaga, habia sido destruido por los cristianos, y sus parientes habian sido muertos. Al puntó fué allí, y al ver las ruinas de su pueblo, exclamó conmovido:

¿En dónde están los nobles generosos
Que en tu seno vivian;
Que amenudo en sus brazos amorosos
Aquí me recibian?
Ni á mi voz ni á mi llanto ha respondido
Ninguna voz amada;
El eco ó de la tórtola el gemido
Responde en la enramada.
Honda pena me causa, patria mia,
Estar tus males viendo,
Y no poder á la maldad impía
Dar castigo tremendo (1).

(1) Makkari, II, 272.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

	Págs.
Al público	V
Advertencia preliminar del traductor.	VII
Advertencia á la segunda edicion.	XV
Prólogo	XXI
I.—Introduccion.	1
II.—Elevada cultura de los árabes españoles.—Eflorescencia de la poesía entre ellos.	47
III.—Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana.	99
IV.—Cantos de amor.	119
V.—Cantos de guerra.	155
VI.—Cantares báquicos.—Descripciones.	201
VII.—Panegíricos y sátiras	223
VIII.—Elegías.—Poesías religiosas.	239
IX.—Poesías várias.	265

PJ
8410
S318
1881
T.1
C.1
ROBA